

ALBERTO INSUA

OBRAS COMPLETAS

DON QUIJOTE
EN LOS ALPES



RENACIMIENTO.
MADRID.

McGill University Libraries

PQ 6617 N8D67 1921

Don Quijote en los Alpes. —



3 000 790 138 G

T11316

DON QUIJOTE EN LOS ALPES

OBRAS DE ALBERTO INSÚA

EN LA BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DON QUIJOTE EN LOS ALPES (viajes y crítica). Edición definitiva.

HISTORIA DE UN ESCÉPTICO (*En tierra de santos, La hora trágica, El triunfo*). Edición definitiva en tres tomos.

LA MUJER FÁCIL (Novela). 11.^a edición.

LAS NEURÓTICAS (Novela). 13.^a edición.

LA MUJER DESCONOCIDA (Novela). 8.^a edición.

EL DESEO (Novelas cortas). 5.^a edición.

EL DEMONIO DE LA VOLUPTUOSIDAD (Novela). 9.^a edición.

LAS FLECHAS DEL AMOR (Novela). 9.^a edición.

LOS HOMBRES: MARY LOS DESCUBRE. MARY LOS PERDONA (Novelas). 10.^a edición.

EL ALMA Y EL CUERPO DE DON JUAN (Novelas cortas). 5.^a edición.

EL PELIGRO (Novela). 7.^a edición.

DE UN MUNDO A OTRO (Novela de la guerra). 3.^a edición.

POR FRANCIA Y POR LA LIBERTAD (Artículos).

LA MADRILEÑA (Comedia en tres actos). 2.^a edición.

LAS FRONTERAS DE LA PASIÓN (Novela). 5.^a edición.

MARAVILLA (Novela).—Biblioteca «Estrella».

JUVENTINA LA BELLA (Novelas). «Biblioteca Nueva».

En colaboración con A. Hernández-Catá

EN FAMILIA (Comedia en dos actos).

EL AMOR TARDÍO (Drama en tres actos).

OBRAS COMPLETAS
DE
ALBERTO INSÚA

DON QUIJOTE EN LOS ALPES

EDICION DEFINITIVA



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

PQ6617 N8D67 1921 McLennan
Insua, Alberto,
Don Quijote en los Alpes
Y40/1590 71888260

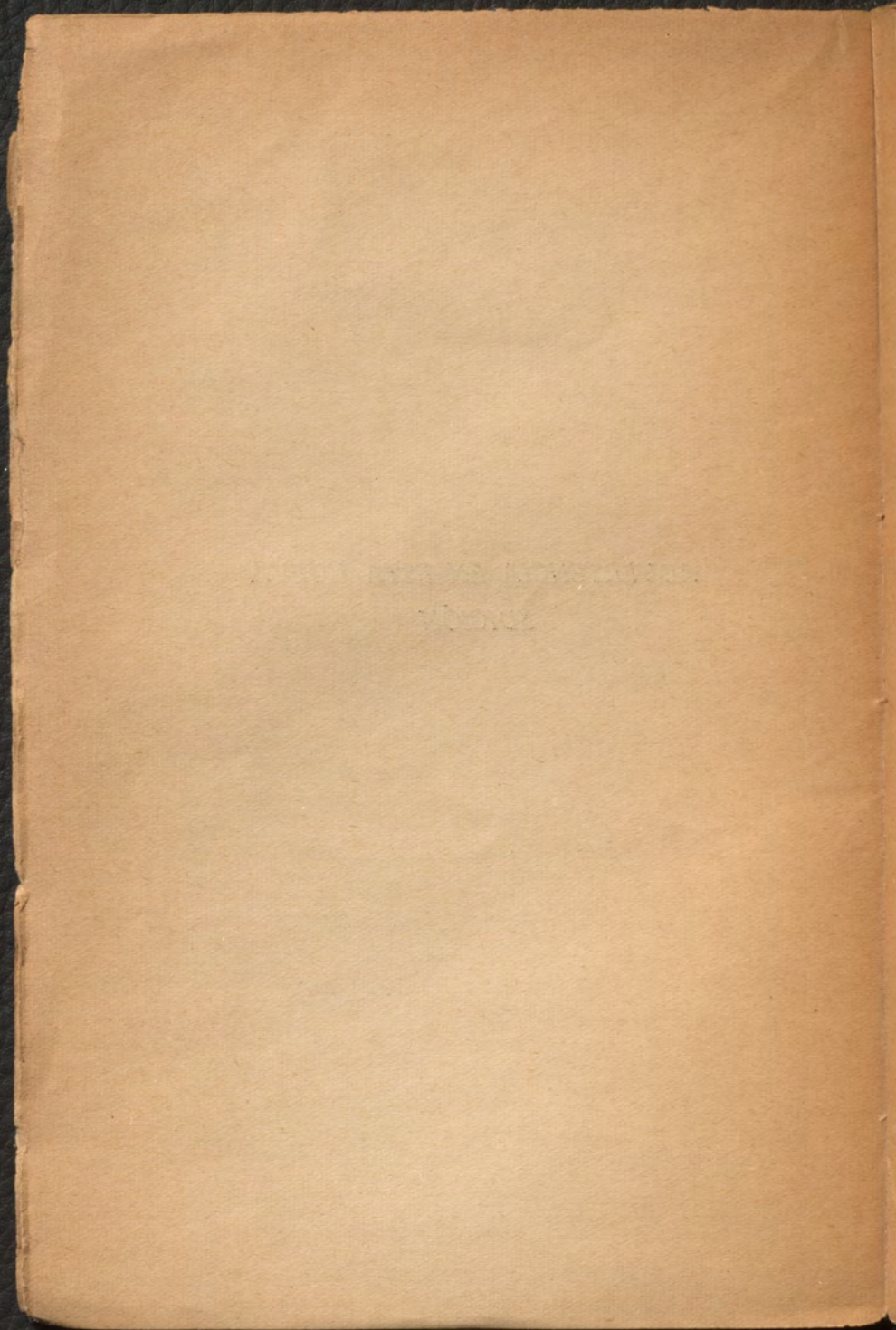
Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Droits de traduction et
reproduction réservés
pour tous les pays.

COPYRIGHT 1921, BY ALBERTO INSÚA

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

*ADVERTENCIA EN ESTA NUEVA
EDICIÓN*



Tenía yo veintiún años cuando escribí DON QUIJOTE EN LOS ALPES. No pretendo haber sido un caso de precocidad literaria. Nada más funesto para el escritor que comenzar a escribir antes de haber vivido. Las lecturas, los viajes y el dolor van formándole y van nutriéndole. Los libros prematuros son huecos, lo cual no impide que sean sonoros. Yo querría detener a todos los que comienzan a escribir en la adolescencia, para evitarles el rubor que, más tarde, les inspirará la obra juvenil. Pero, ¿cómo trastocar las leyes del mundo? La juventud y la impaciencia son gemelas. Yo, como todos, he sufrido y gozado con los frutos de semejante unión.

Hago referencia a mis veinte años para

que no se olvide que DON QUIJOTE EN LOS ALPES, con sus pálidas bellezas y sus debilidades visibles, es el libro de un muchacho. No sólo era yo al escribirlo menor de edad, sino que acababa de obtener el título de abogado. Y aquí es donde quiero, lector, que me reconozcas algún mérito. ¿Cómo, después de seis años de vida universitaria, después de seis años de Pandectas y de Enjuiciamiento civil, después de seis años de prosa jurídica—esos textos, esos códigos!—, supe lanzarme por los espacios del ensueño, con dos lirás en lugar de dos alas? ¿No es extraordinario? Es enorme. Es el milagro perfumado de la vocación. Porque, en serio, yo sólo sé una cosa: que he nacido para escribir. No se vea en esto vanidad. ¿Hablo, acaso, de mi obra? Sólo digo que en las horas de inquietud y de turbulencia, cuando nuestra personalidad se desmorona bajo la presión de nuestro análisis, es confortador y dulce—de una dulzura pa-

tética—aspirar las emanaciones de la ruina interior, el aroma de las ilusiones muertas: es olor de verdad. Ante las derrotas, el corazón puede estremecerse—¡es tan poca cosa el corazón!—; pero la conciencia permanece convencida y altiva.

En DON QUIJOTE EN LOS ALPES están los gérmenes de mi carácter: un anhelo inefable de perfección espiritual y un decaimiento del lado de la materia, especie de resignación desesperada. Este combate continúa en toda mi obra. El idealismo alado y la materia torpe no dejan nunca de librar batalla. Y ambos salen malheridos siempre.

¿Qué rectificaría yo, pues, en DON QUIJOTE EN LOS ALPES? Algunas ideas, algunas preocupaciones subalternas, algunas pequeñeces literarias. ¿Para qué?

DON QUIJOTE EN LOS ALPES es mi primer retrato espiritual. No quiero retocar sus páginas, como no intentaría retocar un retrato antiguo. ¿Se podría obscurecer

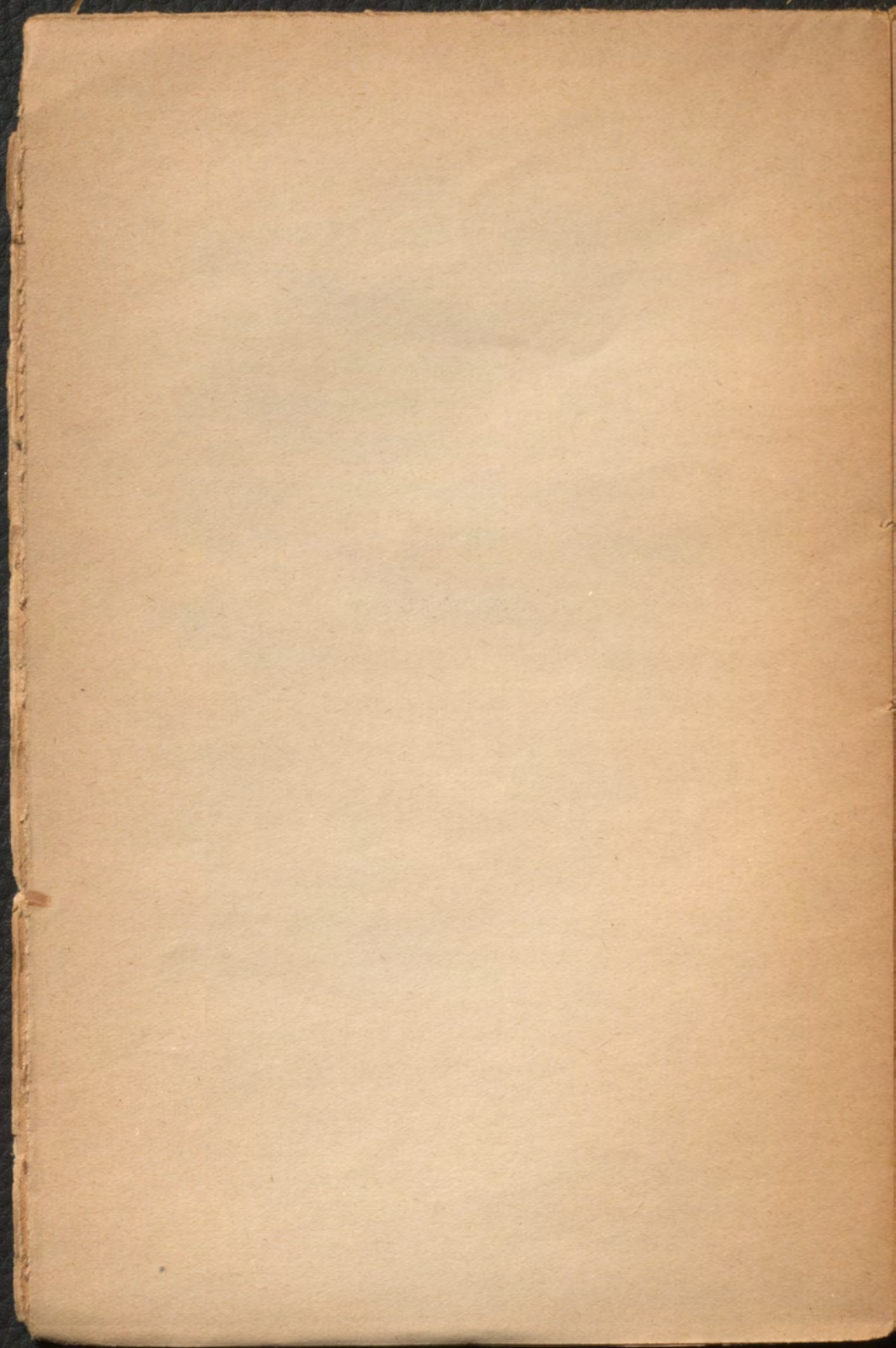
la frente de los veinte años con las angustias de los treinta? DON QUIJOTE EN LOS ALPES «sale» en 1921 como salió en 1907. Quiere seguir siendo un primer libro, y conservar su fragancia, su fervor, su candor. Es lo mejor de mi divino tesoro, que luego dilapidé en tantas obras...

A. I.

Madrid, 1921.

ENVIO

A D. ALFREDO VICENTI



DON QUIJOTE EN LOS ALPES

DO NOT WRITE IN THIS SPACE

En Suiza, Don Quijote es popular. Suiza es un país donde todo el mundo lee. Lee el pueblo, ingenua y pintoescamente, y así, leyendo traducido a Cervantes, evoca la figura épica de Guillermo Tell y confunde al héroe quimérico de la meseta castellana con el héroe, más legendario que real, de los Alpes. Y es que Don Quijote y Guillermo tienen la fuerza atractiva de los símbolos de justicia y de amor. El burgués lee en Suiza—como en todas partes—novelas ñoñas, folletines truculentos y versos preceptivos y cursis. Y a pesar de esto, conoce a Don Quijote. Lo conoce porque uno de sus folletinistas—Georges de Peyrebrune—ha escrito algo en muchas páginas con el título de *Donna Quichotta*. ¿Qué se cuenta en esas páginas? Lo sé apenas. He leído varios frag-

mentos en *La Tribune de Genève* y puedo inferir de ellos que *Donna Quichotta* es una mujer llena de bondad e histerismo, ansiosa de fraternizar a los hombres que la rodean. Tiene *Donna Quichotta* mucho de ese espíritu bufo que el extranjero pone en nuestro Hidalgo, de ese espíritu que ha hecho en la pintura los Don Quijotes esqueléticos y risibles, y no de ese otro místico y noble que tiene el Don Quijote de los hombres inteligentes y artistas.

Así, por ejemplo, el Don Quijote de Duchosal. Luis Duchosal es un poeta ginebrino. Uno de esos poetas que se construyen su torre de marfil y que aprenden en Musset, en Vigny, en Wilde, a despreciar al filisteo y a lanzar valiente y estéticamente las inquietudes de su alma. Duchosal es amigo de Pierrot y de Colombina, de Pan y de Marsias, de Watteau y de Verlaine. Gusta de la pantomima y de los claros de luna. Muchas de sus poesías son como un eco de las *Fiestas galantes*, apagado tal vez; pero ¿no es mucho ser eco de una potente, armoniosa y divina

voz? Yo creo... En definitiva, Duchosal es un verleniano. No imita—como ha tenido a bien asegurar Monsieur Edouard Rod—, no; acepta un dogma, practica una liturgia y hace sus genuflexiones ante el magno y mágico poeta.

Le livre de Thulé—uno de los libros de Duchosal—tiene un bello canto a la muerte de Don Quijote. Ya las trompetas de la Gloria han dejado de vibrar, y el fuego de la última hoguera se extingue en la llanura, silente y neblinosa. El poeta simbolista dice a Don Quijote:

Busca, para levantar tu palacio de humo,
una estrella nueva, un astro abandonado.

Don Quijote «ya entornó sus bellos ojos de héroe», y el pájaro azul se posa en su túmulo y canta un aire de funebriedad y de amargura. Y allá, entre el aire gris, casi negro, tenebroso casi, las musas plañen el duelo irreparable. Calíope lleva en su brazo fuerte y puro la espada relampagueante, y sobre su cuerpo nervioso cruje y reluce la armadura de acero. Calíope habla en un tono epopéyico de aven-

turas heroicas, y Erato, cuya veste es de oro, ofrece sus pechos bermejos al niño olímpico que simboliza al Sueño... Y el niño muerde y succiona en los pechos plenos de vida, con las ansias de un Baco nimbado de pámpanos y alegre por el vino que exprimíó Sileno... Y, en tanto, la teoría de las Musas va acercándose al tumulto del caballero, y ya frente a él, dice la muerte de las horas efímeras; el fin del épico viaje de Jasón a la isla donde brilla el vellocino de oro, y la fuga tumultuaria y sombría de las Quimeras... Y el cortejo se encamina hacia la Noche... Don Quijote ha muerto. El poema ha concluído y se desvanece en el duelo de los infinitos deseos y de los olvidos infinitos...

¿No os agrada tal lírico y heleno tránsito de Don Quijote? A mí, sí. Don Quijote muere soñador y demente. Muere como un poeta que fué. Y las Musas, luego de besar el rostro noble y lívido, retornan al Parnaso modulando un suave responso funeral. Los sátiros, que ignoran el duelo irreparable, cabriolean acezantes en torno de Marsias. Y Calíope pone fin

a la danza cínica y solemne porque Don Quijote «ha cerrado sus bellos ojos de héroe».

Mas sabed que yo he leído las estrofas de Duchosal en Ginebra, junto al Lago Azul, de faz al Monte-Blanco. Son unas estrofas exquisitas, cautivantes, bellas con belleza esotérica; pero no son fuertes, no son amplias, no son grandes... Y porque así pienso, yo quiero crear otra ficción. Una ficción que llegue a todas las almas, porque para cada una tenga un punto de emoción. Oídla:

Don Quijote se me aparece majestuoso y sonriente. Hay en sus ojos dilatados como una luz de otra vida. Toda su alta figura se refleja en el lago. Las aguas de azur copian el yelmo, que es de oro, y el peto, que es de plata. En los cielos del atardecer, Rocinante se transforma en Pegaso. En el agua quieta, los cisnes blancos y los cisnes nocturnos navegan escultóricos, y el más blanco, el más bello, el más fuerte se ofrece a Don Quijote. Y veo al caballero en la misma nave de Lohengrin, sobre el cisne de alba y en el lago de

azur... Ya se encuentra al pie del Monte-Blanco... Ya sube, ya sube... Y ahora, ¿no lo veis también vosotros? El Hidalgo se encuentra sobre el más alto pedestal de Europa... Sus pies no pisan la tierra parda y seca de Castilla. No. Pisan nieve, nieve purísima, nieve eucarística. La cabeza del héroe tiene una aureola de nubes de púrpura y de rayos de sol crepuscular... Ahora el héroe habla... Habla con una voz apostólica, no iracunda, sino dulce, acariciante, suave... Habla a los hombres del Amor y de la Justicia, de la Mansedumbre y de la Fe. Aconseja la temperancia en las pasiones dignas y la destrucción de los instintos bajos. Enaltece la ambición de ser bueno y de ser grande, con el fin de hacer mejores a los hombres malos, a las almas mezquinas. Y condena—siempre con dulzura en su voz—la torpe ambición de los egoístas, de los que se placen frente al dolor universal, porque no tienen en sus pechos temblores de santo y de poeta... Habla así el héroe. Su voz insinuante desciende de la altura, pasa por los valles como un rumor celeste y llega a las ciu-

dades con lo amoroso de un ruego y lo fuerte de una exhortación...

Y cuando ya la sombra del héroe ha tornado al Empíreo, las estrofas del cantor simbolista vuelven a cautivar mi alma. A mi lado solloza una quimera, y un sátiro lanza su risa detonante y cruel... ¡Es cierto, es cierto; para un mundo redimido, para un mundo de concordia y de amor, hace falta «una estrella nueva, un astro abandonado...»!

PÁGINAS DESPRENDIDAS DE
UN DIARIO DE VIAJES

UN DIARIO DE VIAJES
TÁGINAS DESPRENDIDAS DE

Ginebra, Noviembre de 1906.

Hoy he dejado el *Hotel Victoria* por esta *Pension Huguenin*, muy recomendada, en la que podré hacer una vida casi familiar. Me molestaba el público farsante del hotel, tan correcto, tan serio y lleno de empaque: damas inglesas estiradas, señoras demasiado graves, señoritas de mirada fija, niños rubios que no se atreven a hablar... Y luego el *garçon* metido en su frac y el *maitre d'hotel* que sonríe si no se le pide un vino de los más caros... No; yo no puedo... Soy, por lo visto, un hombre incivil.

Veamos esta *pension* más modesta. Por de pronto he salido ganando en la alcoba. Esta de ahora es grande, hace esquina

y tiene hasta tres balcones. Por uno de ellos veo la azul expansión del lago. Los edificios de la ribera opuesta surgen de entre la arboleda con sus letras doradas—que anuncian hoteles o relojerías—sobre los techos de cinc. Detrás de ellos el *Salève* y los grandes Alpes de la Saboya se recortan en el cielo despejado. Por el lago se desliza un vaporcito que lleva tras de sí un bando de gaviotas.

La señorita que me condujo a esta habitación tiene aspecto de lugarteniente de la dueña de la casa. Es simpática con su pelo oscuro, su talle esbelto y su boca roja un poco fruncida. Me dice que esta noche conoceré a la señora Huguenin.

Tendré mucho gusto.

He visto a la señora. Es, verdaderamente, una gran señora que en nada se parece a las patronas de España. Tiene el pelo plateado, y lo peina de un modo exquisito con moño alto y rizos sobre las sienes. Parece una María Antonieta vieja. Es muy distinguida. Lleva su traje negro con aire

ceremonioso. La mirada de sus ojos verdes, detrás de sus impertinentes, es un poco triste. La señora ha enviudado hace poco.

Al hablar con ella he celebrado mi habitación, la vista que tiene, la casa toda. Esto la ha complacido y ya somos amigos. Me presentó a su hijo, un joven alto, parecido a ella, que se me antoja muy simpático. Retorciéndose el bigote, me contó que estuvo en España cuando la Exposición de Barcelona. Le gustó mucho la ciudad y fué varias veces a los toros. Con este motivo me da sus opiniones sobre el toreo, que yo escucho atentamente. Se reducen a creer que deben suprimirse los caballos. Como a mí me es igual, le doy la razón. Al despedirme de él y de la señora entro en mi alcoba pensando que viviré bien en esta casa.

Han pasado tres días. Ya conozco a toda esta gente que me rodea y voy a entretenerme en hablar de ella. La observo bien, porque comemos en mesa redonda,

y por la noche nos reunimos en el salón para charlar y jugar a juegos de prendas. Hay una mesa de tresillo aparte.

La más agradable de todas estas personas es Poppy, una joven holandesa, alumna de la escuela de pintura de Ginebra. Es muy alta. Tiene el pelo castaño, los ojos garzos, grandes y expresivos, bonita la boca, la barbeta fina y la nariz dominante y de trazo aristocrático. Ella, como Cyrano, es la primera en reirse de su nariz. Los demás no la secundamos, porque su simpatía puede más que su defecto. Es el alma risueña de la casa. Propone y organiza los juegos y anda de un lado para otro con su tablero y sus lápices haciendo retratos. Dibuja bastante bien y molesta poco al modelo. A mí me ha hecho una caricatura, de perfil. Yo me alboroté la melena y me puse una gran chalina. Luego adopté un gesto melancólico y Poppy me miraba con ojos de miope, exclamando:

—*Voilà un portrait romantique!*

En un juego de prendas en que dos personas deben secretar detrás de una

puerta pude estrechar una mano de Poppy y jurarle que me parece encantadora. Ella rió con risa franca, asegurándome que soy muy galante. No hay tal. Tengo elocuencia junto a las mujeres simpáticas, porque son ellas lo único que me apasiona en la vida.

Después de esto he visitado a Poppy en su gabinete de trabajo, lleno de flores y de bocetos y dibujos clavados en la pared. Ahora copia de un medallón antiguo un baño de ninfas. La he visto pintar recostándome en una meridiana, mientras en la habitación de al lado una joven de Atenas tocaba amorosamente el violín.

Decididamente, Poppy y yo intimamos. Hoy he visitado con ella el Museo Rath, de pintura. Es pequeño. En su vestíbulo descansan diversas esculturas. Algunas reproducen los grandes modelos: entre dos columnas blancas *el Pensador* de Rodin investiga tenazmente el secreto de la vida.

Poppy me explicó el nacimiento y la evolución de la moderna pintura ginebri-

na. Comienza en el siglo xvi con los pintores esmaltistas. El más célebre de éstos se llamó Petitot. Vivió en la corte inglesa protegido por Carlos I y en el Louvre bajo Luis XIV. Algunos de sus esmaltes se han pagado a 20.000 francos. En el siglo xviii hay otro esmaltista, Liotard, que pronto abandonó el esmalte por el pastel. Muchos personajes del siglo galante pasaron ante Liotard, y uno de ellos fué la Emperatriz María Teresa. Son suaves y llenos de buen gusto estos retratos. El asunto les da ya galantería y majestad, y por aquellas cabezas empolvadas pasa el recuerdo de Versalles y del Gran Trianón. Y, sin embargo, de todos los retratos de Liotard, el más bello es el más humano: el de Susana Bernard, el amor primero de Rousseau.

Poppy, enfrente de cuadros que evocan el ayer heroico de Suiza, de cuadros que copian valles apacibles con sus pastores rubios y sus vacas mórbidas, y de otros que presentan los Alpes con lo trágico de una tempestad (Calame, *Orange de l'Handeck*) o con la luz inefable

de las alboradas y los crepúsculos, siguió explicándome...

En una sala vi un lienzo precioso del *Dominiquino* y dos Rubens floridos y paganos. En la misma sala hay un retrato de niño hecho por el pintor de Verlaine, por Carrière, que es el Maeterlinck de la pintura y que es un pintor de ensueño, de misterio y de alma. Poppy se extasió ante él y me habló de su amorosa admiración por el artista.

Luego vimos dos Velázquez que figuran con interrogaciones de duda. Creo que uno de ellos, el retrato de Felipe IV, es auténtico. Es el retrato que todos conocemos. Poppy y yo, mirándolo, hablamos de pintura española. Ella me afirma que en Ginebra se estudia a nuestros pintores (¿cómo?) y me habla con entusiasmo de Velázquez, de Murillo y de Goya.

—Goya se me parece a Delacroix.

—Sí; hay una semejanza en la visión trágica que ambos tienen de la vida. Pero Delacroix es más sereno que Goya y Goya es más genial y misterioso que Delacroix.

Y hablamos un rato de todo esto, quizá con imprudencia, pues ni Poppy ni yo somos eruditos en materia pictórica. Poseemos, sólo, esa crítica emocional, que por ahora nos sirve, y que se nos antoja llena de verdad, de esa verdad nuestra que, por ingenua y primitiva, muchos no se atreven a confesar.

Poppy y yo hemos vuelto a hablar hoy de Eugenio Carrière. Tal vez este día neblinoso, que ha ocultado los Alpes y que ha puesto el misterio de lo impreciso sobre la ciudad silenciosa, suscitó la conversación.

—Carrière—me dijo mi amiga—es un pintor inefable. No pinta cuerpos, sino almas. Hay en sus cuadros un ambiente de bruma que debilita los contornos y que apaga el fuego de la carne. Después de contemplar un lienzo de Carrière, con sus tonos grises, sus tonos negros transparentes y sus tonos blancos de marfil viejo, los otros lienzos, con los colores todos, parecen ofender. Es como si la paz y la

penumbra de una estancia, donde hubiésemos puesto la soledad y el olvido, se alterasen de pronto con la entrada de un rayo de sol...

»Yo conservo la emoción que los cuadros de Carrière me produjeron en el Museo del Luxemburgo. Estuve abstraída frente a ellos largo tiempo... *La familia* me habló de una vida quieta, de una vida honesta en la que un noble duelo deja su huella melancólica. La madre y las dos hijas enlutadas recuerdan dulcemente al que se fué. Los otros hijos están tristes porque ven junto a ellos la tristeza. La madre tiene en sus rodillas un niño vestido de blanco. El niño se reclina en la mano maternal, afilada y santa, que se desvanece en la ropa. Y la madre, de ojos negros, contemplativos y profundos, une en abrazo todo laxitud al niño blondo y a una niña de serena belleza, cuyos cabellos oscuros se pierden en la sombra... En medio de todos, un infantito con su cuello de encaje resaltando en su luto. Es el primogénito. Detrás, en la penumbra, una puerta entornada... Por ella entró el dolor

y por ella una vida y un amor se fueron.

»Y un misterio semejante existe en *Maternidad*. La madre estrecha contra su pecho a un niño, de cuyo blanco ropón brotan los piecitos blancos. Por el lado opuesto otro hijo ofrece sus mejillas y la madre las atrae a sus labios con su mano cariñosa. De una ventana del fondo viene una luz turbia, y en el hogar la marmita casi invisible da su humo sutil. Un niño se retira de espaldas al grupo familiar, y no se sabe si conduce, entre las sombras, todo el duelo de un resentimiento infantil, o si lleva aún en los labios la sacra lumbre del beso maternal...

Poppy permanece un rato pensativa, y luego continúa:

—Y del Cristo, ¿qué le diré a usted? En aquel cuadro es suave la trágica poesía de la crucifixión. Jesús expira en las tinieblas, y a su lado la sombra de María solloza, supremamente dolorida, llevando a sus labios, con las manos translúcidas, un lenzuelo blanco para ahogar los gemidos. Aquella mujer conturbada, ¿quién es? ¿Es María, Madre de Dios, el amor entrañable?

¿Es María de Magdala, el amor ardiente?

Y yo me atrevo a responderle:

—Es María, el símbolo de la mujer que llora el acabamiento de los hombres.

—¡Y el divino cuerpo del Nazareno!— exclama—. Sus brazos no siguen la rígida horizontal de la cruz. Se elevan amorosamente y sin violencia para ser torturados. Y sobre el siniestro antebrazo se reclina la cabeza desmelenada, en un desmayo de agonía y de amor.

¿Cómo siente tan bien esta muchacha de apariencia frívola el arte recóndito de los elegidos? Me encanta hallarme frente a tal complejidad. Poppy es una joven saludable y dichosa, y yo sé que ama a Baudelaire, a Rollinat y a Verlaine. He visto estos libros en su gabinete. Le atrae lo raro y lo indefinible. Es un espíritu ganado por esa legión nobilísima de los decadentes, así llamados porque expresan la cruenta verdad de sus almas con la sola y bella mentira de su arte. Pero en todas sus expresiones tiembla y fulgura la vida, la

vida trágica abatida o dudosa. ¡La vida! Y los que sepan verla y comprendan su ritmo violento y desigual llevarán en sí mismos un tesoro de emoción. ¡Una emoción ante los campos feraces y el amor de los seres fuertes y primitivos, y otra emoción frente a los campos agostados y los tumultos de los cuerpos débiles y las almas doloridas!

He ido esta tarde a la librería circulante Richard, *rue du Rhone*, para alquilar varios libros de literatura ginebrina. He contemplado curiosamente esa biblioteca. Los libros son modernos, pero sus cubiertas pajizas les dan el misterio de los pergaminos y de los incunables.

Los estantes, en su monotonía amarillenta, tienen un aspecto de austeridad. También lo tiene un señor ya viejo, de luenga barba blanca, que es el señor Richard, seguramente. A mí me atendió una señorita de cabellos tan rubios, que se esfuman en las cubiertas de los libros cuando están junto a ellos. La señorita, muy ama-

ble, aumentó mis conocimientos de literatura suizo-francesa y me recomendó varias obras. Mientras las buscaba, yo hojeé el catálogo de la casa, y me dije:

—Vamos a ver qué tienen de nosotros.

Comencé a buscar por la G: Galdós. No vi nada. Esto me llenó de asombro, pero salí de él recordando que debía buscar por la P: Pérez Galdós. Pues bien; hay de Galdós lo siguiente: *L'ami Manso*, *Donna Perfecta*, *Marianella* y *Misericorde*.

En la misma letra me encontré a Pereda, con *Sotileza*, y a Palacio Valdés, con *Sœur Saint-Sulpice*. Al comienzo del abecedario: Cervantes: *Don Quichotte* (dos traducciones) y *Rinconete et Cortadillo*. Luego, Coloma (*le R. P. Luis*), con sus *Pequeñeces* (*Bagatelles*). Y nada más.

Al principio, esto me pareció muy poco. Reconozco que algo de lo mejor de Galdós existe en casa de Richard; que la única novela de Palacio que allí hay es de las más bellas, y puede decirse lo mismo del libro de Pereda. Sin embargo, quedan varios escritores españoles contemporáneos que tienen tanto derecho como los citados

a figurar en las bibliotecas circulantes y *universales* de la Europa culta. La obra completa de estos escritores es numerosa, y se encuentra, en gran parte, traducida, al francés por lo menos.

Hablando de literatos más de hoy, me extraña no encontrar nada de Blasco Ibáñez. Sus libros tienen mercado en París, pero aún no han conquistado el de Ginebra. Y ya se sabe que los libros llegan a las librerías circulantes o por prestigio universal e indiscutido—*Don Quijote*, *Madame Bovary*—o por demanda del público curioso—*Afroditá*, *Las Claudinas*—. Aún, pues, *Terres maudites* y *Fleur de Mai* no han dado la vuelta a Europa. Pero yo pienso que la darán, porque Blasco es un escritor que tiene casi todas las condiciones que se piden para conquistar al gran público.

Por esto mismo me acuerdo de Baroja, sin tratar de comparar a D. Vicente con D. Pío. Cada uno hace lo suyo, y no se excluyen. Cuando Baroja haya escrito treinta libros más, los nietos del Sr. Richard comprarán la traducción de *Para-*

dox, Rey. Valle-Inclán llegará aquí si un erudito artista del siglo *xxi* traduce y reduce a un tomo las cuatro *Sonatas*. Ese erudito violará el terso y divino castellano de D. Ramón, y algún ginebrino leerá las *Sonatas* como los mil y un señores que han leído *Las diabólicas* en *La España Moderna*.

Y Azorín... Pero al ir a pensar en Azorín, con la inmutable admiración que por él siento, la señorita rubia apareció, trayendo los libros que yo le había solicitado. Los tomé de sus manos con amable sonrisa. ¿Qué culpa ha de tener ella de que los lectores de Ginebra no quieran conocer el siglo de oro español? Ellos también tienen su siglo de oro y su leyenda dorada, como todos los pueblos. El brillo de las leyendas y de los siglos apenas pasa del país que les da vida. ¡Oh, son más efectivos el oro de los cabellos y el brillo de los ojos de la librera!

Y no puedo quejarme. Aquí se lee el *Quijote* y se conoce el espíritu fuerte, fecundo y apostólico de Galdós. En cambio, los españoles no conocen a más suizo que

Rousseau, y esto porque Juan Jacobo no es de Ginebra, sino de Europa entera. ¿Quiénes leen en España—luciré ya los libros que acabo de adquirir—a Amiel, Töppfer, Gougnard, los Monnier, Chaponnière, Scherer, Baudi, Petit-Senn, Blanvalet, etc...? Esos diez eruditos que lo han leído todo, esos diez eruditos que existen en todos los países, en todos los tiempos y en todos los astros. El público de las librerías circulantes de España—supongamos que las hay—y el de las bibliotecas, acaso lee a Víctor Cherbuliez, que es sólo ginebrino de nacimiento, y a Eduardo Rod, traducido por la revista antes mentada.

Hoy por la mañana fuí a la Biblioteca cantonal. La Biblioteca está en el edificio de la Universidad, que nada tiene de sombrío, pues se levanta en medio de un parque bien arbolado y lleno de niños que juegan bajo el tibio sol de otoño.

El salón de la Biblioteca es pequeño, con la seriedad y el silencio de todos los

salones de lectura. Hay en él tantas mujeres como hombres; muchas cabezas rubias que se inclinan y se abstraen sobre los libros. No faltan algunas calvas venerables y algunos cabellos blancos. ¿Qué filtro es este de los libros que así se apodera de los hombres?

Yo no he leído todos los libros, ni los he presentado, como Mallarmé. El poeta comprendió que existe en la vida del artista un momento en el cual todas las tristezas se han sentido y en el que la luz de todas las verdades ha llegado a nuestros ojos. (Las verdades son nuestras ilusiones y los goces nuestros.) Si todo se sospecha, ¿para qué leer más? Ya todos los dramas y todos los idilios se agitan en nosotros mismos. «La carne está triste; hemos leído todos los libros.»

No importa la causa de esta melancolía. Al imperio de la Desilusión se llega por muy varios senderos. Se llega por la senda florida del placer o por la ruta del dolor. O se llega—y así es casi siempre—por un camino delicioso y fatigante, que tiene desiertos y oasis y dulzuras de trópi-

cos y frialdad polar. Unas veces vamos sobre la arena hirviente, marcando con sangre nuestra huella, y algún día llegamos a la fuente de agua purificadora, junto a la cual florece el rosal de la vida. Y tal vez, luego de beber el agua, ya confortados, ya duros, desprendemos del rosal la rosa. ¿Quiénes son los santos y los sabios que beben su agua y contemplan su rosa?... Y transidos de tormentos y ebrios de pasión, seguimos nuestra ruta. De todos modos, al fin de la jornada llegaremos al palacio de la Desilusión. Y penetraremos en él, para recibir una enseñanza que nos dice: «Vivid, sin esperar más que de vosotros mismos.» Y los fuertes retornan a la vida. Pero los débiles ven un encanto en la Desilusión y se dejan acabar junto a él...

Los lectores de la Biblioteca de Ginebra, mientras yo divagaba soñadoramente, proseguían leyendo sus libros. ¿Saben ellos que en la mucha sabiduría hay mucha inquietud, y que quien añade ciencia añade dolor? ¿Saben que nada hay de que se pueda decir: «he aquí, esto es nue-

vo»? ¿Saben que todas las obras hechas debajo del sol no son sino vanidad y aflicción del espíritu? Es muy posible que no lean a menudo el libro, todo verdad y desesperanza, del *Eclesiastés*.

Pero tienen su disculpa. En los tiempos de ahora existen hombres llenos de ironía y de escepticismo, que leen todos los libros y escriben muchos libros. Tal sucede en Anatole France. El ha dicho: el libro nos mata, embriaga y aniquila como el opio; es el opio de Occidente; pero él ha sabido disipar sus borracheras asomándose a la vida para recibir el soplo recio de su vendaval. He aquí el secreto: saber la dosis de opio que nos corresponde. Yo, por mi parte, como aún he fumado poco, seguiré cargando mi pipa.

Y después de este propósito pedí a un empleado el catálogo de la Biblioteca para ver qué libros españoles en ella existen. Yo amo la irónica poesía de los catálogos. Ellos no asocian las obras de los hombres según su prestigio, sino por un orden de letras, de asuntos o de fechas. Y es curioso observar cómo, a pesar de un

propio relieve tipográfico, los nombres ilustres vencen a los anodinos.

En una cuartilla fui tomando nota de lo que me interesaba. A lo largo de un catálogo de cuatro tomos, llenos de misterio para mí, he tenido que buscar a los autores españoles. Mi nota es desordenada; en ella, los hombres, las materias y los años se contorsionan, dan saltos y producen bellos contrastes y anacronismos.

Copio mi nota: «Varios volúmenes de Fernán Caballero; Biblioteca de Autores españoles: *Los heterodoxos* y las *Antologías de poetas líricos castellanos y de poetas americanos*, de Menéndez y Pelayo; *La Araucana*, de Ercilla; la *Bibliotheca hispana vetus* y la *Bibliotheca hispana nova*, de Nicolás Antonio; la *Historia de la literatura española*, por Ticknor; la *Biblioteca española que contiene los rabinos hasta el presente y los gentiles y cristianos hasta el siglo XIII*, de Joseph Rodríguez de Castro; *Obras varias*, de Saavedra Fajardo; el *Parnaso español*, formado por Quintana; *La Celestina*; *El conde Lucanor*, del Infante D. Juan Ma-

nuel; Teatro de Lope, Calderón y Guevara; *Novelas ejemplares* y el *Don Quijote*, de Cervantes; fábulas de Iriarte y de Samaniego, y obras diversas de Quedo, Isla, Arriaza, Feijóo, Moratín, don Manuel Silvela, Jovellanos y Espronceda.»

He sentido frente a mi lista una patriótica satisfacción, con ese patriotismo del arte y del lenguaje que es el más fuerte e intangible de todos. Veo que en Ginebra nos conocen, y que este pueblo ha pasado sus ojos por casi la mitad de nuestras obras maestras.

Nosotros vivimos muy apartados de la Suiza latina, no tenemos sobre ella influencias de cercanía territorial, ni de costumbres e idioma, como Francia. Nuestro arraigo de cultura en este país es, pues, suficiente. Y hay algo más: nosotros no hemos venido, sino que nos han buscado, nos han descubierto. Aquí, en toda la Suiza mejor, las literaturas francesa, italiana y germánica se imponen por razón del espacio. La literatura inglesa se populariza por un motivo de semejanza religiosa,

y, por tanto, de moral: los pueblos protestantes se relacionan entre sí más vivamente que los católicos. Hay más simpatía intelectual de Inglaterra a Suiza que de Italia a España. El protestantismo, por ser un hecho relativamente reciente en la Historia, y por referirse a las conciencias, establece más duros y apretados vínculos entre sus adeptos que el catolicismo. Algo ha escrito Renán sobre este asunto.

Indudablemente, el pueblo en que yo vivo estos días es un pueblo culto. Ama las letras y las artes con sano apasionamiento. Y no se diga la ciencia. Aquí la ciencia se ha hecho familiar, y ha perdido el legendario hermetismo que conserva todavía en algunos países. Aquí el niño que caza mariposas sabe disecarlas y describirlas sobre el cartón. La joven que toca el piano conoce la historia de la música y la biografía y el sistema de los maestros. Los colegiales que recorren los Alpes accesibles han leído a Saussure y llevan sus aparatos para calcular distancias y planos y obtener temperaturas. No hay aquella general y altiva ignorancia español-

la. El «¡A mí qué me cuenta usted!» de nosotros, se sustituye por el «¿Querría usted explicarme?» ¿Quiénes tienen razón? Yo creo que todos, porque no sabemos si se acercan los tiempos del regreso a la selva o si avanzamos en pos de las sociedades futuras, donde la ciencia y el amor harán mejores a la vida y los hombres.

Hay aquí, en la *pension*, unos chinos que han nacido en Austria, y que nunca han estado en la tierra de sus padres. Nosotros no nos acordamos de sus nombres; les llamamos *les chinois*. Son tres: padre e hijas. El es grave y solemne. Come litúrgicamente manjares europeos y fuma tabaco majestuosamente. La característica de los amarillos es la majestad. El chino este no lleva trenza ni túnica con dibujos áureos. Es un chino europeizado, un avanzada de la raza peligrosa que se tragará a los blancos. Viste de azul oscuro y el corte de su traje es impecable. Todo demuestra que en cuanto un chino salva sus murallas no se diferencia de nos-

otros más que en el color. Pero este de que hablo es un chino de caricatura, demasiado feo para conquistarnos. Es horrible, con los ojos oblicuos, que brotan de sus cuencas estriados de sangre, y con sus largos bigotes lacios. Y, sin embargo, es agradable; su fealdad es atractiva y podría hasta ser el capricho de una morfinómana.

Las hijas son muy simpáticas, y por ser mestizas pierden algo del carácter ancestral. Se peinan con esmero sus cabellos, de un negro metálico casi azul; pero no pueden arreglarse los ojos ni los dientes que, por desgracia, les sobresalen. Son amigas mías y me preguntan cosas de España. Se han empeñado en que yo toque y cante al piano canciones de mi tierra. Y esto ocurre porque han llegado aquí, hace tres días, unos recién casados madrileños, y ella, a las primeras de cambio, cantó, bailó y se hizo íntima de Poppy y las chinitas. Pero yo no sé cantar, ni bailar, ni tengo lo alegría de mi raza. Y lo siento, lo siento de verdad por las chinitas.

Yo bien decía que el chino con su fantástica fealdad encendería en algún pecho femenino una delirante pasión. Nada menos que Poppy se ha enamorado de él. Hoy me lo confesó:

—Estoy loca por el chino. Me entusiasma su fealdad, y si fuese un muñeco, y no un hombre, lo compraría para decorar mi alcoba. Yo soy apasionada por los monstruos, y muchas veces me entretengo pintando hombres bicéfalos, cabezas venerables guarnecidas de astas, hombres con formas femeniles y mujeres que parecen hombres...

—Usted hace plásticas las tristezas de la vida; pero no hablemos de eso, sino del chino.

—Pues bien: yo me conformaría con la carátula del chino. Vamos a ver: ¿es usted valiente?

—¡Caramba, Poppy!... Así, en abstracto, no sé...

—Bueno. ¿Se atrevería usted a ser héroe por mí?

—Por usted, sí.

—Pues bien: prepárese—y Poppy son-

rió maliciosa—; hay que matar al chino.

Yo le pregunté sobriamente:

—¿Y cuándo debo consumir el asesinato?

—Hoy mismo.

—Bien; lo mataré esta noche, y mañana empezaremos a disecarle la cabeza.

Poppy, satisfecha, se despidió de mí con un largo apretón de manos.

Yo comí fuera de la *pension*, y tomé vino en cantidad bastante para aturdirme. De vuelta en mi alcoba miré el reloj. Eran las diez y media, y yo pensaba asesinar al chino a media noche. Me eché vestido sobre un canapé, esperando el transcurso de una hora y media.

En la alcoba inmediata a la mía habitaba el chino, y yo le oía roncar con un ritmo de acústica majestuosa. Era un ronquido lento, de tibia sonoridad, que se iba apagando poco a poco.

—Pobre de ti—pensaba yo—; pobre chino que no adivinas tu muerte cercana. ¡Oh, quién muriese como tú vas a morir! Pasarás de un sueño a otro sin dolor, sin angustia... Y la tierra no destruirá tu cabe-

za, sino que vivirá en la alcoba perfumada de Poppy, entre sus acuarelas y sus flores...

En el silencio de la noche vibraron las doce horas como doce agonías. Doce brujas rodearon mi canapé, y con sus manos esqueléticas me sacudieron. Yo estaba adormecido.

—Mata al chino—murmuraron—; danos a nosotras su cuerpo, y, en cambio, te daremos un secreto para conservar viva la cabeza. Nosotras lo sabemos todo.

De repente las brujas desaparecieron. Eran las doce y un segundo. Me dirigí a la alcoba del chino, cuya puerta se abrió antes de poner mi mano en ella. En la penumbra adiviné la cama y me guié, asimismo, por los ronquidos. Mis ojos se habituaron a la obscuridad. Junto al chino hice relucir una navaja de barbero. Luego, con una contorsión en círculo de mi mano derecha, comencé a amputarle la cabeza. Cuando sintió el frío del acero, abrió, reposadamente, los ojos para interrogarme.

—Es cosa de Poppy—le dije.

Y entonces se dejó decapitar.

Como no tenía trenza, sino una calva reluciente, traje a mi alcoba la cabeza en una palangana. La puse en un velador, frente a mí, y me acosté tranquilo, sin remordimientos, pensando en Poppy y en las brujas que esperarían la próxima media noche para arrebatarse el cuerpo del chino. Me dormí. De madrugada un golpe de tos me sobresaltó. Encendí un fósforo de madera y pude ver la cabeza del chino dando saltos en la palangana y mirándome con los ojos muy abiertos, removiéndose en un círculo de sangre... Después, el cuerpo acéfalo entró en mi habitación, con su traje azul, y tomando con sus manos amarillas la cabeza lívida la puso en su sitio.

Quise hablar... El chino me impuso silencio, y desapareció con paso lento y majestuoso.

Por la mañana se lo conté todo a Poppy, que rió, escuchándolo, con fuertes carcajadas.

Le propuse que fuésemos a un bazar donde compraríamos carátulas de chinos y pequeños monstruos con que adornar su

estudio. Aceptó. Y en la *rue Levrier*, junto a la Capilla Inglesa, nos encontramos al chino. Poppy y yo contuvimos la risa cuando él se nos acercó.

—¿A que no sabe usted—me dijo sonriendo—lo que he soñado esta noche?

Yo palidecí:

—No sé, no sé...

—Pues soñé que usted me había cortado la cabeza con una navaja de afeitar...

Hoy he conversado largamente con los recién casados madrileños. Son unos muchachos muy agradables. Ella es morena, con los ojos pardos, muy oscuros y brillantes, el pelo tan negro como el de las chinas y los labios finos y muy rojos. Es una mujer menuda. Su cuerpo, afortunado en las curvas; sus pies, impecablemente calzados, pequeños, y sus manos blancas y pequeñas también. Viste casi siempre, dentro de la *pension*, con trajes claros. Tiene una bata gris, estilo Imperio, encantadora. Toca el piano deplorablemente, pero canta la *matchicha*, varias canciones napolita-

nas y los vales de Cremieux de un modo delicioso. No me gusta tanto cuando canta cosas de la tierra. Sabe tientos, tangos, guajiras—el repertorio completo—, y los amigos de la *pension* se entusiasman con la música española, que no entienden. ¡Resulta tan exótica para ellos!

He reflexionado mientras cantaba la madrileña, rodeada de Poppy y de los padres de ésta—holandeses—; de dos atenienses, madre e hija; de una señorita rusa, de *les chinois*, de una joven polaca y de varias inglesas y norteamericanas. Toda esta gente, escuchando la voz apicarada de mi paisana, habrá pensado, remota, soñadoramente en España. ¿Y cómo supondrán a España?... Claro que yo no me encargaría de destruir las leyendas...

El recién casado es un muchacho pálido, de cabeza romántica. Parece muy inteligente. Su perfil es enérgico, sus labios sensuales y sus ojos tienen sueño, ironía y amor. Nos hemos hecho muy amigos y solemos charlar con frecuencia.

Decididamente este paisano mío que he encontrado en Ginebra es un hombre interesante. Conoce el arte de la conversación. Sus ideas son de tal amplitud, que puede admirarlo todo sin asustarse de nada. Es amigo de hacer confidencias y de hablar de sí mismo irónica y divertidamente. En el fondo es posible que sea un alma entristecida. Escuchando sus teorías abstractas, sus opiniones desiguales y nunca firmes, pienso que en la vida real debe de padecer mucho. Pero es muy joven, y la juventud lo salva. Yo le sorprendo a veces en actitudes extáticas, con un velo de melancolía e indiferencia en el rostro, y otras veces le veo transfigurado, feliz, riendo alto, jugando a los juegos de prendas, en el salón, con la alegría y el bullicio de un chiquillo. ¿Ama a su mujer? Toda la gente dice de los recién casados que se adoran. Sí—pienso yo—, con toda la adoración que permite la inquietud de la vida. El amor, el frenesí, mejor, no es una cosa cotidiana. Hay momentos en que todo nos molesta, en que lo odiamos todo. El amor es tolerancia. El cuerpo agradable de la

compañera, cuando pierde sus misterios, pierde la virtud de aturdir al hombre. Entonces la misión de la carne disminuye, y se hacen necesarias e imprescindibles, para convivir, las simpatías espirituales.

He ido esta tarde en compañía de Luisa y Eduardo—los recién casados—a tomar chocolate a la *Place du Molard*. Cuando salimos de la *pension* llovía. La niebla era densísima junto a los montes: los ocultaba por completo. Las aguas agitadas del lago trocaron su azul de turquesa por un verde enfermizo. Nosotros dejamos la *rue Levrier*, y en la del *Mont-Blanc* tomamos el tranvía, que nos condujo, por el puente, hasta la *crêmerie*. A través de las ventanillas contemplamos el cielo gris y la glauca extensión del lago. En el puerto cabecean varios vapores atracados: son vapores de río con su amplia toldilla y sus rodajes laterales; hacen *le tour du lac*, y parecen impregnados de la poesía encantadora del país, que contemplan navegando sobre las aguas dulces. Varias lanchas

destacan la blancura de sus velas y las *mouettes* parten del embarcadero del *Kursaal* y cruzan rápidas por debajo del puente. Yo hago la travesía de un lado a otro de Ginebra en estos vaporcitos, y siempre tengo la suerte de ir escoltado por un grupo de cisnes que aceptan las migas de mi pan alargando solemnemente sus pescuezos. Esta tarde los he visto aturdidos, sin su escultórica actitud. Los vi en su refugio de la isla de Rousseau. Nadaban raudamente, esponjaban su plumaje y, al darse picotazos, destruían la armónica curvatura de sus cuellos. Es la niebla la que aturde a los cisnes, la que los hace revoltosos y alocados... Junto a ellos las gaviotas profusas aleteaban. Un poeta debería cantar a las gaviotas de los lagos. No siempre al cisne triunfal. Cierto que la gaviota no es de alta ejecutoria: ningún dios la eligió para sus metamorfosis; pero bien se merece un poema...

Cuando Luisa, Eduardo y yo llegamos a la *cremerie* estaba ésta tan concurrida, que nos costó trabajo encontrar sitio. Al fin lo hallamos junto a un matrimonio vie-

jo, enlutado, de aspecto judío, que devoraba galletas y sorbía té con leche. En una mesa cercana, una dama elegantísima disponía la refacción de sus hijos, una niña y un niño muy rubios. Eduardo me hizo notar el gesto distraído con que aquella madre, demasiado blonda y elegante, atendía a sus hijos. ¿Qué ocultas cosas mirarían sus ojos verdes? Eduardo, imaginativo, inventó allí mismo una novela; pero Luisa opinó que aquella señora podía estar preocupada por alguna trivialidad doméstica. El afán que tiene Eduardo de suponer las vidas ajenas es simpático.

—Mire usted a aquel hombre—me dijo señalando a un rincón.

En el rincón un hombre de gesto duro, de ásperas barbas y mirada fija, iba de su taza de té a su periódico. Todos sus movimientos eran automáticos, isócronos: un sorbo de té, una ojeada al periódico y un atisbo escrutador sobre la concurrencia.

—Ese es un mal hombre —afirmó Eduardo.

—¿Y por qué? —preguntó Luisa.

—No sé — contestó Eduardo, sumergiendo una galleta en su chocolate—; me lo parece. Debe de ser un hombre duro, tenaz, que ve la vida fríamente, y que, por vivir, llegaría a todas las transgresiones morales. Es un hombre desconfiado. No, no ve la vida fríamente, sino de un modo tétrico. Supone que todos quieren dañarle y anda siempre prevenido. Yo compadezco a los hombres calculadores que viven intranquilamente por la atroz preocupación de vivir bien. Se pasan la vida haciendo presupuestos, y un día la muerte les sorprende con el lápiz en la mano. No tienen en cuenta para nada lo imprevisto. Quieren adivinarlo todo, y el gran determinismo de la vida se mofa cruentamente de ellos.

Entretanto, el hombre tomaba su té, leía su periódico y nos miraba glacialmente.

Luisa dijo:

—Por lo menos es muy antipático.

Y yo pensé en lo que aquel hombre pensaría de nosotros. Así pasamos la vida: presumiéndonos mutuamente. ¿Cómo seré yo para cada uno de mis amigos?

¿Cuántos creen conocerme? ¿Cuántos me temen? ¿Cuántos me compadecen o me odian? Esto es curioso, y nada más. Tanto vale ser amado como aborrecido. Ser fuerte es estar por encima de los afectos que suscitamos. Ahora bien: yo no estoy seguro de ser fuerte.

Al abandonar la *crêmerie* acordamos dar unas vueltas, a pesar del tiempo lluvioso. Nos detuvimos ante algunos escaparates. Luisa hizo varias observaciones:

—Vean ustedes: en casi todos los escaparates hay estos letreros: «English spoken.» «Man spricht deutsch.» «Si parla italiano.» ¿Por qué razón no hay este otro: «Se habla español»? A mí, francamente, esto me indigna; yo soy patriota.

A Eduardo y a mí nos regocijaba el patriotismo sentimental de Luisa.

Frente a una librería ella tuvo un acceso de cómica indignación. Había allí una hilera de esas gramáticas con cubiertas de colores nacionales, que ofrecen el milagro de enseñar en un mes cualquier idioma. Había todas las banderas, menos la española.

—¡Esto es intolerable!—exclamó Luisa.

Pero luego, frente a una tienda de modas, se le pasó la indignación.

Seguimos contemplando los escaparates. A Luisa esto le encanta. A Eduardo y a mí, también. Los escaparates de los bazares tienen mil objetos de talla en madera: gnomos de lengua barba y ojillos picarescos, renos y ciervos de florida cornamenta, vacas, caballos, cisnes con una gota de bermellón en el pico, osos de Berna en mil posturas: sobre sus cuatro remos o sentados con una pata delantera levantada mansamente...

Luego las relojerías, las relojerías de Ginebra con sus *cu-cús* primitivos y pintorescos, como una nota de poesía en la tremenda seriedad mecánica de los relojes. Después, las peleterías con sus tigres reales y sus osos blancos, todos manse-dumbre e inmovilidad, entre las pieles y las blondas. ¡Pobres tigres de ojos de vidrio, que ya no se acuerdan de la India! ¡Pobres osos blancos, que empiezan a ser gualdos lejos de las tierras polares! Es amargo su destino. Tuvieron libertad y

fuerza en la selva y sobre los hielos, y el hombre los redujo y los llenó de paja, enamorado tan sólo de su aspecto decorativo. ¡Lo decorativo!... Por esto Poppy se ha enamorado del chino.

En otros escaparates vimos tarjetas postales del país helvético: lagos azules, prados verdes con sus vacas bermejas, montañas de nieve irisada en las cumbres... Entonces Luisa y Eduardo hablaron del paseo que piensan dar por toda Suiza. Luego, de un viaje por Italia, de la vuelta por París: el viaje de novios, el viaje novelesco siempre...

A última hora, cuando regresábamos a la *pension*, Luisa vió una cosa sorprendente: en una tienda el letrero suspirado: «Se habla español.» Pero la tienda era de máquinas de escribir, y como Luisa se empeñase en entrar, Eduardo le dijo que su patriotismo no debía conducirla a comprar un artefacto inútil para ellos.

—Sería una locura—dijo.

Luisa suspiró mirando melancólicamente a la tienda. Tenía ésta sus luces encendidas y sobre el vidrio de la puerta bri-

llaban con sus letras doradas estos cuatro letreros:

- «English spoken.»
- «Man spricht deutsch.»
- «Si parla italiano.»
- «Se habla español.»

Hoy se hablado en la mesa de política. El señor Cochins me enteró de que el cantón federal de Ginebra se dispone a resolver, por medio de un plebiscito, el asunto de la separación entre las Iglesias y el Estado.

El proyecto que ha de someterse al *referendum* es muy concreto y muy sencillo.

Garantiza y ratifica la absoluta libertad de conciencia. Declara que el Estado y los Municipios se desligan de toda protección económica a cualquiera de las Iglesias, y establece que nadie podrá ser obligado a contribuir para los gastos de culto. Las Iglesias utilizarán la libertad de reunión y de asociación; pero sometién dose para las prácticas externas a las leyes generales y a los reglamentos de policía.

Es casi seguro que el plebiscito confirmará la propuesta.

Ginebra tiene en el aspecto religioso un pasado turbulento y fecundo. En ella vivió el alma fría e implacable de Calvino, la más fuerte, la más recia de todas las almas de la Reforma: más fuerte que el alma precursora de Erasmo, más que las almas templadas de Goch y de Wessel, más que el alma sarcástica y agresiva de Lutero y que el alma elocuente y primitiva de Zuinglio. En Calvino se unieron el sentido inicial de la Reforma—el humanismo italiano y alemán, que funde las centurias xiv y xv, o sea la regresión al proto-cristianismo—y el empuje bélico y fanático de los días luteranos. Calvino era antes que nada un hombre especulativo, y en sí contenía toda la cultura del Renacimiento. Su *Institución Cristiana*, sobria, enérgica y concluyente, es una obra genial. Toda su vida es genial: sabe ser en ella apostólico y déspota, paternal y sangriento. De este su último carácter tenemos los españoles una prueba trágica: el martirio de Miguel Servet, aquel espíritu

aventurero y sabio que vivió y murió, más que por la fe, por la ciencia.

Era entonces Ginebra—cuando Calvino, adolescente, comenzaba en latín su *Institutio*—una ciudad placentera y feliz. Aquí la vida se tomaba por su lado frívolo y sonriente. El obispo de Ginebra era más suave que el más benévolo de los papas postizos de Aviñón; miraba a su grey con cariño y distinguía en ella dos amplias venas de pecado y de poesía: la una italiana, y francesa la otra. Junto al lago, el condottiero alegre abrazaba a su hermano el mosquetero ebrio, y en los baños, públicos y promiscuos, toda moral se ofendía y todo pudor se violaba. Al claro de luna, que desvelaba con misterio la nieve de los Alpes, las gentes danzaban con ímpetu, y de sus labios, rojos como flores de lascivia, brotaban canciones de fuego.

Pero un día llegó por el camino de Estrasburgo una sombra de austeridad y de tristeza. Era alta y apostólica y tenía en su rostro escuálido, de ojos profundos, nariz judaica y luenga perilla negra, una seme-

janza con Ignacio de Loyola. Y ante ella el placer, el pecado y la poesía temblaron como tres infantes desnudos e indefensos.

Comenzaba el imperio del recogimiento y la pureza. Y estas dos virtudes dejaron de ser tales porque se imponían. Calvino gobernaba férreamente. El había restituido al culto su prístina sencillez y reducido los Sacramentos a dos, bautismo y eucaristía, y éstos en un sentido meramente simbólico. Pero a la confesión de los católicos, secreta y sombría, sucedieron la pública inquisición y el espionaje.

Calvino conocía la vida privada de los ciudadanos, a los que amonestaba por los más nimios errores y castigaba duramente por no grandes delitos. El adulterio fué reputado como el mayor de todos, y acreedor a la última pena. Concluyeron las fiestas y los esparcimientos populares. La poesía huyó. El placer cubrió la alegría de sus carnes con sayal de penitente. Y el pecado mintió con un gesto de compunción y santidad... Los sermones de Calvino eran detonantes y tempestuosos, de un apóstol iracundo, a la manera de

Santiago. Y después de toda su fuerza por domeñar las pasiones, por contener los instintos, su creencia en la predestinación, en la redención por gracia de *ab initio*, y no por méritos, caía como una lluvia de fatalismos y amargura.

Luego que el Reformador hubo aniquilado la vida de Servet, su prestigio personal se debilitó en Ginebra y fué poco menos que repudiado en la Europa protestante. Pero su espíritu continuó en triunfo: el calvinismo contaba con más adeptos que ninguna otra secta de la Reforma, y Ginebra se habituó a ser un pueblo quieto, reservado y hosco. Esto es lo que resta del calvinismo: un carácter.

Lo que no consiguió Calvino fué hacer un pueblo fanático. De este pueblo ha surgido la rebelde majestad de Rousseau, y este pueblo ha seguido, y podría decirse iniciado, todas las libertades democráticas. Su suelo se ha hecho hospitalario para todos los cultos. Actualmente los protestantes disponen de la catedral de San Pedro, de la iglesia de la Magdalena y de otras dos de menor importancia, y

tienen, todavía, una capilla inglesa y otra americana. Los católicos—que se dividen en primitivos y apostólico-romanos—poseen hasta cuatro templos. Hay, además, una capilla rusa—con cinco cúpulas doradas que refulgen en medio de la ciudad—y una sinagoga.

El Estado protege aún todos estos cultos de sus ciudadanos. Muy pronto se habrá desentendido de ellos. Las contien- das religiosas de Ginebra van a tener un epílogo de paz: por una correcta votación popular se llegará al divorcio de lo civil y lo eclesiástico. Este no es un pueblo fanático, a pesar de Calvino.

Reflexiones aplicables a España, ante los ejemplos de suizos y franceses, se me ocurren en gran número. Es la primera que toda la fuerza que ellos restan a la intolerancia cae pesadamente sobre nosotros.

Es cosa del Destino. Al estallar en Europa el incendio de la Reforma, el emperador Carlos convocó la Dieta de Worms para defender al Papado. Más tarde, aquel rey nocturno e impasible que le sucedió,

por fe y por política, comenzó a romper la vastedad de su imperio para no reinar sobre herejes.

Pero el Papa obedecía a Felipe y el mundo se regía desde El Escorial.

Es la Historia una máscara que nos hace burlas y muecas. Antes de ahora, en pasado no remoto, expulsamos a los jesuitas y nos mantuvimos enérgicamente regalistas ante Roma. Y he aquí que hoy parecen más lejanos los tiempos de Carlos III que los de Felipe II.

Entretanto, en Ginebra, en Francia, ya el peligro no existe. En la vida pública de estas naciones, el Estado ha roto las últimas ligaduras que le adherían a la Iglesia. La intolerancia, la unidad religiosa se va, se ha ido, como se fué la esclavitud, que tenía raíces no menos extensas y profundas.

Quedan hombres cautivos y almas creyentes; pero ya esto pertenece a lo íntimo y cae más allá del tiempo y del espacio.

Los padres de Poppy son muy agradables con su aspecto de seriedad y de reposo. Ambos son altos y robustos. La madre tiene la nariz respingada con exceso; pero sus ojos dorados, su boca grande y roja y sus cabellos grises, bien peinados, tienen un aire de bondad. Es muy distinguida y muy atenta, y anda por los pasillos y los departamentos de la *pension* elegante y mesurada, como si anduviese por los salones de un palacio. Es lástima que la madre de Poppy no sea duquesa. ¡Cómo ha de ser! El señor Cochins, su marido, no es más que médico, y ya no ejerce.

Y, la verdad, el señor Cochins es asombroso. Tiene setenta y nueve años, y se sostiene firme y erguido como un buen soldado. Es ancho de espaldas y de pecho prominente. Sus piernas no flaquean sobre los pies monumentales, y las manos, gruesas y ágiles, desprecian el bastón. Sus ojos azules y sus opulentos bigotes áureos son un poco serios, un poco nada más. Aquella cara rubicunda sólo expresa salud. Y la salud es bondad. Sí,

este ochentón se conserva demasiado bien para ser un hipocondríaco. Su estómago es omnipotente. Yo observo en la mesa redonda al señor Cochins y lo veo comer abundante y reflexivamente. Prefiere las legumbres, y no bebe más que agua sonrosada con un poco de vino. Habla de vez en cuando de un modo cortado, terminante. A su lado se sienta el chino, y los dos se entienden en alemán. Yo no oigo sino la inflexión ronca de su voz. Cuando creo que ha dicho algo trascendental le ruego a Poppy que me lo traduzca.

—¿Qué ha dicho su señor padre?

—Que el salmón del Ródano es más sano que el del Rhin.

Algunas mañanas veo al señor Cochins en el puente del *Mont-Blanc*, a cuerpo, con su inmensa levita y su sombrero negro, flexible, de anchas alas. Lleva en su mano izquierda un gran puro, y en la diestra una cestita. Regresa de la compra. Según me ha contado Poppy, es él quien se

encarga de adquirir todo lo concerniente al té. La familia Cochins hace el té en sus habitaciones, y el jefe, patriarcalmente, trae en su cestita los pasteles, las galletas, la mantequilla, las pastas, el azúcar, la miel.

Yo tengo una gran admiración por el señor Cochins, y veo en él al hombre sencillo que tiene la sabiduría de saber vivir. Su vida y la de los suyos es tranquila. El no conoce esa terribleza del tedio. Lleva viviendo en la *pension* seis años. Seis años de una vida igual, de comidas a toque de campana y de tresillo por las noches. Seis años bajando a la mesa redonda, gustando unos manjares que se repiten regularmente: jueves, pollo; sábado, carnero. Seis años haciendo el té en sus habitaciones y pasando el puente del *Mont-Blanc* con su cestita en la mano. Y viendo desfilar tipos por la *pension*. Y viendo cómo Poppy es cada vez más pintora y más mujer... Y a todo esto los baúles en la habitación, como si se acabase de llegar o se preparase la marcha...

¡En el espejo del señor Cochins debería mirarme yo, hombre combatido por to-

das las inquietudes! Pero estas cosas de vivir bien o mal consigo mismo no se aprenden; las traemos en la sangre, en la carne, en el alma.

En la más concurrida calle de Ginebra he encontrado un hombre singular: un empleado de cinematógrafo, de esos que atraen al público voceando el cartel del espectáculo y asegurando que va a concluir en seguida una sección, o que otra va a comenzar. Este cinematógrafo no se parece a los de España y Francia, que tienen un vestíbulo con arcos voltaicos y con un orquestrión estridente, donde unos autómatas llevan el compás. Como Ginebra es un pueblo quieto y austero, sus cinematógrafos no tienen música ni vestíbulos llenos de luz. Una puerta y una vidriera a la calle, una antesala y después el lugar del espectáculo, con piso de madera y sillas de Viena. Detrás de un biombo, el empresario hace hablar a los personajes de las películas, y su voz, superlativamente nasal, lo mismo se aplica a las

mujeres que a los hombres, y tanto dice frases picarescas como tristes y quejumbrosas palabras. Además imita el ruido de los automóviles y el trepidar del tren con unos hierros y latas que entrechoca hábilmente. Tiene un silbato, una bocina y una porra. Es el complemento del cinematógrafo. Es el hombre asociándose al progreso asombroso. Es el *phono-cinéma-théâtre*, mitad humano y mitad mecánico.

El hombre a que me refería es grueso. Va metido en un velludo sobretodo azul, y usa abollado sombrero gris. Sus bigotes son grandes y abatidos, y sus mejillas y sotabarba tienen la sombra de un vello que crece demasiado aprisa. Los ojos son verdes e inteligentes, como ojos de gato. Una tarde, al entrar yo en el cinematógrafo, el hombre me detuvo, preguntándome en castellano:

—¿Es usted español, por casualidad?

—No; por los cuatro costados. Y usted, según veo, ¿conoce mi idioma?

—¡Ah! sí, señor. He estado mucho tiempo en España. Verá usted...

La gente acababa de pasar al espec-

táculo, y en la sala de espera mi nuevo amigo me contó su historia. Antes me pidió tabaco.

—Pues yo he sido clown y he trabajado mucho por los circos de España. Estuve bastante tiempo en Cataluña y en Valencia, y hablo los dialectos de esas tierras. He dado funciones en el Circo de Price, y me gusta mucho el público de Madrid... Sabe apreciar, aplaude a quien se lo merece y distingue de saltos y de planchas admirablemente... Pero la vida de clown es terrible. ¿Usted sabe lo que es tener que hacer gracias aunque uno esté triste?

—Sí, es decir, me lo supongo; porque yo, como todo el que vive en sociedad, tengo mucho de farsante. Pero siga usted...

—Pues como tenía que ganarme el pan, yo no dudaba en blanquearme la cara y hacer todo género de pantomimas. En cuanto tuve algún dinero me metí a empresario y fui de un pueblo a otro con mi *troupe* y mi carro... Y ya ve usted si me habrá ido bien que ahora estoy aquí, de

portero, por tres francos... Doce horas, con lluvia y con nieve y voceando con la garganta fría... Y yo he sido, puede creérmelo, un gran clown, un clown original, verdaderamente artista. ¡Es la suerte! ¿Tiene usted otro pitillo?

—Tenga usted.

—Menos mal si se tiene tabaco—dijo encendiendo el pitillo—. Hay que ir conformándose. He estado peor cuando viví en el Puente de Vallecas. Entonces me ganaba la vida tocando el violín entre los gitanos y los traperos. ¡Figúrese usted! ¿Qué me iba a dar aquella gente?

—Claro: ¿qué le iba a dar?

—Repartíamos nuestra miseria. Yo entretenía a los traperos y los traperos me vestían a mí. Luego tuve amores con una chula que vendía periódicos, y por ahí vinieron disgustos y reyertas, que por poco me matan. Lo abandoné todo, y después de mil desventuras, aquí me tiene usted.

Al despedirnos le dí para tabaco. Este tipo trashumante, que hace pensar en nuestros pícaros y en ciertos personajes de

Edmundo de Goncourt y Pío Baroja, me ha conmovido... A pesar de todas sus ma-landanzas está grueso y se alegra con el humo de su pitillo. Si el padre de Poppy es un hombre tranquilo, el ex clown es un hombre tenaz, que tiene la voluntad grande deresignarse y esperar. Él sabe que hay que sostenerse. ¿Y qué hacer? ¿Llorar el bien perdido y añorar los aplausos del público de Price? ¿Seguir tocando por los arrabales de Europa su violín? ¿O ganarse los tres francos diarios repitiendo de sol a sol: «¡Entren, señores, que va a empezar!»? Esto último, sin duda.

Y menos mal si hay tabaco; porque si hay tabaco, hay sueño... Y mientras haya sueño habrá vida.

Esta hora de las tres de la tarde es de silencio y de calma en la *pension*. Casi todas las personas han salido a tomar el sol. Hoy hace sol. Desde mi ventana veo la cadena de los Alpes que se recorta sobre el horizonte de azul pálido. En la superficie del lago, levemente rizada, destee-

lla el sol. Cruza un vaporcito con su penacho de humo y su escolta de cisnes. Los árboles que rodean el monumento gótico del Duque Carlos de Brunswick y los de la *rue Levrier*, desprenden sus hojas amarillas. Por la parte del *Quai du Mont-Blanc* que alcanzo a ver, transcurren algunos paseantes a pie y en bicicleta. En un coche abierto va una familia de turistas y todos miran con fijeza al *Mont-Blanc*. El cochero fustiga mesuradamente al caballo...

¡Pero qué silencio, en la casa! Ha cesado el trajín de los criados en el comedor. Las norteamericanas—cuatro niñas que aquí viven acompañadas de su madre—deben de estar con la institutriz en el parque de *Mon-Repos*. La joven griega ha salido con la caja de su violín. Poppy se ha ido a la escuela de pintura. Y esa señorita rusa, tan lívida y tan silenciosa, con la que suelo encontrarme en los pasillos, no sé qué hará... Luisa y Eduardo creo que han subido al *Salève*. Mme. Huguenin, recluida en su gabinete, hace cuentas. Los chinos pasean ahora su fealdad por el

Jardín Inglés. Y la fuente de la *rue Levrier*, musgosa, rezumante, recibe en su tazón de agua verde el agua cristalina que desde lo alto escupe un efebo de piedra... De tiempo en tiempo oigo el tintinear de un tranvía, el ruido de un coche, la bocina de un automóvil... Luego, un nuevo silencio... Voy a leer las *Nouvelles genevoises* del humorista de esta tierra, de Rodolfo Töppfer. Página 322...

Pero he aquí que escucho la voz alegre de Poppy que regresa de su lección. Viene cantando el vals famoso de Cremieux: —*Lorsque tout est fini...*

Un poco veladas llegan a mi oído las notas del violín de la ateniense. Dicen, con demasiado reposo tal vez, la marcha fúnebre de una *suite* de Grieg. Me asomo de nuevo a mi ventana y veo venir, por el centro de la calle, al señor Cochins con su cestita. Se acerca la hora del te. Voy a tomarlo a la *Place du Molard*. Pasaré el lago en una *mouette*. (1)

Pero ahora la voz de Poppy dice junto a mi puerta:

(1) Nombre popular de los vaporcitos del lago.

—¡Amigo mío! ¡amigo mío! ¿quiere tomar el te conmigo?

—Con toda mi alma, Poppy. Voy en seguida.

¡Qué adorable rato con Poppy! Hemos tomado el te en su gabinete, donde pinta. Nos acompañó Miss Elena, la mayor de las norteamericanas, que debe de tener doce años. Es una niña preciosa, sonrosada, con los ojos muy grandes, bien azules y cariñosos, y la boca roja y gruesa, que enseña, al sonreír, los dientes iguales, de nacarado esmalte. Y luego el cabello rubio con un gran lazo rojo en la trenza recogida... Yo me extasíé mirando la saludable belleza de Miss Elena. Y la miro santa y contemplativamente, sin deseos. Cuando sus ojos se encuentran con los míos ella los baja ruborizándose y yo también me ruborizo.

Mientras tomábamos el te, Poppy y yo hablamos abstractamente de amor, y Miss Elena se distrajo mirando un álbum de retratos dibujado por Poppy.

Desde la habitación inmediata, pared por medio, las griegas hablaban con nosotros, tomando también su te. Luego la joven, a ruegos de Poppy, comenzó a tocar su violín. Yo encontré una poesía grata en oír la música sin ver al ejecutante. Así es la música nuestra emoción única y no nos distrae de ella el que la interpreta. No a cuantos saben herir las notas y obtener melodías debiéramos permitir que interpretasen la música de los maestros. Unas manos que no sean delicadas y blancas y ungidas de elegancia profanan determinadas armonías. Yo, como los niños, no perdono la excesiva fealdad. Los feos que tengan belleza en el alma deben pulir ocultamente sus versos y sus prosas, y tocar su violín detrás de una mampara... Sin embargo, como la ateniense es linda, puede a toda hora, si ella quiere, tocar su violín en mi presencia.

Hoy he despedido a Luisa y Eduardo, que se fueron por el lago, a Montreux. He deplorado no acompañarles; pero ellos

van mejor solos, sin Poppy, sin los chinos, sin mí. Sobre el lago no creo que Eduardo se sienta abrumado por el tedio. La contemplación de la Naturaleza, en uno de sus más bellos aspectos, tal vez lo haga sencillo y resignado. La tristeza que se siente contemplando el mar, el cielo, las montañas—Ruskin habló de ella—no agobia el alma, antes bien, la perfuma de humildad y la realza con presentimientos de ideal.

Eduardo amará a su Luisa por bondad, comprendiendo que es a él a quien corresponde el sacrificio. En todo afecto mutuo hay un dominador y una víctima. Aceptar lo último estoicamente es ser grande y es ser bueno. En definitiva, yo no sé qué hará Eduardo; yo no sé qué hará este matrimonio que empieza su carrera. ¿Tendrá una vida trágica o una existencia plácida? Lo probable es que tenga una vida en la que al momento venturoso suceda la hora del abatimiento. Sobre esa vida pasarán temblores de drama y ráfagas de fortuna. Así son casi todas las vidas...

Eduardo es un soñador, y sufrirá. Luisa sufrirá viendo soñar a Eduardo; y al preguntarle: «¿En qué piensas?» oirá de sus labios un «no pienso en nada». Él no debe quejarse, sin embargo. Esa íntima tortura que tiene le acompañará a todas partes, al lado de la mujer, de la amante, de los libros... ¡Amigo, que el lago azul te haga sencillo, que el lago azul te haga resignado! Aprende tu lección de majestad en los Alpes; sé majestuoso y avasalla tu dolor. Aprende en el lago tranquilo tu lección de mansedumbre y estrecha amorosamente la mano blanca de tu compañera. Hazla dichosa. Sé para ella como un padre, como un hermano... Y piensa bien en la santidad de una vida que sólo trata de hacer feliz a un alma. ¡Santifica tu vida, amigo mío!

AQVI CONCLVYEN LAS PÁGINAS DESPRENDIDAS
DE VN DIARIO DE VIAJES

RECUERDOS DE UN COLEGIO
DE SEÑORITAS

PARA UNAS MANOS ARMONIOSAMENTE BREVES

RECUERDOS DE UN COLEGIO
DEL SEÑORITAS

ESTABLECIMIENTO DE ENSEÑANZA PRIMARIA

VILLA VIOLETTE

En *Villa Violette* se educan algunas niñas ricas apartadas de sus familias, que viven en diversos países de Europa y América. Son niñas de doce a diez y ocho años. Sus padres las envían muy lejos para que les enseñen idiomas, baile, música, pintura, la educación completa. A la vuelta, en el hogar, recogen los frutos de esta educación esmerada y saben que sus hijas, habiendo recibido enseñanzas de moral y de urbanidad, podrán ser madres y señoras de alta distinción. En los colegios de señoritas se aprende todo. Está demostrado.

No hablaré de la feliz circunstancia que me condujo a *Villa Violette*, al gracioso y florido hotelito del colegio, donde yo hubiese querido vivir. Como esto no fué posible, puse una gran asiduidad en mis

visitas, que se realizaban generalmente a la hora del té. Era ésta una hora apacible, una hora blanca, que la presencia de Mlle. Blanchet, la directora, llenaba de serenidad. Mlle. Blanchet tiene cincuenta años y una historia intachable. Su instinto maternal es grande. Sus ojos, verdes, miran a las alumnas amorosamente, y cuando reprenden no dejan de ser bondadosos.

Las pensionistas llegaban a veinte. Nos sentábamos a la mesa cuando Mademoiselle lo indicaba. Yo, desde luego, al lado de ella. La mesa tenía un mantel rojo, y sobre él los platos, las tazas y las bandejas se destacaban. Las señoritas vestían blusas de tonos claros y breves delantales adornados de encajes. Dos de ellas daban el té y permanecían sin sentarse, afanadas por atender su grata obligación. Mademoiselle me explicó que cada semana correspondía a dos alumnas ofrecer el té.

Yo las contemplaba con atención y cariño. Eran casi todas rubias, de tez encendida y ojos zarcos. Pero en aquel jardín

de rey Midas cada flor tenía su perfume y su gracia.

Emma, por ejemplo, era de una belleza delicada y enferma. Su cabellera, de un oro desvaído, se diría que fué apagándose en la tabla de un pintor angélico. Su faz era muy blanca; sólo en las mejillas florecían apagadamente las rosas de la vida, más rojas en los labios finos, rebeldos en bella contracción de desdén. ¡Oh, los labios de Emmal! ¿Qué suave dolor recordaban? Acaso la frialdad de un beso de perfidia los hizo atormentados y dolientes. Yo contemplaba a Emma con pasión. Su perfil aristocrático y sus labios altivos me turbaban. Pero los ojos de azur, húmedos y acariciantes, me parecían dos edenes de hospitalidad y de placer.

Mariana tenía el rostro plácido y entristecido. Sus ojos tranquilos y sus labios castos sonreían con sonrisa de pureza. Y poseía el supremo hechizo de unas manos finas, blancas, transparentes casi.

Hertta parecía habitar cerca de un oculto fuego que resplandeciese en su cara. Sus cabellos eran rojos como un nimbo

encendido, y sus labios sensuales y tentadores.

Yo me figuraba a las alumnas de Mademoiselle Blanchet de esta manera entre bíblica y pagana. Y es que en todo hombre sentimental hay un Predicador que pasa por la vida cantando sus cantares, porque nada hay tan justo, ni tan eterno, ni tan noble como cantar la gracia de las mujeres.

Pero yo no me hubiese atrevido a cantarla delante de Mlle. Blanchet. Una vez me sorprendió diciéndole a Mariana:

—Son más azules los ojos de usted que el lago azul.

Y me reprendió, con una seriedad galante que le iba muy bien.

—¿No comprende usted que son muy impresionables y que lo tomarían en serio?

A pesar de todo, yo continué impresionándolas. A Emma le dije muchas cosas aromadas de romanticismo y de pasión. Ella rió, y como, a pesar de sus labios, era buena, me dejó hablar.

Emma, Mariana y Hertta han nacido en

Basilea, en esa ciudad gótica donde Holbein pintó y por donde pasan las aguas heroicas del Rhin.

Había tres hermanas neoyorkinas de ojos mansos y de serenas bocas rojas. Me inquietaban las tres vestidas del propio modo, igualmente peinadas, con una cinta azul, ancha y rígida, enlazando la doble trenza. Andaban con cierta rigidez, con cierta majestad. Eran tres princesas de un reino yanqui. Andaban siempre juntas, de mayor a menor, y parecían inabordables. Nunca pude, nunca me atreví a hablarles. Alguna vez me miraron con su mirada triple, indiferente, helada...

Y como una flor de tinieblas había una hija de Nápoles, de cabellos negros y de ojos negros, de frente elevada y de labios de grana. Su tez era de un blanco mate y el rasgo de las cejas, la sombra violácea de las ojeras y la herida fresca de los labios resaltaban como en una efigie de alabastro. Yo, que sólo conozco a las napolitanas por Bocaccio, pensaba mirando a ésta en cosas poéticas y pecaminosas.

Entretanto, el té murmuraba en el sa-

movar, refulgente sobre la llama azul y temblorosa del alcohol. Luego, las señoritas lo derramaban en las tazas, que iban colocando junto a cada comensal. Las jarritas de leche pasaban de mano en mano enturbiando la áurea transparencia del té. Sobre las tostadas de pan se esparcían la mantequilla y la miel dorada, que tiene el aroma de mil flores y tan grato sabor. Se consumían las variadísimas pastas del té y no se hablaba mucho, o se hablaba en voz baja. Había de un lado a otro atenciones delicadas. Se recomendaba la miel; se acercaba el azúcar o los frascos de confitura. Yo, por debilidad, no sabía desairar a nadie, y tomaba té como un ruso. Entre sorbo y sorbo ponía una frase amable en un francés dudoso. Y Mlle. Blanchet y sus alumnas no se reían, sonreían acaso.

Cuando abandonábamos el comedor la tarde empezaba a caer. Salíamos a la terraza de la *Villa* que da a un jardín pequeño, lleno de agrado y de melancolía. Hay en medio de él, enfrente de la escalinata, una fuente encantadora, donde un amor musgoso, con los carrillos hin-

chados, arroja sobre el tazón un agua re-
tozante. Un árbol de pomas carmesíes
casi encubre la fuente con el dosel de
sus ramas y en el agua verde del tazón
sobrenadan algunas hojas secas. Entre el
césped hay muchas plantas de violetas, y
en los arriates arbustos de rosas blancas
y de flores rojas. Las adelfas y los evóni-
mos demarcan las rutas del jardín, no muy
complicadas. Los grandes árboles son pi-
nos, eucaliptus y varios olmos ancianos.
Hay un jardín contiguo y en la valla me-
dianera se retuerce una trepadora car-
gada de campánulas azules y amarillas.

Mademoiselle y yo nos sentábamos en
uno de los bancos del jardín. Las colegia-
las jugaban sobre una pista de finísima
hierba. Jugaban a perseguirse, a ocultarse,
a la gallina ciega, a todos esos juegos
adorables y de tradición, a todos esos
juegos castos, en los que sólo las niñas
intervienen.

Yo las miraba con envidia y asistía
emocionado a sus saltos, a sus fugas, a las
bellas y rápidas contorsiones de sus cuer-
pos. Y oía sus gritos estridentes, todos de

susto y de miedo risueño. Y oía sus risas, que eran de plata y de oro, como las risas amadas de los poetas.

Una tarde, en el jardín, sorprendí una escena que hizo temblar mi espíritu, con ese temblor que nos enseñaron los griegos decadentes y los poetas del pecado y del mal. Hertta, con sus labios de fuego, y Emma, con sus labios bellamente desdeñosos, se besaban, protegidas por un árbol, con dulzura y delectación, se besaban reposada y voluptuosamente. Un alma lesbiana voló sobre el jardín y se perdió en los cielos. Tuve una sospecha, una certidumbre casi... Más tarde lo supe todo. Entonces Hertta me pareció más de fuego y Emma más deseable, más inquietadora, más digna de aniquilar una vida con el enigma de sus labios... El pecado es un abismo recubierto de flores. El pecado es la gracia de la vida y el origen de lo trágico y de lo bello. La aureola de los justos es el signo de un sacrificio inmenso... Viendo a Hertta y a Emma yo pensaba en el ascetismo. En una tarde de paz yo me vestiría el sayal de la pure-

za para retirarme del siglo. Pero yo sólo sería asceta en los momentos de cansancio y de tedio. En mi refugio dos flores que se uniesen, dos aves que se encontrasen, me devolverían a la vida, a la vida hecha de sensualismo y de tristeza.

Mi más suave recuerdo de *Villa Viollette* es el de la lección de baile que se daba los jueves por la noche, en ese día casi de fiesta para las colegialas. Comenzaba a las nueve. Los invitados, pocos, llegábamos cuando la sala de la *pension*, con su piano en un ángulo y los sofás y sillas junto a las paredes, estaba llena de bullicio y de luz. En el mármol de la chimenea, revestido de terciopelo, había tибores y búcaros florecidos. Las señoritas vestidas de blanco, con grandes lazos de seda en el pelo y la cintura, se deslizaban sobre el pavimento encerado, haciendo crujir sus zapatos de raso blanco.

Los invitados las contemplábamos desde el comedor, sentados en doble hilera de sillas. Ellas iban de un lado a otro muy

animadas y conversadoras. La ilusión del baile ponía un punto de fuego en aquellos ojos extáticos y tranquilos por costumbre. Emma paseaba del brazo de Hertta desmayadamente. Yo las miraba complacido y comparaba las líneas fuertes y opulentas de Hertta con la figura delicada y casi santa de Emma. Hertta tenía un paso decidido, triunfador, y Emma andaba como si tuviese sueño, como si claudicase. Y siempre sus labios dibujaban un enigma de color de rosa... Cuando las dos pasaban junto a mí, sus ojos me miraban amistosamente. Yo lo agradecía. Pronto, en cambio, me tocaba sufrir la triple indiferencia de las princesas norteamericanas. La italianita, con su melena negra, daba la nota meridional. Entre ella y yo existía una dulce afinidad de raza.

La profesora de baile era una mujer pequeña y dúctil, vestida de negro. Venía todos los jueves, desde Lausanne, por el Lago, a dar su lección, acompañada de la pianista, hermana suya y enlutada también.

Primero se bailaba un rigodón. La profesora disponía las parejas, designando a

las señoritas que debían hacer de caballeros. El galán de Emma era Hertta: la profesora acertaba por intuición o por malicia.

La danza japonesa estaba llena de un delicioso anacronismo. La profesora alocionaba a las señoritas preventivamente, recomendándolas cierto hieratismo y solemnidad en los movimientos. Pero ¿y los ojos oblicuos y los pies menudos y el kimono de seda y de oro con sus raros dibujos de pesadilla y de primor? ¿Y los peinados con sus agujas de concha y sus peinetas? ¿Y los crisantemos? ¿Y toda la majestad decorativa de las japonesas? Pues no hacían falta. Cada una de aquellas muchachas rubias tenía un abanico y en su abanico un paisaje nipón. Y yo tenía frente a mí lacas y kakemonos y estampas de Hokusai, por el recuerdo de los Goncourt y de Pierre Loti, y porque la prosa siempre amena y sugestiva de Gómez Carrillo me ha ahorrado un viaje, en proyecto, al Japón.

De todas aquellas gueshas, la más intuitiva, la más presentidora de Madama

Crisantema, era Emma. Desmayaba, toda llena de gracia, su cabeza sobre el abanico abierto, sostenido lánguidamente por sus manos blancas, y su torso libre triunfaba en una curva de ánfora. Y grave, solemne, misteriosa y exquisita, sospechaba la liturgia y el sacerdotal erotismo de la danza, mientras Hertta la miraba en profundo análisis pasional.

En el comedor, Mademoiselle contemplaba a sus alumnas maternalmente, y yo tenía ensueños y filosofías agradables. Emma, como Claudina, debería escribir un Diario y enviármelo a mí, en manuscrito, para que lo publicase. ¡Con qué gusto haría yo, de este modo, la novela de un colegio de señoritas distinguidas! El Diario de Emma no sería cínico y alocado, sino lleno de sentimentalismo y de aristocracia. Mejor así. Las blasfemias pueden decirse en el tono de una oración. Yo enviaría la novela de *Villa Viollette* a todas partes. En Basilea, las familias de Mariana, de Emma y de Hertta la leerían. La leerían en Nápoles, en Nueva York, en París, en Berlín, en todas par-

tes. Y la figura delicada y enfermiza de Emma daría la vuelta al mundo, sobre unas páginas mansas y enigmáticas que ocultaban un fondo de belleza inmoral. Y yo editaba y reeditaba fabulosamente mi libro...

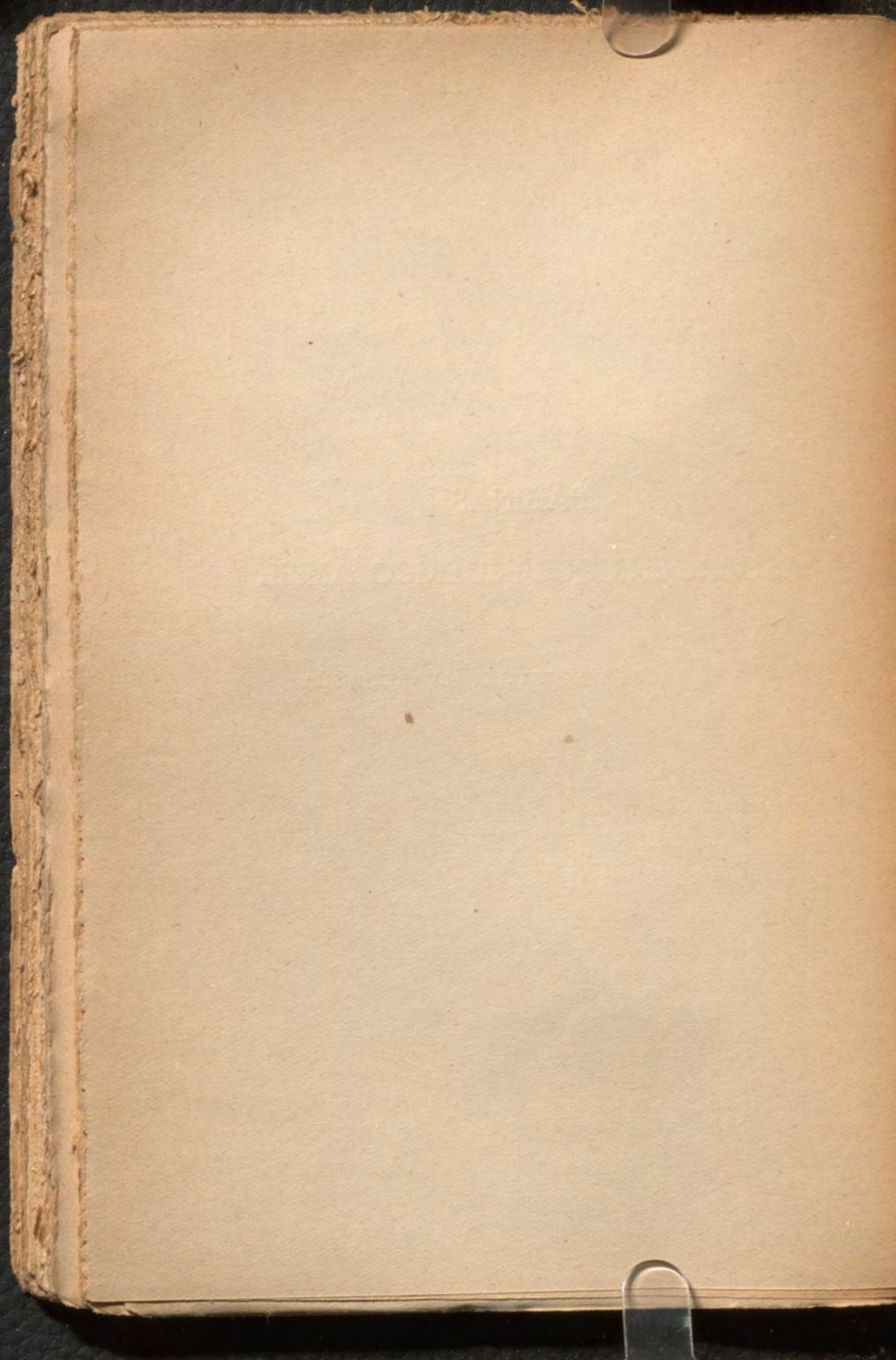
Pero ya concluía la lección de baile. Las señoritas, sofocadas, se iban retirando, y yo las veía subir con sus vestidos blancos y el *frou-frou* de sus sedas, por una escalera que las llevaba a sus dormitorios. El piano se había cerrado. La profesora y su hermana daban la mano a Mademoiselle. Yo hacía lo mismo.

Luego, las dos enlutadas y yo nos encontrábamos en la calle silenciosa y oscura. Ibamos hablando hasta la *Place-des-Eaux vives* del baile y de la vuelta de ellas a Lausanne, por el ferrocarril, antes de media noche. Yo las dejaba en un tranvía, y pensando en el baile de *Villa Violette*, entraba en el *Kursaal*. Había aquí un cuerpo de bailarinas de la *Scala* de Milán, que yo contemplaba sin entusiasmo. Nada me decían sus ojos negros, hechos trágicos por las ojeras falsas; nada

los labios lascivamente rojos; nada la escultura de las piernas ágiles, ni el ritmo de los pies sutiles. Mi pensamiento estaba en el baile de las colegialas, en el baile blanco y virginal donde mi fantasía creaba quimeras misteriosas enamoradas de la Bondad y del Vicio, quimeras frágiles como niñas enfermas que sintiesen la divina intuición de los pecados.

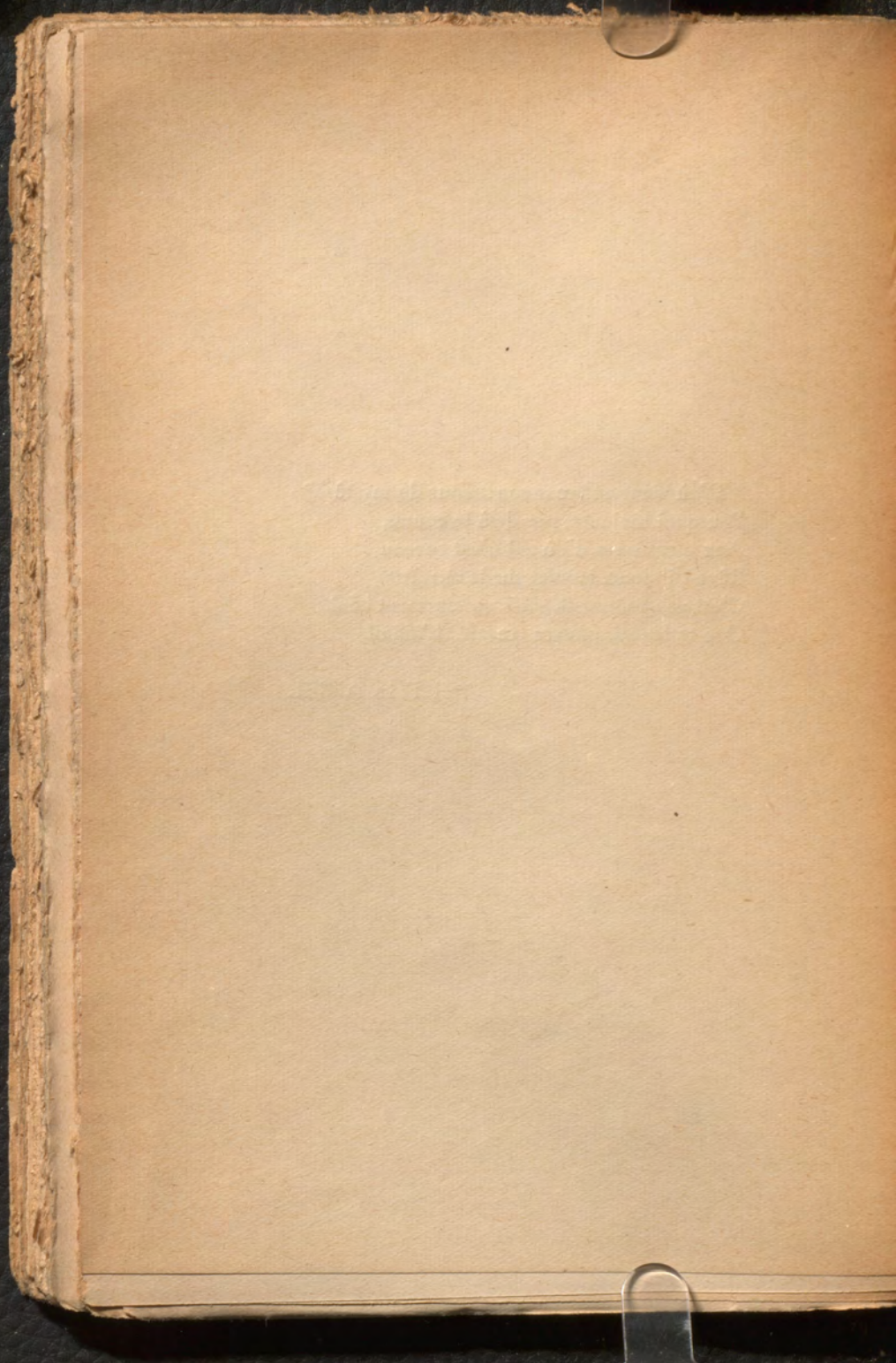
PÁGINAS
SOBRE ENRIQUE FEDERICO AMIEL

A MI PADRE DON WALDO ÁLVAREZ-INSÚA



D'où vient au cœur son amour du mystère?
Pourquoi toujours, par delà le connu,
Aux bleus pays d'où nul n'est revenu
Rêve-t-il donc, inquiet sur la terre?
C'est son tourment, mais un tourment béni.
Que te faut-il, pauvre cœur?... L'infini!

H. FRÉD. AMIEL



AL MARGEN DEL «DIARIO ÍNTIMO»

Comencé en Ginebra la lectura del *Diario Intimo* de Amiel. No era para mí un libro desconocido. Ya en España tuve noticias del mismo; pero vagas noticias bibliográficas, de las que permiten hacer pensar que hemos ahondado en lo que sólo superficialmente conocemos. («¿El *Diario Intimo* de Amiel? ¡Ah! sí... Un libro de confesiones, sincero, encantador... Bourget habla de él...» ¡Cuántos libros hemos leído así! Pequeña vanidad de vanidades...)

Desde las primeras páginas del *Diario* comprendí que me hallaba frente a un libro único y que iba a asistir al desnudarse de un alma. Como yo estoy en ese período de la vida en que el yo nos absorbe, en que el espectáculo que más nos

interesa es el de nosotros mismos, amo todos los libros que se corresponden con mi actual estado de alma. Y—es curioso—encuentro en todos esos libros muchas cosas que yo siento y que hubiese querido decir. Y esta supuesta afinidad se explica con dos razones: primera, todas las almas que se confiesan tienen semejanzas: la inquietud, la duda, la introspección, el desengaño; segunda, los espíritus jóvenes son tan orgullosos que piensan que todas las cosas se parecen a ellos; son tan orgullosos que piensan que todo, hombres y Naturaleza, son como un reflejo de su mundo interior. Claro que me refiero a los espíritus jóvenes que piensan, a los que analizan sus sensaciones y van formando—con una ciencia sentimental—su concepto de la vida.

Así trato yo de explicarme una frase que tuve apenas comenzada mi lectura de Amiel. Fué una frase toda de emoción y de verdad. «¡Cómo se parece este hombre a mí!», dije, y escribí en mis notas de viaje lo siguiente:

«Anoche he leído, durante tres horas,

en el libro de Amiel, y he adquirido la certidumbre de que su libro me acompañará toda mi vida. El espíritu de Amiel es muy semejante al mío. Amiel es como yo, un desconfiado de sí mismo; tal es su característica...»

En seguida me creí en posesión del secreto de Amiel; en seguida creí comprenderlo, y precipitadamente continué escribiendo:

«En definitiva, Amiel es cobarde; pero su cobardía es noble y valerosa. Escribo esta paradoja convencido de la verdad que encierra. Ser reflexivo, analítico, sensible e imaginativo como Amiel y llegar, en fuerza de discurso y réplica interior, a ser infecundo, es algo que yo encuentro grandioso. Amiel no podía ser un filósofo sistemático, ni un poeta, ni un historiador; no podía ser nada de esto por entero: le faltaba el valor de afirmar o de sostenerse en lo afirmado. Le faltaba, pues, el valor de producir. Era demasiado absoluto, demasiado solemne en su espiritualidad. Había entrevisto el imperio de Maya, no concebía ilusiones parciales, el

ideal o nada. Y su ideal, ¿cuál era? ¿Poseer la verdad? ¿Qué verdad? Para él no existía sino la Verdad. ¿Y cuál era la Verdad de Amiel? ¿La posesión de Dios? ¿La conquista de la voluntad? Pero él mismo se ha preguntado si la voluntad estaría en la fuerza o en la resignación.»

Tales fueron mis primeras impresiones sobre el libro que leía. Lo leía recogidamente y me era grata la idea de leerlo en el mismo país en que se escribió su mayor parte. Yo podía, después de cerrar el *Diario*, mirar el mismo paisaje que contempló Amiel, recorrer las mismas calles que él recorría y recibir la sombra de algún olmo centenario, bajo la cual reflexionara el filósofo hace muchos años.

Todo esto era un dulce y juvenil romanticismo que yo no traté de amortiguar. Es el propio romanticismo que me anima a escribir sobre Amiel, hombre poco conocido en España, que es, por ahora, la tierra en que yo puedo publicar mis producciones.

Conforme avanzaba en mi lectura iba exponiendo mis juicios: «Amiel—decía—

es un hombre inclasificable. ¿Qué ideas tiene? Todas: cree en todo, que es lo mismo que no creer en nada. Habla como un místico y discurre como un panteísta. Vive, se deja vivir. Investiga, discute, exalta y cohonestá las acciones humanas. Obtiene grandes certidumbres que le sirven para amedrentarlo de la vida, y la mayor que obtiene es la de su incertidumbre. Es un inadaptable, como decimos ahora. «Yo tengo—escribe—la epidermis del co-
»razón demasiado fina, la imaginación in-
»quieta, la desesperación fácil, y en mí las
»sensaciones inesperadas se prolongan du-
»rante largo tiempo. Lo que debiera ser
»mi alegría me llena de tristeza. La reali-
»dad, el presente, lo irreparable, la nece-
»sidad, no sólo me repugnan, sino que me
»hieren. Tengo bastante imaginación, con-
»ciencia y penetración, pero no tengo
»energía. La vida teórica, para mí, es sufi-
»cientemente grande, elástica y repara-
»ble. La vida práctica me hace retroce-
»der.» He aquí el retrato del filósofo, trazado por sí mismo. Los que no amen los libros de intimidad, incoherentes y tem-

blorosos, aromados por la confidencia, incensados con el incienso de la verdad— de la verdad tumultuaria e informal de nuestras almas—; los que prefieran los libros lógicos y serenos, rígidos por su plan, no deben leer sino las líneas antepuestas, para trabar conocimiento con Amiel. Ellas les dirán que el pensador suizo no tenía voluntad, que era un poeta. Nada más. Escuchar al amigo que en voz baja nos refiere la historia de su alma, y que ríe y suspira y llora en un ambiente de paz, es cosa propia de los que, como yo, lo aman todo y ven en el dolor y en la duda de los hombres la gracia y el misterio de la vida.»

Así, al margen del *Diario Intimo*, he ido anotando mis emociones. Las emociones tienen una verdad momentánea y luminosa. Y luego, la reflexión la modera, la rectifica a veces.

Este a modo de glosario continúa así:

«Para Amiel, la voluntad no consiste en ser fuerte, sino en ser resignado. Su voluntad es la del renunciamento, la de no querer. ¿No querer porque somos in-

capaces de conservar? ¿No querer porque carecemos de la facultad de poder? Yo no acierto a responderme. Amiel escribe: «Ordena tu vida. Deja vivir a los »que viven y resume tus ideas. Haz el »testamento de tu pensamiento y de tu »corazón, que es lo más útil que puedes »realizar. Renuncia a ti mismo y acepta tu »cáliz con su miel o su hiel, lo mismo da.»

Son frases de un estoico primitivo, tan humildes y tan puras como las de Epicteto. Los estoicos de ahora valen más que sus antepasados de Grecia. Hoy es más grande el sacrificio. La civilización ha creado para el hombre que piensa mil voluptuosidades y atractivos que no existieron para Platón ni Sexto-Empírico. Entonces el hecho de pensar hacía fecundos a los hombres. Ahora es preciso escribir, y pensar luego. Antes un hombre pensaba en voz alta, y no había otros libros que la memoria de los que escuchaban y las tabletas de los amanuenses. Hoy, con una inteligencia hábil y con cierto juego de sistemas se escriben libros, muchos libros, y se escucha, no el elogio reflexivo de los

iniciados, sino el aplauso inconsciente de las multitudes.

Dice Amiel: «Haz que Dios descienda hasta ti. Embalsámate de él para poder vivir. Convierte tu alma en un templo del Espíritu Santo. Haz buenas obras y procura hacer mejores y dichosos a los que te rodean. No tengas ambición personal, y así, con la misma entereza, seguirás viviendo y no te sorprenderá la muerte.»

El Dios de Amiel es el mismo de los Spinozas y los Schellings. El panteísmo idealista está envuelto en misticismo. Para el éxtasis y el arrobamiento basta la creencia en algo supremo. Lo supremo, en el pecho de algunos hombres, se cubre de tristeza y en otros se llena de perfección. El Dios de Amiel era bueno. El pensador achacaba los males de la vida a los hombres. Tenía todas las condiciones precisas para ser un santo. Y lo era. Pero un santo educado en las Universidades alemanas, con los libros de Fichte y de Hegel, y no hecho en los claustros, con lectu-

ras de San Anselmo y de Santo Tomás.

Un hombre tal no podía ser fecundo. Fecundidad es ambición. Ambición es progreso. Amiel estaba convencido de la duda de la vida, de la ineptitud de las civilizaciones para combatir los males del espíritu y de la fragilidad de la metafísica y del arte. Estaba, asimismo, convencido de la fragilidad suya (la epidermis del corazón demasiado fina), y tenía, por encima de todo, el duro y respetable egoísmo de la indiferencia del porvenir.

En algún momento creyó que toda la vida puede, debiera estar regida por una ley. La del amor. «Siempre amar; es nuestro deber.» Y creía mejor en el ingenuo y fogoso amor cordial que en el amor intelectual, sereno y exquisito. Y jamás comprendió las pasiones dementes y los deseos tumultuosos. El no paseaba por el jardín de Epicuro, antes bien, por el huerto de Jesús. Era cristiano. Fué, tal vez, de los primeros en reaccionar hacia el proto-cristianismo. Y después de él,

sin embargo, habían de llegar los naturalistas que escribieron—¿dónde he leído lo que voy a decir?—«como si Jesús no hubiese pasado por el mundo».

«Vivir—definía—es querer siempre, es restaurar cotidianamente nuestra voluntad.» El no restauraba su voluntad para la lucha, sino para la resignación. Insisto en esto porque esto explica la manse-dumbre de Amiel. Sus confesiones no son cáusticas y agresivas como las de Rousseau. Rousseau escribe en ellas su defensa póstuma. Sabe que su vida agitada, épicamente arbitraria y contradictoria, su vida fecunda, ha de ser un día juzgada fríamente, y pretende poner de su parte, sugestionar, a los críticos del porvenir. ¡Es grande la intención! Rousseau deja temblar en su prosa todas las pasiones, y la franqueza que revelan es muchas veces una falsa franqueza. Rousseau es un hombre que ha hecho mucho, y como no sabe si ha hecho bien o mal, trata de salvarse en el testamento de su

espíritu. Amiel no ha hecho nada para los hombres y procura justificarse en su libro, que prueba una cosa: que produjo. Su obra fué interior, contemplativa, inútil para la marcha de la humanidad. El aliento de ésta llegó a él suavemente. Los más grandes y trágicos problemas de la vida intentó resolverlos con calma y sutileza. Su libro, hecho en soledad y en misterio, es apagado. Brota de sus páginas un perfume de religiosidad. Todo en Amiel es delicado, casi femenino. Su libro no tiene risas, ni lágrimas, ni himnos. Tiene sonrisas, oraciones y nostalgias.

«Mi privilegio—escribe—es el de asistir al drama de mi vida, el de tener conciencia de la tragicomedia de mi propio destino, es decir, el de no poder tomar en serio mis ilusiones, el de verme en el escenario, en ultratumba desde la vida, y el de tener que fingir un gran interés por mi papel individual, siendo así que yo soy como el autor, que se burla de la importancia de los comediantes, y que

sabe lo que ellos ni siquiera sospechan.»

Con este conocimiento de sí propio no puede irse sino a la esterilidad exterior. Bien se ve que Amiel es un pensador germánico. Su *Diario* lo comienza en Berlín y allí adquiere ese disgusto de la vida real y esa repugnancia por la vida práctica de los filósofos alemanes. Amiel hizo mal en dejar a Berlín por Ginebra. En su patria no encontró ambiente y en Alemania es posible que hubiese creado todo un sistema filosófico. Enamorado del gran *Ich* de Fichte y del *Devenir* de Hegel, tenía la base suficiente para levantar por sí mismo un pequeño palacio en la ciudad de los panteístas, en la ciudad donde todos quieren ser propietarios y tener su casa laberíntica—su filosofía.

He aquí algunos pensamientos suyos, en donde se ve toda la intensidad de su vida interior, que «describe curvas regulares análogas a las curvas barométricas, independientemente de los trastornos accidentales que las tempestades de los sen-

timientos y de las pasiones puedan originar en nosotros».

«Cada alma tiene su clima...»

«Lo que nos parece imposible no es, a menudo, sino una imposibilidad subjetiva. Nuestra alma, bajo el influjo de las pasiones, crea obstáculos gigantes, montañas y abismos que nos detienen. Disipad la pasión, y las fantasmagorías desaparecerán.»

«Nosotros mismos nos creamos nuestro mundo espiritual, nuestros monstruos, nuestras quimeras y nuestros ángeles; hacemos objetivo lo que fermenta en nosotros. Todo es maravilloso para el poeta, todo es divino para el santo, todo es grande para el héroe, y todo es mezquino, ruin, débil y malo para las almas sordidas y bajas. El malvado crea en torno a sí un pandemonium, el artista un olimpo, el elegido un paraíso.»

Toda la vida se explica por la diferencia de las almas, y pocos pensadores habrán explicado ésta como Amiel. La objetivización de nuestro mundo interior es la vida entera. «Todo lo tenemos en nos-

otros mismos.» Es el milenario concepto de los filósofos griegos. La ofensa inferida a Hamlet se repite con frecuencia entre los hombres; pero sólo Hamlet puede vengarla sublimemente. Un mismo hecho aniquila y enloquece a unos hombres, mientras deja a otros impasibles o resignados. La única verdad es la pasión. Lo único tangible es lo que ha sucedido.

«Yo tengo la intuición neta y profunda de la huida de todas las cosas, de la fatalidad de toda la vida, de la melancolía que oculta la superficie de toda existencia...»

Estas frases son brotes de análisis frío, tranquilo y transparente; análisis de suprema sensatez, donde el filósofo ve lo único cierto y la última razón de las divagaciones mentales. ¡Cuán amable este pesimismo, todo humildad y mansedumbre! ¡Qué noble heroísmo el de contemplarse sonriente y callado en medio del humano martirio! Humildad en el tránsito de la vida, y sumisión, amorosa sumisión, a la fatalidad, a los dioses ciegos, férreos, duros, inconscientes que la originan. Aban-

dono de toda ambición, de toda cobardía. Negación cotidiana de nosotros mismos. Reconocimiento de nuestra flaqueza... Y esto no impide un sano regocijo frente al cielo sedante, y un ansia fuerte y lírica de infinito. Así, varios días más tarde, el filósofo escribe:

«He probado esta mañana la prodigiosa influencia del clima sobre nuestro estado de alma, y me he sentido italiano y español por esta atmósfera límpida y azul y por este sol de mediodía...»

«Venid, poesía, naturaleza, juventud, amor, pasad sobre mí vuestras manos de hadas, que vea yo vuestras danzas inmortales, cantadme vuestras melodías de sirena, hacedme beber en la copa de la inmortalidad y conducidme al olimpo de las almas.»

Fué Enrique-Federico Amiel el que dijo esta frase bellísima y sugeridora, que algunos poetas han querido más tarde adjudicarse: «El paisaje es un estado de alma.» Pero, leyendo lo anterior, puede preguntarse si el alma domina al paisaje o si acontece lo contrario. Y yo sé la res-

puesta. Sólo los enfermos de negra melancolía, los ultrapesimistas son superiores al influjo del paisaje. Los hombres sensibles y sentimentales rinden sus tristezas ante el sol, ante el cielo, ante los inefables espectáculos exteriores. Y tienen entonces una tristeza mística. Tienen la melancolía de las almas buenas y humildes que presienten lo ideal.

En lo profundo del hombre hay un secreto inviolable. Jamás llegaremos a la sinceridad suprema. Siempre existe algo que debemos, que no podemos menos de callar. Es algo que no nos atrevemos a decirnos ni a nosotros mismos. Es el misterio que llevamos dentro, y que, a lo sumo, hemos entrevisto o sospechado. «Lo más precioso de nosotros mismos—dice Amiel—no se muestra jamás... Nuestro pasado nos es desconocido... El centro de nuestra conciencia es inconsciente, como es obscuro el centro del sol.»

Amiel pertenece a la legión de los enfermos de la voluntad, de los nostálgicos de ideal. En la vida y en la ficción él reconoce a sus hermanos del dolor. *René* es uno de ellos y representa «la enfermedad de toda una generación (el disgusto de la vida por los ensueños de la ociosidad y las ambiciones vagas y desmesuradas)... Sin saberlo y sin quererlo, Chateaubriand ha sido sincero, porque *René* es él mismo».

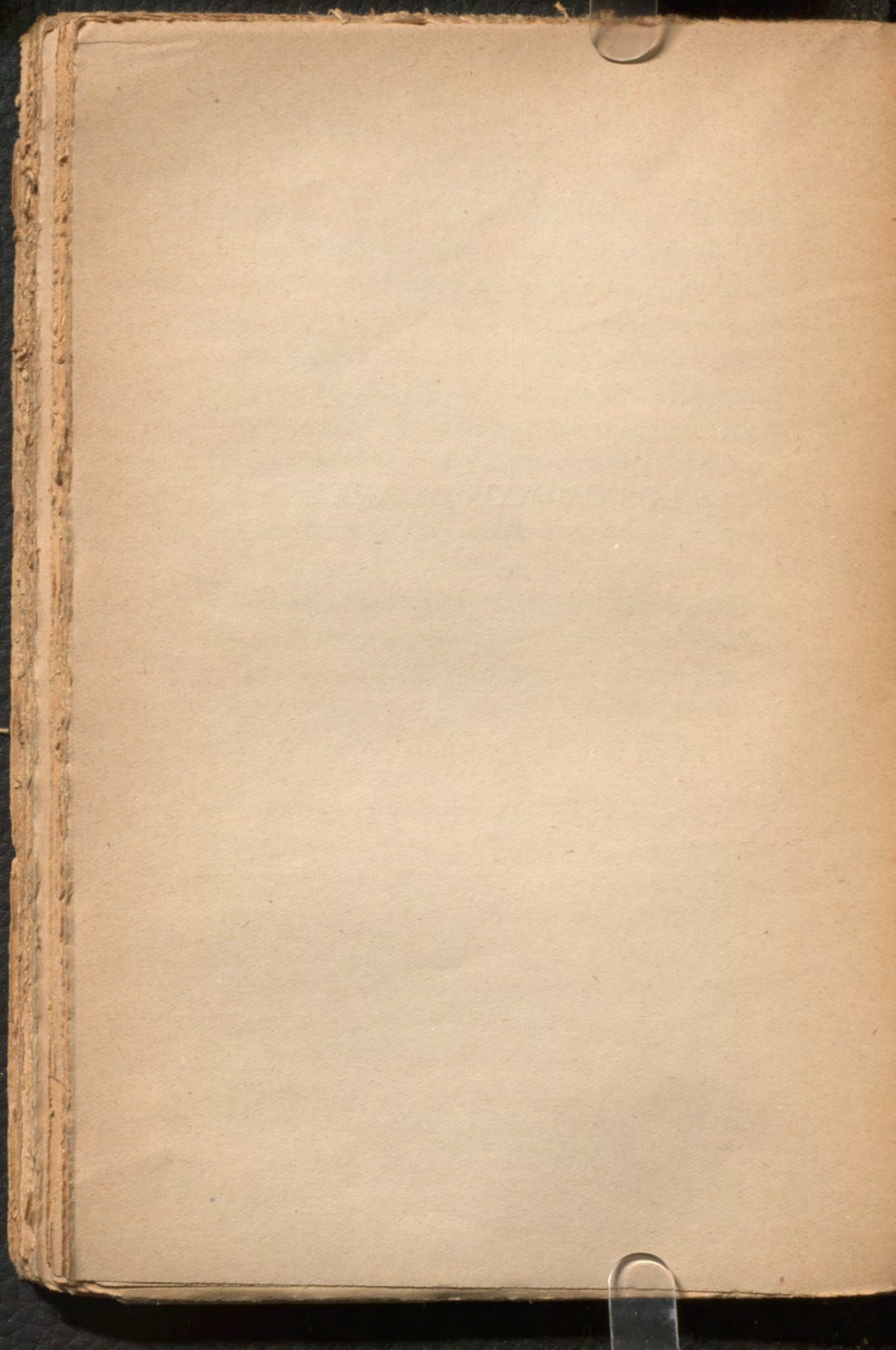
»*Fausto* es el tipo angustioso hacia el cual yo gravito... ¡Tipo inmortal, malhechor y maldito!... Espectro de mi conciencia, fantasma de mi tormento...»

En muchas páginas del *Diario Intimo* Amiel habla de su amor a la Verdad. La verdad es unas veces la resignación, otras la conquista de la libertad interior, otras la fe y el renunciamiento progresivo hacia el *no yo*. ¿Pero la Verdad absoluta, la que persigue el pensador? Si un día el hombre llegase a poseerla se moriría de tedio. El encanto de la vida está en se,

enigmática, y el hombre exagera su importancia queriendo saberlo todo. (Tolomeo creyó haber dicho la última palabra de la Astronomía. Hegel pensó que había llegado a conocerlo todo.) Jamás llegaremos al reino de lo misterioso, y el gran estoicismo de los hombres estaría en conformarse con ver lo que espontáneamente se les mostrase. Levantando el velo de Isis, mirando a Dios cara a cara, pareceríamos por temerarios. No levantemos el velo. Tal vez Dios es demasiado horrible.

El mismo Amiel ha dicho: «La mayoría de los seres desprecian lo que comprenden y se inclinan ante lo inexplicable.»

LOS CRITICOS DE AMIEL



RENÁN

Renán habla de Amiel en dos artículos insertos en un volumen de *feuilles détachées*. Dice que la vida del pensador ginebrino muestra admirablemente algunas enfermedades morales que dañan a nuestra época. El gran filósofo quiere decir que esas enfermedades se han agravado en nuestros días. El origen de las mismas es bien remoto. Se encuentra en las primeras noticias que tenemos de la humanidad. No se conoce una sola época en la Historia en la cual los hombres no hayan tenido frente a las mayores energías los más esterilizantes desmayos de la voluntad y de la fe.

Se compadece Renán de que Amiel, con aptitudes filosóficas de primer orden, y con verdaderas cualidades literarias,

sólo llegase a la tristeza. «No supo dar a sus ideas la forma que reclamaban.» No supo, dice Renán. Lo cierto es que no pudo. Renán, cerebro más dado a lo objetivo que a lo íntimo, no comprende que las ideas de Amiel no podían tener sino la forma vaga e insegura que tuvieron. Por esto—Renán lo observa—Amiel fué vencido por moralistas y publicistas de segundo orden, que supieron poner en sus ideas un método y una armonía circunstanciales. Si los triunfos póstumos sirven—yo creo ardientemente que sí—, Amiel ha tomado ya el desquite. Su libro es inmortal, y será en todo tiempo grato a los inclinados a los estudios y a los análisis del alma humana.

Opina Renán que Amiel, siendo muy virtuoso, no había llegado al grado de desinterés de los ascetas que permanecen en silencio perpetuo. No estaba exento del mal del siglo, del mal literario. Hizo versos y no logró distinguirse. Intentó algunos trabajos críticos...

Y Renán escribe friamente: *c'est un raté...* pero un *raté* conocedor de su falta,

que ama lo que no tiene y que se consume en esta pena... El juicio sobrio y cruento de Renán me hace daño, un daño inefable, sólo sentido por los románticos cuando vemos que una mano recia troncha una flor sin conmoverse.

Los libros de memorias o diarios íntimos son para Renán—como para M. Brunetière—un género peligroso, a veces malsano. Deben condenarse *a priori*. «El que tiene tiempo para escribir un diario íntimo no debe de haber comprendido la grandeza del mundo.» La historia de la Humanidad está apenas comenzada; el estudio de la Naturaleza reserva inesperados descubrimientos, absolutamente imposibles de prever. «¡Y en presencia de tan colosal tarea—exclama Renán—ponernos a dudar de la vida, a devorarnos por nosotros mismos! Es mejor tomar el azadón y trabajar. Si M. Berthelot tuviese cien vidas no dedicaría ni una sola a hablar de él...»

Tal vez Renán no tuvo en cuenta las consecuencias de sus palabras. ¿Interesa sólo lo que directamente concierne al

progreso? ¿Es inútil lo que pertenece al arte puro y lo que habla de las angustias y de las venturas de las almas? Entonces, borremos la mitad de la *Divina Comedia*, y la mitad de las obras de Shakespeare. Y no leamos nunca el *Cantar de cantares*—que deleitadamente tradujo el autor de *Los Apóstoles*—porque en él no hay más que el alma y la pasión del hijo de David.

Todo está bien, pienso yo con humildad, Amiel no rechaza a Berthelot. Un mundo de sabios exclusivamente sería horrible. Y un mundo de poetas, lo mismo. Ambas cosas, y nada en absoluto, nada.

La supuesta esterilidad de Amiel—para Renán la efectiva—tiene su causa en la diversidad de sus orígenes intelectuales y morales. «Es demasiado híbrido para ser fecundo. Tuvo una excelente educación germánica en lucha permanente con otras partes de su espíritu.» A mí me admira el afán que tienen algunos pensadores de medir a los hombres por su grado de fecundidad.

Muchas veces creemos que repetir es producir. No. Reincidir no es crear. Todos los hombres considerados como fecundos no tienen espíritu renovador. Muchos de ellos vienen a ser fomentadores de la herencia recibida. Siguen una ruta hollada y, a lo sumo, cuanto hacen es agrandar las huellas. Algunos corren vertiginosamente por el camino trillado, y el vértigo les hace creer en lo que son incapaces de realizar: en que han tomado otro sendero.

Renán no le perdona a Amiel que supusiera a la lengua francesa insuficiente para expresar algunos estados cerebrales, sobre todo los que reflejan el misterioso nacimiento de la idea y las tinieblas de su primera evolución, hasta concretarse en una proposición o en un postulado. Amiel pensaba que la lengua germánica servía mejor a estos efectos, y Renán le contesta, casi despectivamente, que no hubiese podido decir estas cosas si conociese mejor el idioma en que de ordinario escribía.

En otro orden de consideraciones, Renán se refiere a la infancia de Amiel. Dice que no tuvo en ella grandes afectos y que esto se refleja en el resto de su vida. Tal es, según Renán, la causa de su misantropía y de su miedo al mundo. Pudo Amiel vivir y triunfar en París cuando Scherer fundó la *Revue germanique*. Sainte-Beuve hubiese intimado con Enrique Federico, y esta amistad habría hecho un gran bien al retraído profesor de Ginebra.

Renán insiste en considerar a Amiel como un caso patológico. «La religión—escribe—aumentó la gravedad del mal... Aquel hegeliano, aquel budista, aquel racionalista, perfectamente penetrado de la no existencia de lo sobrenatural particular, seguía el culto establecido. Era un protestante ortodoxo, opuesto al protestantismo liberal. Habla del pecado, de la gracia, de la redención y la conversión como si fuesen realidades.» Es verdad todo esto. Amiel no pudo tener la fuerte valentía de desprenderse de la religiosidad. Era como nuestros abuelos volterianos, que no de-

jaban de ir a misa. Es compatible el racionalismo con la devoción cuando la devoción no se tiene ya por creencia ingenua, sino por costumbre, por conveniencias sociales y por un resto de temor supersticioso, cosas todas que se dan más bien en los protestantes que en los católicos. Renán lo dice: «El católico que deja de creer abandona toda preocupación; el protestante conserva un fondo de tristeza, de austeridad intelectual, parecido al pesimismo eslavo.»

En definitiva: el juicio de Renán es honroso para la memoria de Amiel. «Fué—escribe—uno de los más fuertes cerebros especulativos que en el período de 1845 a 1880 reflexionaron sobre las cosas.»

CARO

Edme Caro habla de Amiel en la *Revue de Deux-Mondes* de octubre de 1884. El fecundo crítico y académico francés dedica un largo estudio al catedrático de Ginebra, bajo un título inquietador: *La maladie de l'idéal*. Caro fué apasionado por la literatura patológica; escribió sobre el pesimismo, sobre el suicidio y, despiadada y despectivamente, sobre la bohemia.

He aquí la síntesis de sus discretas reflexiones sobre Amiel: «Las confidencias dolorosas de este pensador muestran cómo el análisis a todo trance puede esterilizar los más ricos dones del espíritu. Muestran, además, la amargura en que se anega un alma que se siente nacida para producir obras viriles y que se detiene a la mitad de su camino en la voluptuosidad inerte de la contemplación.»

Caro, como Renán, concede que Amiel, potencialmente, tenía las mejores condiciones para ser fecundo. Los dos críticos, por lo visto, no llaman fecundas sino a las obras en que predomina lo objetivo.

Es conveniente presentar el catálogo de cuanto escribió Amiel.

El *Diario Intimo*—según el amigo de Amiel Marc-Monnier, en el *Journal des Débats* de 18 de enero de 1883—consta de unas seis mil páginas. No se han publicado más de seiscientas. El *Diario* es obra de treinta y tres años. Comienza en julio de 1848, cuando Amiel cuenta veintisiete años y vive en Berlín. Concluye el 19 de abril de 1881, días antes de la muerte de su autor, en Ginebra. Seis mil páginas pueden formar unos veinte volúmenes de los que hoy se estilan. Muchas de estas páginas se contraen directamente a Ginebra, muchas estudian las cuestiones sociales y religiosas y otras se refieren a literatura, filosofía y arte. Un editor de talento—y un poco romántico—puede un día presentar las obras póstumas y completas de Amiel perfectamente metodizadas: opi-

niones de Amiel sobre este asunto, sobre tal otro, sobre sí mismo—el más interesante de todos—. Y luego, las publicadas en vida del filósofo: *Les grains de mil*, en prosa, y las poéticas, que son: *Le «Pense-roso»*, *La part du reve*, *Jour á jour* y *Les Etrangères*, traducción de poesías, en donde figura alguna del español Esquilache.

Además, Amiel escribió estudios sobre la *Historia de la Academia de Ginebra*, sobre el *movimiento literario de la Suiza francesa* y sobre Rousseau y Madame de Stael.

Yo no creo que, ni aun por la materialidad de lo producido, se pueda llamar infecundo a Amiel. Él fué «un miedoso de publicar», un caso de pusilanimidad increíble. Y de lo uno a lo otro hay una diferencia grande.

Otro asunto es el de la virilidad o morbidez de la obra de Enrique Federico. Desde luego, su obra no es de energía, pero es de bondad. Las enseñanzas que de ella se desprenden son útiles para el espíritu, porque están informadas en la moral de los estoicos y porque tienen la

dialéctica removedora de Spinoza y de Schelling.

Todo hombre joven que lea el *Diario Íntimo* hasta el fin, podrá ver que su concepto de la vida ha cambiado un poco. Amiel pone algo de su espíritu en el lector, y no de un modo transitorio y emocional, sino para siempre, para toda la vida. Es el suyo un libro inolvidable. Y tal vez Edme Caro pensaría, como yo, que el no hacerse olvidar es el don precioso de los libros inmortales.

EDMUNDO SCHERER

Scherer, el célebre crítico, paisano de Rousseau y de Benjamín Constant, fué amigo de Amiel. Las ediciones del *Diario Íntimo* de la casa *Georg & Cº*, de Ginebra, llevan un prólogo, por él firmado, que consta de setenta y seis páginas. Es, sin duda, lo más concienzudo que se ha escrito sobre Amiel.

Scherer dice, al comienzo de su estudio: «Basta con que hojeemos el *Diario* para observar que el autor fué desgraciado desde su infancia, y para que nos expliquemos sus penalidades, teniendo presente la atmósfera moral en la cual se desarrolló.» Luego traza la biografía de Amiel sucintamente y habla de su estancia en Heidelberg y en Berlín, *la plus belle période de sa vie*. Hablando de ese tiempo

a un su amigo, Amiel «le confesaba, emocionado, la impresión de augusta serenidad que le envolvía cuando, levantándose de madrugada, alumbraba su lámpara de trabajo y llegaba a su pupitre como a un altar, para leer y meditar, viendo delante de su pensamiento ensimismado el paso de los siglos, las evoluciones del espacio y la gravitación de lo absoluto».

Según Scherer, concurrieron varias causas a formar la misantropía y el retraimiento de Amiel: su educación germánica, que desentonaba en Ginebra, y su temperamento no muy afín del nacional. No obstante—piensa Scherer—se puede ser poeta, filósofo y soñador en Ginebra como en cualquier parte. El mayor enemigo de Amiel fué Amiel mismo.

«Yo recuerdo perfectamente—escribe el crítico—mi primera entrevista con Amiel en 1849, después de su larga ausencia. Tenía entonces veintiocho años. Llegaba de Alemania cargado de ciencia, pero sostenía los pesos de su saber con agradable ligereza. Su fisonomía era atrayente, su conversación animada, y ninguna afec-

tación aminoraba la impresión favorable que producía. Joven y alerta, Amiel parecía entrar como un conquistador en la vida. Se diría que el porvenir le abría sus puertas de par en par. ¡Cuántas esperanzas no pusieron sus amigos en aquella tan viva inteligencia, afinada por los viajes y los largos estudios!»

Poco después de su regreso, Amiel obtuvo la cátedra de Estética en la Academia de Ginebra. Entonces empieza su vida activa y debe comenzar a producir los frutos esperados. Y ya sabemos los que dió: después de su vida oscura, el legado exquisito de sus confidencias.

Scherer habla de los libros semejantes al de Amiel, con verdadera profundidad y erudición. Rousseau es el «padre de la melancolía moderna», y en las *Confesiones*, en los *Paseos* y en las *Cartas a Malesherbes* se encuentran muchas tristezas y placeres que se dirían inéditos hasta él. El *Diario* y las cartas de Mauricia de Guérin proceden de Rousseau, y es éste el precursor de los *René*, *Jocelyn* y *Obermann*. Extensamente se refiere Scherer a

la obra de Senancour. Un paralelo entre *Obermann* y Amiel sería una delicada empresa que yo sólo me atrevo a indicar.

Amiel vive por el ideal. *Obermann* no lo tiene: «... yo estoy descentrado, solo... Yo no encuentro nada. Lamento todo lo que me pasa, y corro y me precipito sin ilusión; me escapo de lo presente, pero no deseo lo porvenir; consumo y devoro mis días despeñándome hacia el término de mis males, sin desear nada después de ellos...» Scherer dice: «*Obermann* es la vida sin objeto, el tedio sin causa, el infortunio irremediable.» Amiel escribe en 1869, después de leer la *Filosofía de lo Inconsciente*, de Hartmann: «He vuelto a sentir la triste impresión que *Obermann* me produjo en la adolescencia: esa tristeza negra del budismo...» Y luego dice: «La filosofía del deber es menos desolante... Debemos unir la voluntad individual con la divina voluntad, y debemos tener fe en que esta voluntad suprema se rige por el amor.»

Yo comprendo que es más recio y más pesaroso el libro de *Senancour* que el

Diario Intimo. Pero *Obermann* carece de horizontes, es una negación: es la frase amplia y desgarrante que pronunciamos cuando nos hemos decidido a desaparecer o cuando hemos pensado en seguir viviendo una vida oculta, despojada de pasión y de luz. Y he aquí lo que yo no quiero. Por esto amo el libro de Amiel, donde pone el alma todos sus aromas, donde las emociones son lamentos y música de lirismo y de fe. Nunca un libro que aumente mi desesperación, sino un libro inquieto y complejo: frases de mujer, amarguras seniles, hondas filosofías y balbuceos de niño que ame las mariposas y guste de seguir su vuelo entre las flores y bajo el oro del sol. El estudio de Scherer sobre Enrique-Federico Amiel concluye así: «Nuestro amigo es de aquellos a quienes acaricia con sus alas el ángel de las visiones inefables y de las divinas tristezas.»

BOURGET

Bourget ha dedicado uno de sus *Nuevos ensayos de psicología contemporánea* a la obra de Amiel. Su estudio sobre el pensador ginebrino no tiene la firmeza del de Renán, ni la ciencia del de Caro, ni la extensión e intensidad del firmado por Scherer. Pero tiene gracia, buen gusto y amabilidad: tiene un gran cariño hacia Amiel. Renán, Caro y Scherer escribieron en frío; Bourget se dejó emocionar por la prosa soñadora y enferma del *Diario Intimo*.

«El profesor obscuro de Ginebra — dice —, el poeta desconocido de *Jour á jour* y de las *Etrangères* es célebre y seguirá siéndolo, por la inexorable sinceridad de sus confesiones y porque su alma es a modo de arquetipo de cierta variedad de las almas modernas. Es hombre a

la vez débil y superior, capaz de las más atrevidas especulaciones e inhábil para el esfuerzo cotidiano. Es a la vez exaltado e incierto, frenético y pusilánime. Es un Hamlet protestante, enfermo de duda como el verdadero y de escrúpulos trágicos. Representa uno de los innumerables casos del duelo entre la inteligencia y la voluntad. En él se encarna, con una intensidad sorprendente, ese mal del siglo que...»

Habla Bourget del germanismo de Amiel. Tal es la causa del concepto nebuloso que tiene de la vida. Taine era un hegeliano, Renán un exégeta alemán, y Baudelaire encontró el origen de su poesía en Inglaterra. Pues bien: Renán, Taine y Baudelaire no dejaron de ser latinos porque eran espíritus fuertes. Amiel era débil, y el germanismo lo venció. No pudo sobreponerse a él ni aun con el impulso inconsciente de la raza. Estaba ebrio—dice Bourget—de poesía alemana, de metafísica alemana, de música alemana, de idioma alemán.» Estaba lleno de «absoluto».

Esta cuestión presenta para los críticos franceses una importancia que para mí no

tiene. En Francia hizo mal efecto el léxico germanizado de Amiel y el amor del filósofo por todo lo alemán. Si hubiese escrito en francés puro y no desdeñara, como casi desdeñó, los cursos de la Sorbona, París lo habría glorificado (1).

Amiel no amaba a París. Bourget piensa, al igual de Renán, que debió de haber vivido en París, y que París—«no centro intelectual del mundo, pero sí capital del espíritu latino»—habría alterado la naturaleza recogida del profesor suizo, la habría hecho más ligera y menos solemne, dándole ese encanto de la momentánea y reflexiva frivolidad que nos conviene para vivir en las sociedades de hoy. Pero Amiel le tenía miedo a París. Lo visitó pocas veces y no trató de hacer amistades. Le atemorizaba la idea de vivir en la corte del pensamiento latino, dentro de una sociedad elegante, llena de opiniones malignas o decididamente hostiles para el que llega. Allí debía prepararse a ser juzgado constantemente, con una frase, con una

(1) No se olvide que estas palabras se escribían en 1907.

sonrisa, con un epigrama. ¿Amiel sentía por todo esto miedo o desprecio? Ambas cosas, tal vez, porque el desprecio es muchas veces la máscara del temor. Es posible que su desdén por París se explique con una razón de misticismo. Le atraía la soledad, y no hubiese podido resistir a los bohemios del Barrio Latino, ni a los críticos y los apóstoles de los cafés bulevar-deros.

Bourget, el gran analista del vivir parisién, encuentra a éste demasiado frívolo y tumultuoso. En París falta soledad, y Bourget dice que tal es la causa de la pobreza psicológica de muchas obras de literatura francesa. En cambio, piensa que a Amiel le sobró soledad, y que París, corrigiendo en algo sus tendencias, se habría rendido a su originalidad.

Después de referirse al afán de generalizar que tenía Amiel y a su método comprensivo y absorbente aprendido en Schelling, Hartmann, Hegel y Schopenhauer, dice, lleno de buen gusto, Paul Bourget: «Es posible que el reposo de nuestro espíritu se encuentre en lo absoluto; pero

nosotros, por más que analicemos, no hallamos sino fenómenos contingentes.» Y Amiel exclama: «El mundo no es más que una alegoría; las ideas son más reales que los hechos.» Es cierto; pero lo contrario es más cierto aún... El hecho se escapaba constantemente a aquel pensamiento, demasiado absoluto. En el *Diario* no se ve ni uno solo, ni un retrato, ni una anécdota, nada que dé la impresión de lo individual. Es aquella una atmósfera de álgebra, y se diría que Amiel es como un espíritu de sombra, que vive en un mundo de sombras lamentando su impotencia de vivir.» Bourget dice bien. Amiel es un Narciso. Su vida, ocultamente voluptuosa, nos parece a los espectadores triste y atormentada. Tiene la voluptuosidad del dolor, esa voluptuosidad de las Magdale-
nas y de los santos que martirizan la carne.

Bourget anota esta aparente contradicción de Amiel: es un determinista, convencido del fatalismo del alma y de la naturaleza, y es creyente y ama la justicia y la moralidad. Yo, por mi parte, me lo explico perfectamente: la vida no es más

que un enlace de emociones y de motivos sentimentales. Toda una predisposición egoísta puede desaparecer ante una lágrima. Además, el amor y la caridad son cosas elevadas, cotidianas y domésticas, y la filosofía es otra cosa elevada, pero científica y postiza. Schopenhauer vivió como un burgués. Goethe se suicidó en Werther y fué luego ministro. He aquí viejos y conocidos precedentes que pueden servir ahora. Tengamos todas las filosofías: la vida lo quiere así. La embriaguez de absoluto que padeció Amiel no puso egoísmos en su espíritu. Fué un hegeliano que nunca se creyó dios y habría sido un dios humilde, si en los dioses existiera la humildad.

Tuvo su paraíso artificial—dice Bourget—. El pensamiento fué su opio y su haschic. Y el novelista admirable concreta bellamente en su estudio la personalidad de Amiel. Lo presenta, vacilante y mórbido, todo laxitud, todo abdicación. Es un príncipe del sueño, y en su viaje al país del Ideal puede acompañarse de Fausto, de Hamlet y de Don Juan.

HENRY BORDEAUX

Henry Bordeaux ha publicado en los últimos meses de 1906 un libro de impresiones de viaje, de un viaje novelesco al borde del Rhin. El libro se titula *Paysages romanesques*, y algunas de sus páginas relatan la vida de Enrique-Federico Amiel en Heidelberg.

«El 10 de octubre de 1843—escribe Bordeaux—, cuatro años después que Víctor Hugo, un joven estudiante desembarcaba en Heidelberg para seguir allí los cursos de la Universidad. Era un joven fino, gentil y discreto, con los cabellos rizados y los ojos oscuros, de mirada un poco incierta. Llegaba de Ginebra, donde su abuelo y su padre habían sido meticulosos relojeros; pero su familia, de religión protestante, era originaria de Lan-

guedoc, de donde había partido después de la revocación del edicto de Nantes. Huérfano demasiado pronto, había ya de niño conocido, si no la tristeza, la sensación de verse solo y abandonado. Era una mala preparación para la vida. Un viaje por Italia había exaltado su imaginación, que se alteraba al menor choque y que deseaba, para sus expansiones, los espacios sin límites en lugar de las sólidas realidades. El *Penseroso* de Miguel Angel y los cuadros de Leonardo de Vinci era lo que prefería en arte, a causa de la extensión metafísica que podían dar a sus emociones. Aquel joven contaba entonces veintidós años y se llamaba Enrique-Federico Amiel.»

Cuenta Bordeaux cosas que parecen nimias, y que revelan, no obstante, todo el alma de Amiel. Este, en su adolescencia, tuvo un gran disgusto al enterarse de que sus primas, unas niñas bien lindas, comían y bebían. Ya se ve que el romanticismo del filósofo alcanzó un alto grado. Llegó a Heidelberg predispuesto a dejarse cautivar por el encanto romántico de

sus ruinas, que conservan un aliento poético y fúnebre del pasado. Arribó a Heidelberg un día de octubre, en la época en que mueren las hojas. Allí vivió diez meses, siguió los cursos del profesor Geronius y acabó de dar a su espíritu el gusto por la abstracción y por las volutuosidades metafísicas. «Amiel—escribe Bordeaux—se embriaga de filosofía alemana en Berlín más que en Heidelberg; pero la conquista definitiva de su alma estaba ya hecha al abandonar las márgenes del Neckar. En adelante debía de ser inútil para la acción. Así como se había figurado a sus primas de una manera celestial, sólo pudo comprender la vida idealizándola por completo.»

Amó los versos «porque daban un contorno al pensamiento como un recipiente a un líquido». Bordeaux los encuentra bellos, y cita los siguientes «sobre el mal de la irresolución»:

L'homme trop circonspect manque sa destinée...
Plus un sens est exquis, plus il est vulnérable,
Car la perfection fait la fragilité...
Des jours que nous perdons par negligence pure
On ferait une vie, et nous n'y pensons pas..

Es la misma prosa del *Diario*, que no pierde análisis ni sinceridad cuando se sustituye por el verso. Amiel no es siempre un gran poeta, porque en sus versos tiene una preocupación de técnica preceptista que jamás se nota en sus memorias. Hacía versos como un catedrático, retórica en mano. Sus atrevimientos tienen siempre una defensa científica. La idea de que sus versos iban a publicarse le llenaba de miedo, y, entonces, aquel hombre tan personal, tan único, procuraba desdibujarse y perderse entre las nebulosidades de la discreción.

Bordeaux no ha intentado hacer un estudio sobre Amiel, sino poner un recuerdo en la tumba del poeta. Bordeaux quizás arribó a Heidelberg en un día de octubre. En las aguas turbias del Rhin, las hojas muertas pondrían su lividez y las fachadas rojas y las torres góticas, bajo el cielo triste, incitarían a pensar en Heine melancólico y en Amiel nostálgico de ideal.

DON JUAN VALERA

Valera habla de Amiel en uno de los capítulos de su *Nuevo arte de hacer novelas*. No hizo don Juan un estudio de crítica mesurada y amable. Refirióse a Amiel de pasada y de trasmano; pero su juicio sobre el filósofo continúa siendo tal vez el único para muchos españoles.

Después de afirmar que la poesía de Paul Verlaine es «la llamada decadente», dice que ésta significa «la quinta esencia del fastidio; el nihilismo del alma; la consunción moral; el cansancio de la blasfemia. El poeta no maldice ya, ni reniega de Dios, ni se da al diablo, ni llora, ni grita. Todo se reduce a gemidos nebulosos e incoherentes, aunque sobrecargados de filigranas, adornos y lindezas preciosas de estilo. Ya ni la crápula excita al

poeta, completamente anémico, agotado y desvencijado». Desde el punto de vista en que se coloca el pío Valera, todo esto me parece indiscutible. Pero he aquí otras curiosas afirmaciones:

«A este género de poesía responden en prosa, y como novelas, el *Diario Intimo*, de Amiel, y la *Carrera a la muerte*, de Eduardo Rod. De ambas novelas dice Fuster casi lo mismo. Sus héroes son unos enfermos, locos, maniáticos, egoístas, desgraciados; la vida para ellos es una pesadilla; el despertar, morir, si bien para caer en perpetuo sueño, y la psicología, patología.»

El error de Valera no me asombra. La erudición tiene sus achaques. El discretísimo don Juan se fió del crítico francés Charles Fuster, que, indudablemente, no leyó el *Diario Intimo*. Y la confusión de Fuster se explica: debió de leer la *Carre-ra a la muerte*, de Rod, que, como el libro de Amiel, y el *Adolfo*, de su paisano Benjamín Constant, tiene forma autobiográfica. Luego supo algo, remotamente del *Diario Intimo*, y enlazó al héroe de la

Carrera a la muerte—un caso de neurastenia implacable—con Amiel, convertido así en un personaje de imaginación. Se trataba de dos libros de literatos suizos, de dos libros escritos en yo... Para un crítico perspicaz esto era bastante. Y lo fué asimismo para Valera, que si llega a enterarse a tiempo de cómo calumnió a Amiel, casi muerto en olor de santidad, hubiese tenido una verdadera contrición.

UNAMUNO

Unamuno conoce hondamente al misántropo del *Diario Intimo*. Lo ha citado con frecuencia, directa o indirectamente, y su opinión concreta me la da en una carta, escrita en estos días primaverales de 1907, cuando mi libro está próximo a publicarse y cuando yo, pensando en él, aspiro por las noches el aroma de las acacias de mi jardín y pongo mis ojos en el cielo, donde las constelaciones vienen a ser huecos luminosos para internarse en lo infinito. ¡Ah, el infinito nos inquieta! Esto de aquí abajo ya está visto, ya está vivido, y hace mucho tiempo que la última palabra ha sido dicha: hemos dicho Tedio. Y contra el Tedio, la Pasión, y contra el Tedio, la Fe.

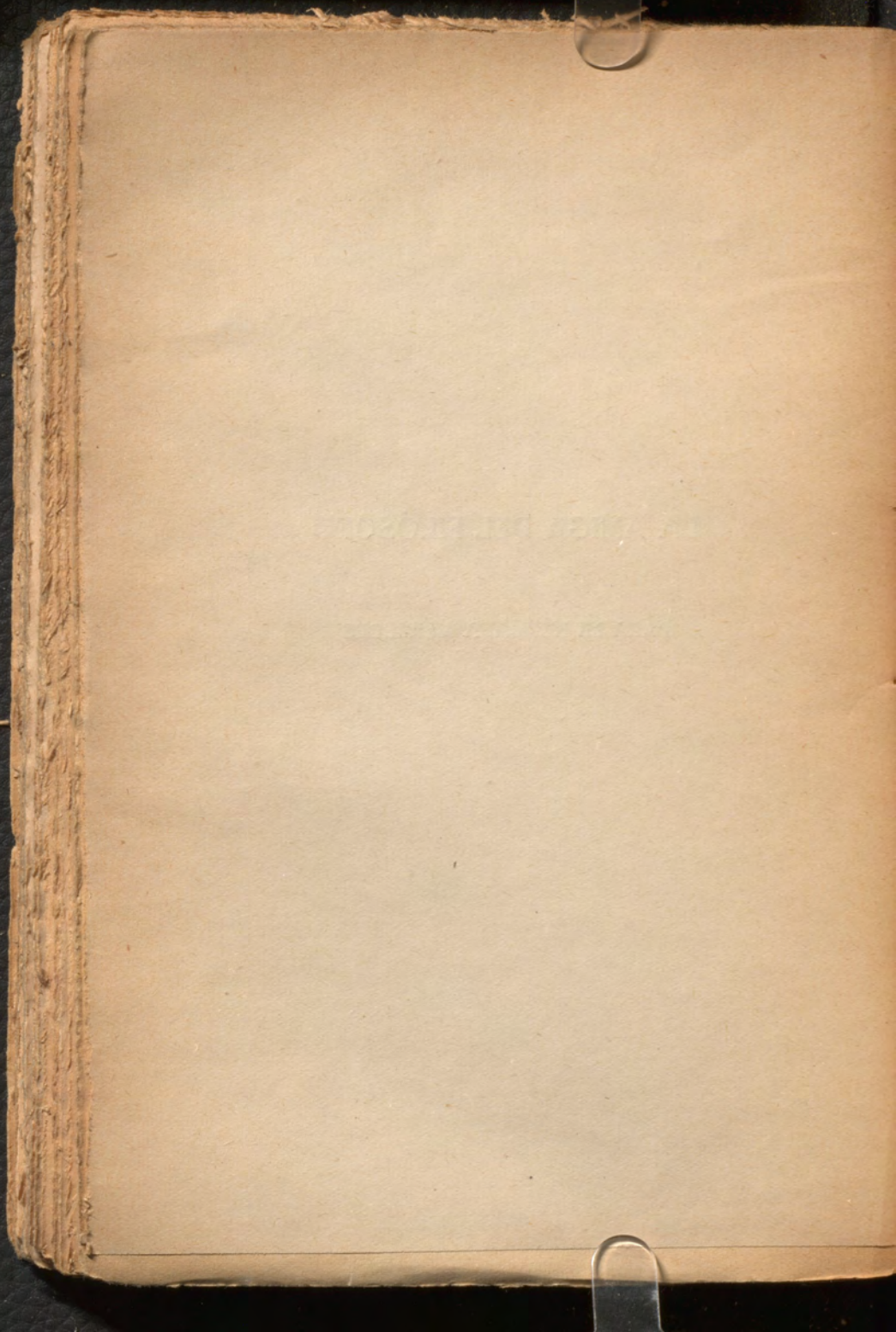
Y de esta ansia de infinito—ansia de

crearnos enigmas para vivir—está llena la religión sin clérigos y sin altares, la religión de las almas pensativas y sensibles, la alta y mística divagación de los espíritus nobles. Tal es la «inquietud religiosa» de que habla Unamuno y de la que él mismo deriva la «desesperación religiosa».

Me dice Unamuno que todo lo que en Amiel no sea inquietud religiosa es externo. «Hasta su sentido estético—tan fino—brotaba de su sentido religioso. Y yo creo que quien no penetra en las inquietudes religiosas se cierra todo un mundo de profundas satisfacciones. No hay goce como el que surge de la desesperación religiosa. Sólo por el sufrimiento...»

LA AMIGA DEL FILÓSOFO

PARA MI HERMANA MERCEDES



HISTORIA DE UNA AMISTAD

Mademoiselle Berthe Vadier es una escritora ginebrina que hace más de veinte años le cerró los ojos a Enrique-Federico Amiel. Mademoiselle escribe en una prosa trabajada y correcta novelas morales que obtienen la alta recompensa del Institut Genévois, y tiernos monólogos y comedias puritanas que se representan en los teatros particulares de la aristocracia ginebrina, aristocracia reservada y altiva, que conserva el espíritu rígido y adusto de Calvino. Además, nuestra literata pinta retratos, y en bien lejanos días hizo el de Enrique-Federico Amiel.

Mademoiselle Berthe no es, al parecer, de la raza de Aurora Dupin. Entre ella y Amiel no hubo más que una amistad noble

y pura, amistad de célibes con todas las atenciones del matrimonio, sin llegar al momento más humano del mismo. Amiel podía ser padre de Berthe. Amiel fué un hombre casto: escribió, pensó y amó castamente, y ya sabemos que en su Parnaso Erato fué una musa silenciosa y oscura. No se le conoció ningún amorío. Estuvo desposado cuatro veces y no se atrevió a casarse: cuatro informalidades que no le perdonaron bastantes ginebrinos, gente muy severa, de alma no más ancha que la del Reformador. Un otro que no fuese Amiel habría sido derrotado por la opinión, por la crítica asustada y pintoresca de las damas y por los vaticinios y sentencias de los hombres de pro.

Pero a Amiel, en las vísperas de sus bodas, le entraba un santo temblor espiritual, se hacía más analítico que nunca, escrutaba el porvenir, se internaba en sí mismo, presumía con frialdad de psicólogo el alma de su prometida y la engarzaba a la suya, a su alma vidente, medrosa y dolorida, para obtener la certidumbre amarga de que él «no podía casarse»,

porque no reunía las óptimas condiciones que hubiese deseado al dotar a su vida de una compañera. ¡Y yo bien sé que Amiel tuvo mil veces su sueño familiar! Lo tuvo como todos los poetas raros, como todos los poetas grandes. Como lo tuvo el padre Verlaine, que soñaba con una mujer de cabellos blondos o de cabellos negros, de ojos tenebrosos o de celestes ojos, de boca vampirina o de virgínea boca, para la cual «cesase de ser un problema». No creo en la existencia de tal mujer, pero sí en el estoicismo de los hombres enigmáticos que matan la quimera y la ira, enemigas de la mujer vulgar y buena, caprichosa con su afán de regir la vida del marido incomprensible. Este caso de estoicismo conyugal hubiese, tal vez, resplandecido en Amiel, que era sumiso como un niño dócil y paciente y bondadoso como un anciano místico. Todo estaba en vencer el miedo, que era en él una fuerza inaguantable.

¿Cómo se conocieron Enrique-Federico y Berthe? Ella nos lo dice en su libro biográfico del primero. Berthe había hecho

en la primavera de su vida, durante su estancia en Alemania, un manuscrito de versos, probablemente sentimentales y fragantes, que obtuvieron entre auditores del país un éxito notable, a pesar del cual tuvo una saludable reflexión:—No son mis amigos alemanes los mejores jueces para mis versos en francés—se dijo, y de vuelta en Ginebra, decidió consultarse con un crítico. Envioó su manuscrito a M. Petit-Senn, el más antiguo de los poetas ginebrinos, pero como M. Petit-Senn vivía sus últimas jornadas, recomendó a la joven poetisa se dirigiese al profesor Amiel. Así lo hizo ésta. Amiel se condujo paternal y amable con ella, le dió muchos consejos y procuró infiltrarla algo de su miedo al mundo. Por de pronto había que adoptar un seudónimo: había que prevenir la malicia de la crítica y presentarse humildemente para no excitar la mordacidad y la zumba del buen público. Tal pensaba Amiel, y Berthe estuvo en un todo conforme con el maestro. Ella no firmaría con su nombre de Valentina Benoit sus producciones. Y seguramente el filósofo

y la poetisa jugaron un rato a encontrar un seudónimo, hasta dar con el de Berthe Vadier.—De esta suerte comenzó la amistad a que me refiero. En seguida Berthe quedó cautiva de la gracia de Amiel. «Pocos hombres—escribe—sabrán ser tan amables cuando lo quieren como M. Amiel, y él quería serlo siempre.»

Enrique-Federico, cercano a su vejez, necesitaba del ambiente familiar. Sus consanguíneos habíanse disgregado formando hogares nuevos. Estaba solo, y su mayor distracción era la de visitar a Berthe, que vivía, vecina del filósofo, con su madre, hasta que concluyó siendo pensionista de estas damas. «Fué en casa de ellas—cuenta Mlle. Vadier—donde pasó los últimos años de su vida; fueron ellas quienes le cerraron los ojos.» Después, Berthe ha consagrado su vida de virgen anciana al culto de Amiel. Ha hecho la biografía del poeta pensador—como ella le llama—y ha recopilado páginas sueltas que los editores testamentarios del *Journal Intime* no pudieron incluir en él y varias cartas del maestro a la discípula, que pue-

den formar un noble y suave epistolario.

El *Estudio biográfico de Enrique-Federico Amiel* consta de cerca de trescientas páginas que refieren minuciosa y amorosamente su vida. La refieren como si fuese la vida de un santo, que además de santidad tuviese genio. Berthe se deleita en las descripciones de la infancia y de la inquietante adolescencia de Amiel, y al llegar a la época de la madurez del poeta, sabe hacer una prosa elevada en la que le defiende de los mil ataques que Enrique-Federico debe a la burguesía ginebrina—pesadamente burlona—y de los conceptos glaciales que más de algún crítico—muerto ya hasta en el recuerdo—dejó caer sobre sus confesiones llenas de alma y de amor.

MADemoisELLE ESTABA OCUPADÍSIMA

Todo esto me inspiró una viva simpatía hacia Mlle. Berthe, y pensé en visitarla. Me enteré de su domicilio:—Rue Verdaine—me dijeron—, la misma casa en que murió Amiel.

Y hoy—cuento en mis notas de viaje, a 13 de noviembre de 1906, en Ginebra—, a las cinco de la tarde, me encaminé hasta allí. El de hoy ha sido un día obscuro de frío y de ventisca. Las ondas del lago han tenido un relieve nervioso, sobre el que los cisnes, indiferentes, pasearon su blanca majestad, mientras las gaviotas aletearon a ras del agua y nadaron frívolas e irresolutas.

Llegué a la rue Verdaine aterido. La rue Verdaine pertenece a la Ginebra an-

tigua, y sobre ella cae la fachada posterior del Colegio fundado por Calvino. Es una calle empinada y curva, de sobrias construcciones de piedra. Es silenciosa y no muy transitada. A ciertas horas tiene la fugaz animación que le prestan los alumnos del Colegio. En el número 13 está la casa de Mademoiselle Vadier. Traspuse sus umbrales lleno de recogimiento, y pasé por un zaguán umbrío. Luego monté el primer peldaño de la escalera, junto a la cual un farolillo, que extendía sus rayos mortecinos por los suelos, me causó una lúgubre sensación... Pero yo continué subiendo la escalera, que es semicircular, de losas de un gris claro y mate. Subiéndola pensé en Amiel. Y me lo figuré en un día como el de hoy, ascendiendo por la escalera gris, penumbrosa, con las manos frías en los bolsillos de su «redingote», pensativo y soñador, con toda la tristeza del paisaje en su alma: la tristeza del día de niebla y de *bise* y lo trágico de los montes invisibles... Y luego iría tosiendo y sacaría de su abrigo una de sus manos para ponerla sobre el pecho débil...

Llegué al cuarto piso. Una placa dorada me indica que me encuentro frente a la casa de Mademoiselle Vadier. Estoy fatigado y empleo unos instantes en reponerme. Llamo. Pasan unos segundos. Oigo el ruido interior de una puerta que se abre y de unos pies que tácitamente se deslizan sobre alfombras. Me abre una anciana sexagenaria de corta estatura. No la veo bien, porque es pobre la luz del aposento.

—¿Mademoiselle Berthe Vadier?—interrogo.

—Soy yo—me responde la anciana.

—Yo traía una presentación para usted; pero, si me lo permite, yo mismo le diré...

No me deja concluir.

—Pase—me dice abriendo una puerta, por la que se introduce. Paso detrás de ella y me hallo en una habitación grande, de alumbrado exiguo, donde la calefacción alcanza una altísima temperatura. Pido permiso a Mademoiselle para despojarme del gabán. Me lo concede. Nos sentamos, y voy adivinando algunos muebles: unos

sillones robustos, una biblioteca, una mesa con papeles, con libros, otra donde trabaja Mademoiselle, y junto a la cual está sentada; otra aún, frente a la estufa, soportando una lámpara de petróleo, cuya luz reduce, centraliza y hace lívida una pantalla verde. Y luego, sobre un sofá, un inconcluso retrato de mujer, de juveniles colores que triunfan en la penumbra... También contemplo a Mademoiselle, que me recuerda, por su melena gris, masculina y romántica, a Concepción Arenal. Mademoiselle tiene el semblante serio; las cejas pobladas y negras, con púas de plata, se arquean enérgicas sobre los ojos grandes, oscuros y expresivos. La nariz es de noble curvatura, y la boca, extensa y magra, está guarnecida de bozo.

—Mademoiselle: yo soy un español amigo de las letras, que quisiera hablar con usted del bien amado Henry...

—¡Ah!—me responde agitando sus manos en la sombra—; yo he escrito un libro sobre él...

—Lo conozco, Mademoiselle.

—... Y nada puedo agregar a lo allí es-

crito... No diré una palabra más... Para eso he hecho un libro, un libro...

Mademoiselle Berthe me hiela... Yo, francamente, esperaba otra cosa. Mademoiselle me abrazaría conmovida como si fuese yo un peregrino que llegaba de muy lejos—de España—con una ofrenda amorosa para aquel santo de Enrique Federico Amiel...

Pero, no; Mademoiselle está ocupada, ocupadísima. Toda la semana está atareada preparando una conferencia, y señala sus cuartillas, sus libros. Me da a entender que no puede perder su tiempo.

A pesar de todo, yo insisto:

—Ha hecho usted un retrato de Amiel; ¿querría usted enseñármelo?

—Con mucho gusto; pero hoy no, otro día, otro día... La semana que viene—y sus manos se agitan en la sombra.

—Es que yo me voy uno de estos días de Ginebra, el domingo.

—Entonces—levantándose—venga usted el sábado; ¿le conviene?

Yo, displicente:

—Bueno, sí...

—A mediodía...

—Bien...

Ya despidiéndome, le digo:

—En España, la nueva generación intelectual lee a Amiel... Su espíritu profundo y ondulante, su...

Mademoiselle me interrumpe, como si temiese un discurso:

—Muy bien, muy bien...

Pero yo intento derrotarla asegurándole:

—Conozco una novela de usted, *Mon Etoile*, y sinceramente...

Mademoiselle repite:

—Muy bien, muy bien—y con discreción me acompaña hasta la puerta. Ya en ésta, estrecho su mano, la que cerró los ojos de Amiel, sin ninguna emoción. Es una mano ancha, corta y rugosa, que se deja retener apenas.

Me voy desilusionado. Mademoiselle vuelve a decirme cerrando su puerta:

—El sábado, a mediodía...

Yo, bajando la escalera, le respondo:

—Muchas gracias. Hasta el sábado.

Al dejar la rue Verdaine, me pregunto:

—¿Volveré el sábado? ¿No ha deshecho Mademoiselle Vadier, con su recibimiento de persona ocupada, el encanto de mis pesquisas sobre Amiel?

En la calle sopla un viento frío. Son las seis de la tarde. Es de noche en Ginebra. Los tranvías eléctricos pasan abarrotados. Los ciclistas se anuncian con sus farolitos venecianos que sostienen junto al manillar, y en las tiendas lujosas, radiantes, parisinas, ha sonado la hora feliz del comerciante. En la *Place du Molard* comienzan a retirarse las floristas, y la *bise* hace revolver los pétalos de rosa, las flores mustias y las ramas que yacen por el suelo. Cuando paso el puente de *Mont-Blanc*, los cisnes se recogen, desvaneciendo su blancura en la noche. En algunas torres tienen los relojes un resplandor lunar, y en las aguas tenebrosas, murmurantes, se quiebran, se funden y naufragan las luces del centro de la ciudad.

Yo camino gustando la emoción de un desengaño. Un escepticismo sentimental se ha apoderado de mí... El tiempo pasa, los recuerdos van palideciendo y el fuego

de los cultos íntimos se extingue poco a poco... Mademoiselle Vadier estaba ocupadísima. No podía perder su tiempo hablando conmigo de Federico Amiel. ¿Volveré el sábado?

«DESPUÉS DE VEINTE AÑOS...»

Volví a casa de Berthe Vadier en el día que ella me había indicado. Me costó algún trabajo decidirme, pero luego de ciertas reflexiones estuve resuelto por completo. Yo esperaba que la escritora me recibiese con sus brazos abiertos. Y no fué así. Y al preguntarme por qué no fué así, encontré mil cosas que responderme. ¿Me conocía Berthe? ¿Invocaba yo algún mérito extraordinario para compartir con ella la recordación de Amiel? No. Yo me anunciaba con un nombre obscuro y con un rostro joven. ¿No podía, pues, ser un curioso, un importuno que molestase con sus preguntas a la sacerdotisa? ¿Tenía derecho a llegar al santuario y a exigir que, sin previa iniciación litúrgica, se me mostrase en todo su esplendor? Por otra par-

te, Mademoiselle Vadier podía estar efectivamente ocupada.

Llegué a su casa después de mediodía. La luz vespertina restaba misterio al zaguán, del que había desaparecido el farol que me inquietara tanto, y caía sobre la escalera, viva y fuerte en los rayos del sol.

Salió a abrirme una criada vieja, vestida de negro, con su cofia blanca, de la que surgían unos cabellos grises.

—¿Está Mademoiselle Vadier?

—Sí, señor.

—Dígale que un español...

—Ya sé. Pase y sírvase esperar mientras aviso a Mademoiselle.

Y la criada me dejó en una sala espaciosa, alegre de luz, con sus dos balcones que tenían los estores suspendidos. En la chimenea estaba dispuesta la pira con pedazos de papel impreso y astillas y troncos ñudosos de pino alpestre. Las paredes están llenas de viejas fotografías y de retratos al pastel. Frente a la chimenea reconozco el de Enrique-Federico, del que figura una reproducción en el *Estudio biográfico* firmado por Berthe. Amiel re-

presenta en el retrato unos cincuenta años. Su frente es amplia y noble, de sienas prominentes y desnudas, y sus leves arrugas convergen al entrecejo para marcar esa huella que caracteriza a los hombres analíticos y contemplativos. Sus cabellos forman la media melena de la época romántica y tienen algo de infantil al ondearse junto a las orejas, regulares y sonrosadas. La tez es suavemente pálida, y la mano siniestra, en la mejilla rasurada, es apoyo del rostro, que se inclina vagamente. La nariz es de línea hebraica, y la boca, proporcionada, pone su color de rosa tenue entre los bigotes lacios y la perilla que, lejos de apuntarse, se abre al descender. Los ojos del poeta son oscuros y bondadosos, no con bondad mansa, y sí con la del escéptico que, ya desengañado de todo, lo ama todo. Son unos ojos rasgados, profundos, bajo las zaeñas y pobladas cejas, y tienen como el encanto de una miopía discreta... En la penumbra del fondo del retrato hay una librería. En primer término se recoge una cortina de terciopelo carmesí, y sobre la ropa, de

eclesiástica seriedad, la diestra mano de Amiel se abate blanca, femenina, ideal...

En esto aparece Mademoiselle Vadier, vestida con una bata del corte severo de las hopalandas. Me saludó atentamente, abandonándome su mano tibia que—según me dijo—acababa de soltar la pluma. Me invitó a tomar asiento junto a la chimenea, en donde ella, doblegando su cuerpo, comenzó a encender la pira. Yo quise officiar de sacrificador; pero Mademoiselle me aseguró que aquella chimenea tenía ciertos misterios que sólo para su dueña se aclaraban. Y la chimenea, por ese espíritu irónico que se esconde en las cosas, dió en hacer humo: un humo ligero, frívolo, azul, que se desvanecía sobre la cabeza venerable de Mademoiselle. Ella protestó:

—Primera vez que me sucede esto.

Y mientras se preocupaba en hacer dócil a la lumbre naciente, yo acabé de mirar la habitación, deteniéndome en una consola llena de tibores y búcaros florecidos, junto a los cuales dos magotos de porcelana blanca reflexionan, las manos

sobre el hinchado abdomen y la frente contraída. La consola sostiene un espejo grande que empieza a enturbiarse, cansado ya de contemplar la vida. Yo hubiera querido preguntarle: «Dime: ¿viste muchas veces a Amiel?» Pero ya el fuego que creara Mademoiselle ardía alegremente, y los leños crepitaban manando su resina de grato y primitivo olor.

Podíamos hablar. ¿Y de qué? Porque yo no sabía qué decir a Mademoiselle, temiendo no fuese a repetirme:

—De Amiel no diré nada; para eso he hecho un libro, un libro...

Entonces le pregunté por su conferencia.

—¡Ah! la he concluido, sí; la he concluido, muchas gracias—y haciéndose locuaz me preguntó:

—¿Le gusta a usted Ginebra?

—Mucho, Mademoiselle.

Luego saqué un periódico español de mi bolsillo, y le dije:

—Aquí hay algo mío sobre Ginebra, donde hablo incidentalmente de Amiel.

—¡Ah! muy bien.

—¿Le dejo a usted el periódico? ¿Lee usted el castellano?

—Sí, casi, casi lo comprendo; mas—removiéndose en su asiento—he aquí el retrato de Amiel que deseaba usted ver.

Y como yo ya lo había contemplado a la manera sentimental, lo miré ahora con ojos de crítico adulator y galante.

—Pinta usted divinamente, Mademoiselle.

Ella profirió con una sonrisa:

—Nada de eso, amigo mío.

Después hablamos un poco de literatura. Mademoiselle juzga a Eduardo Rod en términos de no gran admiración, y—cosa que me admira—con cariño a Víctor Cherbuliez, que renegó en su vida de dos cosas: de Ginebra, para afrancesarse en absoluto y ser de la Academia, y de ciertas leyes sociales, para casarse con su concubina. Todo lo cual le ha parecido detestable a sus coterráneos. Luego Berthe me dijo que sabía de la existencia en España de una gran juventud intelectual. Entonces yo, patriota y bondadoso, comencé a nombrarle escrito res y libros de nuestros últi-

mos diez años. Mademoiselle disimulaba su desconocimiento de los mismos con amables sonrisas de aprobación, y al final se vendió candorosamente, opinando que Galdós es un gran literato. Lo mismo pienso; pero Mademoiselle, en literatura española, no ha pasado de *Doña Perfecta* y de *El amigo Manso*.

Cuando, por fin, hablamos de Amiel, oigo de sus labios una frase inesperada. Amiel fué estéril: ha dejado poco, tres o cuatro volúmenes de versos, un estudio sobre Mme. de Stael, el *Diario...* Como Berthe no me parece amiga de las paradojas, no intento propugnarle la fecundidad de Amiel.

—Sin embargo, él le ha sugerido a usted un libro.

—¡Oh! yo lo creo; porque lo vi vivir, porque fué mi amigo.

Yo me muerdo los labios ante esta verdad, y pienso en que el más vulgar de mis amigos me daría motivo para un libro.

Hablamos unos instantes más. Berthe está atentísima conmigo, pero nada me cuenta de la intimidad del filósofo. Yo que-

ría saber... Pero como ella ha hecho un libro hace veinte años, no puede agregar una palabra más. Su reserva es tan impenetrable como la de los magotos de la consola. Y de pronto tiene una idea; abandona su butaca y se dirige a su despacho, exclamando:

—Vaya usted a ver al sobrino de Amiel. ¡No me había acordado antes! Vaya usted a verlo y él le dirá... Voy a darle a usted mi tarjeta.

Yo me quedo sorprendido, y de ahí a poco ella reaparece trayendo en su tarjeta las señas del pariente de Amiel. Tomo la tarjeta, y Mademoiselle me repite:

—No deje usted de ir a verlo. El podrá decirle...

Me despido de ella. Me le ofrezco en España, y aun tengo el valor de implorarlo:

—Si me enseñase usted la estancia donde murió Amiel.

Berthe se asusta un poco, y luego, sonriendo:

—¡Ah! usted es un joven romántico. ¿La estancia donde murió Amiel? Sí. Pero

está transformada... Después de veinte años...

En fin, llego a la puerta, y, con algún rubor, me despido definitivamente de Mademoiselle Berta Vadier, a la que he molestado por dos veces.

Al dejar la rue Verdaine rompo la tarjeta en que me presenta al sobrino del filósofo. Han pasado muchos años desde la muerte de su tío y tal vez se encuentre ocupadísimo, sin tiempo que perder...

esté transformada... Después de veinte años...

En fin, llegó a la puerta y con algún ruido me despidió definitivamente de la demoiselle Berta Vadier, a la que he molestado por dos veces.

Al dejar la rue Verdaine rompo la tarjeta en que me presenta al sobrino del filósofo. Han pasado muchos años desde la muerte de mi tío y tal vez se encuentre ocupadísimo, sin tiempo que perder...

M. BLANCHIER,
DISCÍPULO DE AMIEL

REPRODUCED BY
THE NATIONAL ARCHIVES

M. BLANCHIER SONRÍE

M. Blanchier es un hombre cultísimo. Habla cuatro o seis idiomas, sin entrar el español; conoce bien la literatura francesa y casi bien la alemana, italiana e inglesa. Es un consumado naturalista, y gusta de perseguir las mariposas para disecarlas luego y lucirlas en los cartones de su colección, trucidado el cuerpo con un alfiler. No es un ginebrino reservado y hosco, como los que conservan la disciplina del Reformador, no. Es locuaz, expresivo y sonriente, y se halla dispuesto a toda hora a ponerse de acuerdo con cualquier persona que se le dirija. No es amigo de la polémica, pero no la rehuye si a ella se le conduce. Entonces discute en tono mesurado, sin dejar de sonreír, con sus pequeños ojos glaucos y con su boca co-

recta y sonrosada, que ostenta unos rubios bigotes inofensivos. M. Blanchier sonríe, sonríe siempre, con la sonrisa de un quincuagenario célibe que sabe de Gorgias y de Epicuro y que ama los libros de Rabelais y de Montaigne, de Voltaire y de Anatole France. Ha visto mucho de la vida, viajando por el centro de Europa en bicicleta, y ha llegado a pie a grandes alturas de los Alpes. Tres cosas ama en la vida por encima de todas: el té, las mariposas y la poesía. Él y yo hemos leído juntos a Verlaine y Albert Samain, y nos hemos deleitado con los Monnier, Desroches, Cougnard, Baudy y Duchosal, óptimos poetas de Suiza.

Yo veía a Carlos Blanchier, en Ginebra, casi todas las mañanas en su casa: el piso bajo de un hotelito rodeado de su verja y de sus platabandas de césped, donde se erigen las acacias, los pinos, los alerces y los majuelos con sus frutos de menudas esferas purpúreas. El despacho de Carlos está lleno de libros, bien alineados en sus estantes. En la pared varios cuadros de mariposas, que conservan

en sus alas rígidas el alma del color, y sobre la chimenea un espejo, en cuyos ángulos inferiores se contemplan dos centauros de bronce. Hay una ventana que cae sobre el jardincillo, junto a la cual nos sentábamos a platicar Carlos y yo. A la hora de nuestra plática nos alumbraba el sol de mediodía, y sobre la arena del jardín, salpicada de hojas secas, se congregan los gorriones hasta que unos niños muy rubios vienen a espantarlos.

Hablaba yo con Carlos de todas las cosas y preferentemente de Amiel. Yo le refería mis impresiones sobre el filósofo, y él me escuchaba sonriente y paternal, honrándome con encontrar simpatía entre mi espíritu y el espíritu dubitante y místico de Amiel.

LIBRO DE LIRIOS BLANCOS

Un día le pregunté:

—¿Y no sabe usted nada de la vida amatoria del maestro? No se casó, bueno; pero distracciones, ¿no las tuvo?

—No; es decir, nada se sabe de eso. Con decirle a usted que vivió durante mucho tiempo en una calle de mujeres amables y que ni siquiera se enteró...

—Pues no lo creo, y perdóneme usted la franqueza. Tal vez en ese respecto era Amiel verdaderamente calvinista, y ocultaba como una úlcera las expansiones de la carne.

—Todo puede ser; pero yo sé decirle a usted que si no se habla de un Amiel mujeriego, ni por broma se ha sospechado de un Amiel decadente o solitario en materia sexual.

—Pues yo, Carlos, me resisto a creer en los casos de asexuación por voluntad. La castidad en un hombre joven es un estado morbosos, y en un hombre maduro es algo temporal que un día concluye en arrebatos a lo mejor abyecto. Amiel tampoco fué un alcoholizado... Vamos, debió de tener sus amigas.

—Como usted quiera, pero yo no dudaría en sostener la tesis opuesta. Existen, pueden existir los casos de castidad voluntaria por medio de sustitutivos higiénicos e intelectuales. Una hora en el gimnasio, un paseo en bicicleta, una ascensión al *Salève*, a pie, harían olvidar a usted sus anhelos eróticos, o, por lo menos, los atemperarían. Un misticismo cultivado cada día y un concepto predominantemente contemplativo y estético de la forma pueden conducir al propio fin. Luego, agregue usted las razones étnicas, de temperamento y de costumbre... El hombre casto procura pacificar el instinto, ya débil en él, porque nunca falta una suprema razón fisiológica, y el lascivo lo agita, lo exaspera. El justo medio consiste en que la conjunción de

los sexos no tenga más objeto que el de reproducir la especie... Usted dirá que esto sería la muerte del sensualismo y de la voluptuosidad... Convenido; y además, le concedo a usted que un mundo ecléctico, en tal sentido, sería bien triste... ¿Por qué no aceptarlo todo? Frente a un Don Juan, un Kempis; frente a Teresa de Jesús, Manon Lescaut...

»Pero usted no podrá negarme—agregó Carlos—que el *Diario Intimo* es un libro todo castidad. Los tumultos de la carne no han llegado hasta él, y el amor ha pasado por sus páginas como una blanca y transparente abstracción. No hay en todo el libro una insinuación de erotismo ni una frase que sugiera una idea lasciva. Allí existe un olvido para Afrodita y una onda de paz y de pudor que nos aleja del mundo sexual. ¡Y bendita sea la honestidad de Amiel! Su libro, para los hombres de carne entristecida, para los que sienten el más horrible de los tedios, para los avergonzados de sus flaquezas y de sus demencias, para las almas soñadoras que habitan en cuerpos viejos—en cuerpos

agobiados por atavismos cruentos—, será un libro sedante como un cielo azul; limpio como un río que pase entre montañas, bien lejos de las ciudades, y confortador y dulce como la plática de un sabio primitivo y bueno... Libro que nos dignifica, libro de lirios blancos y de azucenas; libro de santo, de poeta y de mártir. Libro que escucha nuestras confesiones, que nos amonesta, que para todo tiene una disculpa y para todo un consejo. Libro de infinito desengaño y de esperanza infinita. Libro para horas solitarias, para horas de misterio y de dolor. Libro de cristal y de arcano donde alienta como un alma la pureza y donde el hombre puede entrever las rutas ignoradas de la Humildad y del Bien.

PROMETEOS DE AHORA

»Y para que vea usted—continuó Carlos—que en Amiel la castidad era un estado natural, y no obtenido por el retraimiento de las mujeres, le diré que nadie platónicamente fué más amante de las mismas. Henry prefería la conversación de sus amigas a la de sus amigos. Era el encanto de las reuniones, ¡y había en su charla una fragancia, una sugestión!... Comenzaba a hablar, y todo el mundo se callaba para escucharlo. Decía mil cosas bellas que parecían frívolas, y eran trascendentales y profundas. Sonreía mientras hablaba, haciendo aletear sus guantes o trazando imaginarios signos con su bastón... Contaba sus impresiones del día, y en ellas lo melancólico era algo tan sutil, tan misterioso, que sólo altas inteligen-

cias adivinaban el disimulo de asceta torturado que existía en Amiel. No se quejaba ni protestaba nunca, sino muy íntimamente, en su *Diario*, en sus versos o en presencia de algún amigo fraternal. Era avaro de su dolor, y por ser recóndito, era un bello dolor el suyo; ¿no es verdad?

»En su disimulo—agregaba Carlos—llegó hasta el heroísmo: llegó a tener algo de payaso. ¿Quién como él para animar una reunión o una comida? Henry improvisaba canciones, proponía adivinanzas y creaba juegos de prendas llenos de fantasía. Era un malabarista afortunado y un buen prestidigitador. Figúreselo usted lanzando a lo alto una muchedumbre de naranjas que lo obedecían como si su centro de gravedad estuviese en las manos del profesor. Figúreselo haciendo girar un plato en la contera de un bastón enarbolado, o extrayendo de su chistera cintas multicolores...

»¿No es todo esto grande, augusto y algo incomprensible? A mí, las frivolidades de los espíritus geniales me producen miedo y me parecen llenas de un temblor

religioso. Verlaine haciendo caricaturas peor que un colegial, y Amiel proponiendo jeroglíficos con unas barajas, se me antojan sacerdotes de un rito bondadoso y extraño, de un rito que detesta la seriedad y la externa tristeza... ¡Ah, yo amo a estos Prometeos de ahora que sonríen ante el mundo mientras el buitre interior los martiriza! Son hombres caritativos que no quieren torturarnos con la elocuencia de su dolor. Son sabios que se fingen ignorantes y que saben recibir una lección todos los días de las cosas y de los hombres. Son los eternamente niños, los eternamente santos y artistas: sonríen, juegan, sacan de su chistera una paloma blanca y dibujan sobre la mesa, con el dedo tinto en vino, una figura dislocada que parece que ríe...

EL FIN DE LAS COSAS

Por la calle iba siempre rodeado de amigos—me decía Carlos—. Ginebra era Academus, y Amiel un sofista adorable que disertaba. Había en su cuerpo cierto contoneo femenino; su cabeza iba de un lado para otro con gentil nerviosismo, y sus manos blancas, sus manos de mujer, jugueteaban con los guantes o hacían padecer al tallo de una flor.— Su voz era suave, atrayente y llena de musicalidad. Las mujeres gustaban de oirla, y muchas acudían a la Universidad para ocupar en la cátedra del profesor Amiel los puestos de algunos discípulos que dormitaban en sus conferencias.—Nunca perdió el temor de hablar en público. Cuando en una reunión se daba cuenta de que todo el mundo lo escuchaba, tenía que hacer

grandes esfuerzos para no acortarse.—Penetraba en su cátedra haciendo, entre sonrisas, un saludo ceremonioso a sus alumnos: era como una súplica de benevolencia. Aquel hombre, que sabía tanto, se creía ignorante frente a sus alumnos, que tal vez se las daban de sabios porque hojeaban entonces los primeros libros. Luego explicaba dubitante, nebuloso, desapasionado... Unas veces tenía momentos líricos, y otras se quedaba en silencio, abstraído... Y de pronto, con una sonrisa, reanudaba su discurso.

Le asustaba el fin de todas las cosas. En los banquetes, la detonación del champán lo llenaba de melancolía: para él, la espuma de ese vino casquivano y despótico era el llanto que se vierte al morir los festines, era la vuelta a lo real, a lo triste, a lo serio. ¡El fin! Las flores que se marchitan y desprenden sus pétalos enfermos, el hombre que agoniza con sus ojos en el pasado, el pájaro cautivo que amanece yerto en su jaula, los muebles familiares que se rinden al tiempo, la capa vieja que se ha hecho inservible, la casa

ruinosa que empieza a derribarse... ¡El fin!
Amiel lloraba el fin de todas las cosas.
Era amante de lo perdurable, de lo inmar-
cescible, y su amor quimérico le daba una
desilusión todos los días, una decepción
todas las horas.

EL POETA

Una tarde Carlos me recitó versos de Amiel. Estábamos en el parque de *Mon-Repos* y caminábamos sobre las hojas secas. El lago, fuera del puerto, se ensanchaba como un mar.

—Scherer—dijo Carlos — fué injusto con Amiel al no considerarlo un gran poeta. Yo puedo decirle a usted que la opinión del crítico me interesa poco y que en la poesía francesa, entre parnasianos y simbolistas, entre Heredia majestuoso, Banville pantomímico y Baudelaire diabólico, tengo puesto a Amiel como un dios, menor, si usted quiere, pero a la diestra de Verlaine, padre... Yo clasifico a los poetas por simpatías y por emoción... Amiel es un poeta angélico...

Dans ce monde orageux et trompeur, où le doute
 Assiège sans repos nos esprits et nos cœurs,
 Où nous laissons la joie et l'espérance en route,
 Rendre beureux est encor le plus sûr des bonheurs.

Es un poeta enamorado del misterio
 y de la melancolía de las almas:

Toute pensée est une fleur
 Unique en son espèce
 Qui naît, s'ouvre et brille, lueur
 Dans notre nuit épaisse.
 Elle paraît et disparaît
 Comme un rêve à l'aurore.
 D'où vient-elle? C'est un secret.
 Où va-t-elle? On l'ignore.

Cuando Carlos acabó de recitarme estos
 versos, en el horizonte del lago una vela
 se hizo invisible: dió su blanco al misterio
 de una lontananza azul. Y Carlos decía en
 voz pausada y religiosa:

Cœurs pensifs, âmes inquiètes,
 Vous tous qui dans la vie à pas mal affermis
 Allez, errez, brochez, je suis ce que vous êtes,
 Je vous connais: salut, amis!

Vous qui recherchant en vous-mêmes
 Le mot de tout secret, la clé de toute loi,
 Du devoir, du bonheur, agitez les problèmes,
 Je viens à vous, accueillez-moi.

Frères d'épreuve et d'espérance,
S'aider à vivre est bon, être compris est doux:
Je traverse avec vous la joie et la souffrance,
Je vous aime, m'aimerez-vous?

Yo le dije a Carlos:

—Sí, yo comprendo su amor por el poeta, a quien amo desde ahora. Usted y yo buscamos en nosotros mismos la aclaración de los secretos, somos almas inquietas, corazones pensativos, hermanos de prueba y de esperanza y llevamos en lo hondo una congoja inexplicable, un ansia de belleza y de bien y una duda infinita de nosotros mismos.

ROULEZ, TAMBOURS!

—Es curioso—me dijo en otra ocasión Carlos — que Amiel sea popular entre nosotros por haber hecho el *Roulez, tambours*, que viene a ser la *Marsellesa* de los cantones. Es posible que usted sepa cómo a fines de 1857 hubo diferencias entre Suiza y Prusia con motivo del cantón de Neuchatel. Nosotros, frente a un imperioso *ultimatum*, nos preparamos para la defensa. Aquí—Amiel lo dice en su himno—todos nacemos soldados: las milicias cantonales se organizan en cuanto es preciso defender a la patria. Entonces el movimiento patriótico fué unánime, y, como en todos los hechos grandes de los hombres, surgió el poeta.

Y Carlos, a media voz, cantó:

Roulez, tambours! pour couvrir la frontière;
Aux bords du Rhin, guidez-nous au combat.
Battez gaîment une marche guerrière;
Dans nos cantons chaque enfant naît soldat.
C'est le grand cœur qui fait les braves!
La Suisse même aux premiers jours
Vit des héros, jamais d'esclaves:
Roulez, tambours!
Roulez, tambours!

Era una música fácil, ligera, graciosamente incorrecta y de un brío y *d'un élan* admirables.

—Y al día siguiente de compuesto el *Roulez, tambours*—dijo Carlos—, el peligro estaba conjurado. Las estrofas de Amiel no llegaron al campo de batalla, pero para los suizos tuvieron en adelante una fuerza alentadora y viril. Alguien ha dicho que estaba destinado a Amiel cantar los sacrificios en proyecto y los heroísmos por realizar... ¡Mejor! Detrás de cada héroe hay un homicida, y Amiel amaba a los hombres con amor franciscano.

Su patriotismo era el viejo patriotismo de la tierra, el que anhela la vida quieta en el suelo nativo sin pensar en

bélicas conquistas. Patriotismo religioso: culto del hogar, del paisaje; de las montañas, de los lagos, de los valles... Patriotismo de paz y de alegría, que ha hecho decir a otro de nuestros poetas, a Wuarin:

Petite Suisse, Suisse heureuse,
C'est ta mission désormais
D'être une étoile lumineuse,
La blanche étoile de la paix,

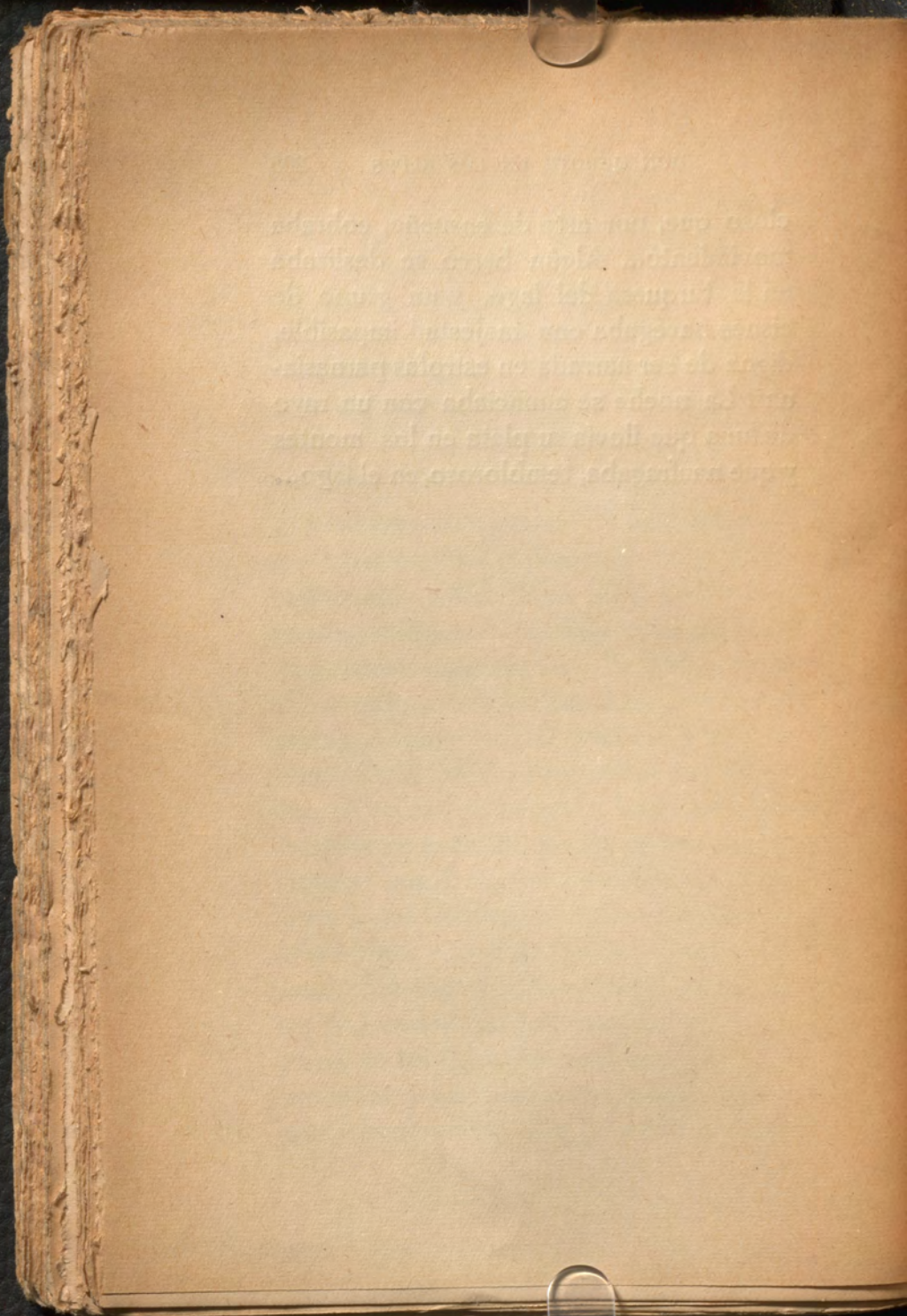
y del que Amiel sintió dulces nostalgias en sus viajes por Italia, por Francia y Alemania:

Ne déracine pas facilement ta vie;
Où le chêne a germé, le chêne aime à grandir.
On se refait un toit, mais guère une patrie.
Transplanter parfois tue, et toujours fait languir.

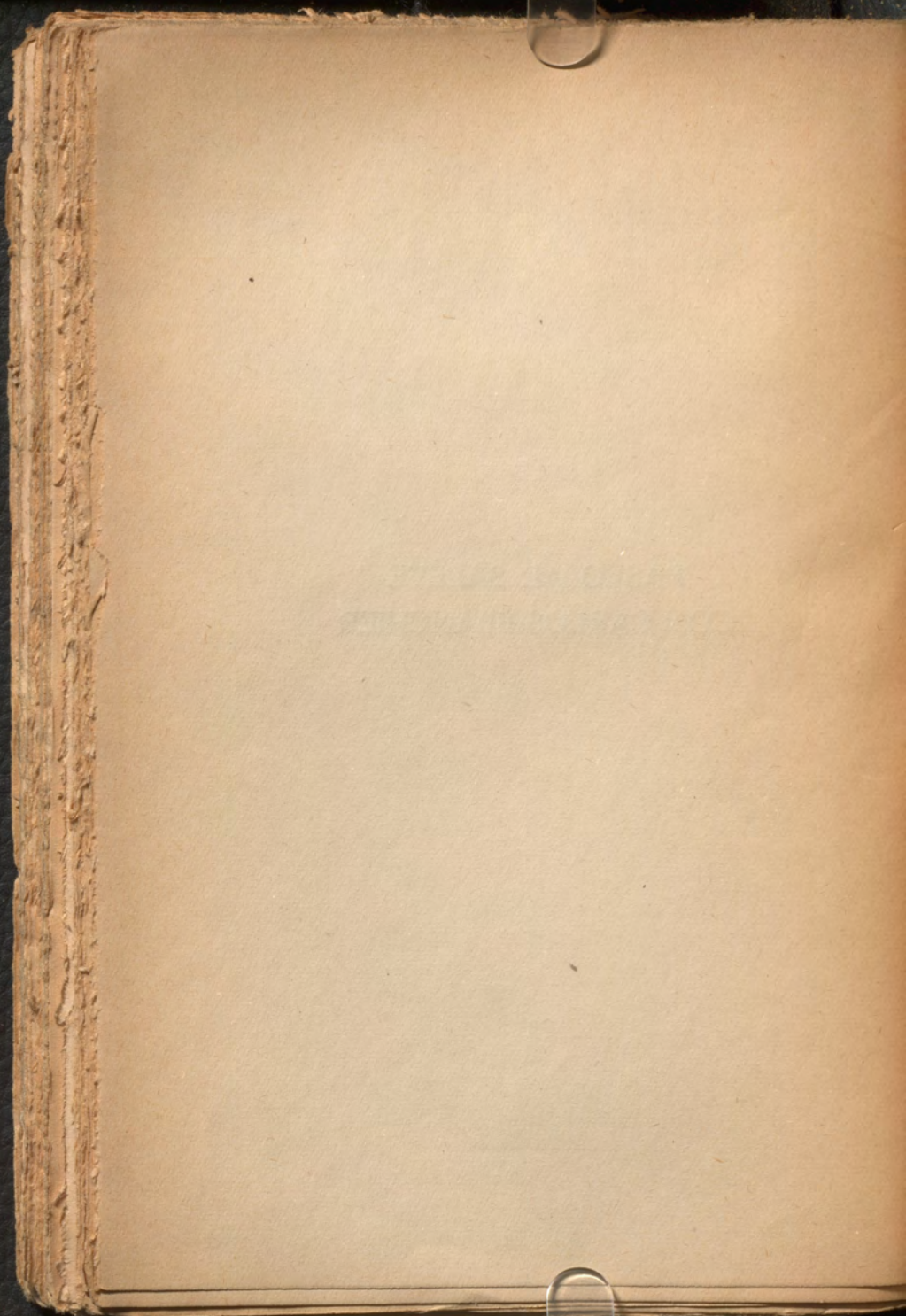
ÉL MIRABA EL PAISAJE

—El miraba el paisaje de Ginebra—me decía una mañana el discípulo del poeta— con un anteojo de larga vista. En los días claros subía a su buhardilla, convertida en romántico observatorio, y llevaba su lente de un lado a otro en busca de emociones gratas, de amables perspectivas y de prodigios de color. Veía los valles que elevaban su bruma de misterio, las villas adormecidas en la tarde, la ciudad con sus habitantes que iban por las calles, el lago, la roca del *Salève*, los Alpes azules, el *Mont-Blanc* sobre un fondo de color de rosa... Era todo lánguido, bondadoso; tenía la bondad de las cosas lejanas y la gracia de las cosas en conjunto; era todo armónico, y en la lente del poeta, el paisaje parecía un esmalte delicado y minu-

cioso que, por arte de ensueño, cobraba movimiento... Algún barco se deslizaba en la turquesa del lago, y un grupo de cisnes navegaba con majestad impasible, digna de ser narrada en estrofas parnasianas. La noche se anunciaba con un rayo de luna que llovía su plata en los montes y que naufragaba, tembloroso, en el lago...



PASEO AL SALÉVE
CON CARLOS BLANCHIER



Todas las mañanas, al levantarme, miraba yo al *Salève*. Sobre el fondo violáceo del monte se destacan las torres cuadradas de la catedral de Ginebra y resaltan las líneas asimétricas de los tejados rojizos y de los techos de cinc. Su cumbre aún no está blanca, y nada tiene de fantástica ni de abruptamente arquitectónica. Es un monte fácil, asequible, que no tentará a los verdaderos alpinistas. A mí me inquieta, sin embargo.

La cumbre es casi recta, y se derrumba hacia la izquierda, por el lado del *Mont-Blanc*, para volver a empinarse formando el pequeño *Salève*. Desde mi ventana adivino, por la gradación de tonos, las venas de piedra caliza, las zonas de arbolado y las veredas del funicular.

En la hora del crepúsculo el monte es

azul, es negro y su perfil se marca austeramente sobre el celaje de púrpura.

—Mire usted—dije yo a Carlos—: es preciso que me acompañe al *Salève*. No quiero otro guía.

Carlos sonrió, asintiendo.

—¿Y usted ya sabe—me dijo—que fué el *Salève* el paseo favorito de Amiel?

—Sí, amigo mío, y precisamente por eso deseo subir a él cuanto antes.

—Bueno, pues cuando usted quiera...

—¿Mañana?

—Mañana. ¿Y cómo piensa usted subir? ¿Como Rousseau, como Töppfer, como Amiel, para hablar solamente de pensadores y literatos? Es decir, con sombrero de fieltro, calzón corto, medias gruesas, zapatos de recia clavazón y con un cayado largo, de contera apuntada. ¿Quiere usted subir así, a pie? ¿O prefiere ir en coche o en funicular?

—En funicular.

—¡Cómo! —exclamó Carlos—. ¿Le teme usted al frío, a la nieve, al cansancio?

—Sí; la verdad. Se lo confieso a usted

ruborizándome. No hay en mí fibra alguna de aventurero; no tengo alientos de conquistador.

—¡Ah! ¿Es usted cobarde?

—No; no creo... Soy, simplemente, amigo de no molestarme, de no emprender nada materialmente dificultoso. Mejor dicho: sé emprender—lo cual no tiene mérito—; lo que no sé es concluir.

Carlos creyó oportuno amonestarme. Y mirando a sus mariposas:

—Eso está muy mal—me dijo—. Hay que tener fuerza, energía, tenacidad. Sustituya usted su latinismo por anglosajonismo...

—¡Dios me libre!

Carlos prosiguió:

—Vea, por ejemplo, a Amiel. ¡Cómo la falta de voluntad redujo a este hombre intenso y ultraanalítico!

—A mí me interesa Amiel como ha sido, no como pudo ser. Seamos amigos de la fatalidad, Carlos.

—Bien... sí. No obstante, debemos engañarnos y creer en el fruto de los esfuerzos humanos. La voluntad, tal vez, no es

sino impaciencia. La impaciencia puede muy bien ser miedo, miedo de esperar... Yo, a pesar de todo, creo en la impaciencia, creo en la voluntad. Creo en que debemos creer...

Sobre la arena del jardín un grupo de gorriones piaba alegremente. Y Carlos continuó:

—Ser débil de voluntad es muchas veces un mal de herencia... Usted, español, debe de tener entre sus antepasados algún griego que llegó aburridamente a Iberia dando lecciones de epicureísmo. Luego, un romano de la decadencia. Más tarde, un árabe voluptuoso, amigo de los perfumes y de las huríes. Después, un soldado de los Austrias, muy combatido en Flandes y muy triste y enfermo al regresar a España, y, por último, un aventurero que fué, que volvió, que tornó a ir a las Indias... Usted no tiene más que una herencia de voluntad pobre, de emprendedores que no concluyen, que levantan media pirámide, que conquistan a medias. Usted viene a ser como una representación de su pueblo. España, por largo ata-

vismo, tiene ahora la molicie de los árabes. Ya tuvo el fuego y la agresividad de los mismos. España fué a las Indias, vivió bajo las ceibas, se embriagó de tabaco y de café, gustó lujurias enervantes, y sus hembras de piel cobriza, de opimos senos y de vientres fecundos, se fueron desasiendo de sus brazos ahitas de cautiverio y de un amor interesado que les pedía oro constantemente... España está hoy enferma, y su mal es la nostalgia de las Indias. Pero yo creo que puede restaurarse. Todo consiste en querer, en ser voluntariosa, en dejar de conquistar para conquistarse, en dejar de buscar para buscarse.

Carlos miraba, sonriente, hacia el jardín. Y yo le respondí:

—Está bien; engañémonos creyendo en el fruto de los esfuerzos humanos. Y aunque los esfuerzos den frutos, ¿éstos nos hacen más felices? Establezcamos la Historia por períodos de mayor o menor felicidad; nuestra época, llamada de progreso, ¿ha disminuído los sufrimientos humanos?... No; el progreso es una desdicha

porque hace a los hombres más sutiles e impacientes de ideal, sin ahorrarles una sola de sus antiguas desgracias. La materia santa—sol, tierra, mar—es inmutable. Nuestro corazón no puede cambiar, y la esencia de los sexos y de las lágrimas tampoco puede dejar de ser como ha sido y como por siempre será. Nos movemos por seguir la ley, la ley dura y férrea. Llevamos, como Sísifo, una eterna pesadumbre en el alma, y subimos la montaña de la Vida con la ilusión de poder arrojarla un día lejos de nosotros, cuando ya estemos en la cumbre y nos parezca más cerca el azul hospitalario de los cielos.

Carlos puso sus ojos en una mariposa azul. Yo proseguí:

—De todas suertes acepto la lección de voluntad que quiere usted darme, y le prometo llegar, de su brazo, a la cumbre del *Salève*.

Entonces él sonrió y estrechó mi mano afectuosamente.

A la mañana siguiente, en la *Place du*

Molard, tomamos el tranvía que llega hasta *Etrembières*, donde comienza una de las líneas del funicular. Atravesamos la mitad de Ginebra, dejamos las calles del centro, llenas del agradable tumulto mañanero, y nos encontramos en las extremas, en las que se levantan villas rodeadas de parterres y de jardinillos llenos de poesía otoñal. Las villas son numerosas y de ligera arquitectura. Las plantas trepadoras ponen su verdor sobre muchas paredes blancas, y en las hojas fibrosas el rocío ha dejado su ofrenda diamantina donde la luz se irisa. Las campánulas, humedecidas, tiemblan en la brisa de la mañana. Las viñas van agobiando sus pámpanos ya secos. Las acacias desprenden sus hojas doradas. Y así las encinas, los robles y los rosales. Sólo los abetos y los pinos triunfan con su verde perennal y sombrío.

Cuando ya hemos pasado por doble hilera de hotelitos aparecen los prados húmedos, de verde aterciopelado, donde pacen las vacas robustas, de ubres nacaradas y de exigua cornamenta. Un rapaz de

ojos bien azules y guedejas rubias pastorea un rebaño. Pasa por allí un arroyuelo. Carlos y yo pensamos que el espectáculo es eglógico, y hablamos un rato—asustados por los Alpes que se destacan de cerca—de la paz de los campos.

La detención del tranvía trunca nuestra charla.

«*Etrembières!*»

Estamos al pie del *Salève*. Ante nosotros el monte erige su mole parduzca, y nos priva de todo otro panorama. Yo miro a lo alto, y Carlos afirma:

—No tendremos sol. ¡Qué lástima!

El funicular parte. Va despaciosamente, siguiendo una ruta bordeada de pinos, de helechos y de rosales silvestres. Vamos, poco a poco, ascendiendo: marcando curvas, dibujando zig-zags. De un lado queda el valle del Ródano—fértil y bien cultivado—con Ginebra en el centro: los grandes edificios de la urbe se van empequeñeciendo, tomando proporciones minúsculas. Subimos. Abajo el lago extien-

de su mancha azul, dividida por el puente del *Mont-Blanc*. Subimos. Ginebra queda en lo hondo. El valle, el Jura serpenteante y el lago van fundiendo sus tonos en la niebla del día gris. Por dondequiera que se extienda la vista aparecen los Alpes, pardos, azules, destacando del cielo plomizo la albura de sus cresterías. En fuerza de majestuoso, abrume el espectáculo: la nieve descende por las vertientes, y las nubes, lentas y sutiles, cruzan las rocas enormes... Frente a nosotros las laderas, pobladas de olmos, de pinos, de acacias; después montañas, y luego de una perspectiva azul, más elevadas montañas, y al fin nieve y un cielo triste, sin sol...

Ni Carlos ni yo decimos una palabra. Desempañamos los vidrios de nuestras ventanillas para contemplar el *Mont-Blanc*, poco visible, y toda la cadena de los Alpes, detrás de la cual el Delfinado esboza la silueta de sus montes. Mis ojos se apoderan de la visión grandiosa y recorren aquel paisaje abrupto y despótico, cuya poesía es demasiado fuerte. Siento una inquietud inefable. El alma de aque-

lla naturaleza que recuerda el temblor de un remoto cataclismo del planeta, viola mi alma de estufa, acostumbrada a la ciudad, a las cosas bonitas y a los libros.

—Algo trágico penetra en mí—digo murmurando.

Y Carlos me mira, mientras, impensadamente, dibuja una mariposa en el vidrio empañado.

Con esto llegamos a *Mornex*, una villita abrigada, un refugio encantador, con el orgullo de haberlo sido de Ruskin, de Wagner y de Amiel. Esto me lo cuenta Carlos, y agrega:

—Aquí comenzó el gran músico el *Sigfrido* y el poema de *Tristán e Isolda* y sorprendió ritmos nuevos a la voz de la naturaleza. Aquí Ruskin concibió sus más bellas escenas de viaje, contempló el valle del Jura, sintió la poesía solemne de los bosques, comprendió la gloria de las montañas y adoró la belleza y la tristeza y la escultura de las mismas.

Y aquí escribió Amiel algunas de sus

confesiones. ¡Y qué bellas cosas dijo! El venía a *Mornex* en el tiempo primaveral. Los pájaros lo desvelaban al amanecer, y entonces abría su ventana para mirar al cielo, donde la luna se ocultaba con un resplandor dorado, cuando por Oriente iba a aparecer el día. Después paseaba junto a las anémonas, todavía cerradas, y junto a los manzanos en flor.

Y Carlos recitó estos versos de Amiel:

Ces beaux pommiers, couverts de leurs fleurs
[étoilées,
Neige odorante du printemps.

Aquí, al mediodía, la paz y el silencio de las montañas se reclinaban en su alma y la hacían optimista y más trascendental que nunca. Aquí escribió unas frases suavemente profundas. «El promedio del día se asemeja al promedio de la noche. La vida parece entonces suspendida, porque se hace más intensa. En esos momentos es cuando se oye lo infinito y cuando se percibe lo inefable.»

Yo, escuchando a Carlos, pensé en los poetas de lo misterioso, de lo sutil y de lo

hermético. ¡Cuántos conceptos nebulosos de Maeterlinck se concretan en la frase de Amiel! ¡Cuántos versos simbolistas me hace recordar!... Y es que Amiel pudo decir mucho, porque tuvo el don precioso del presentimiento.

—Al atardecer—continuó Carlos—, Amiel volvía a su tristeza. Agonizaba el día. Todas las montañas se iban ocultando, palideciendo, lentamente, en la noche. Y el poeta sentía el frío de la huída implacable de las cosas... Y ya de noche escuchaba por última vez al ruiseñor, cuando empezaba el imperio sinfónico de los élitros, acompasado por el río que pasa, muy abajo, denotando su solemne, su perenne canción.

Yo noté en las pupilas glaucas de Carlos un livor melancólico, y me conmoví ante la evocación de una vida que fué mansa, torturada y plena de sensibilidad.

Pero ya dejamos a *Mornex* y subimos bordeando la montaña, como suspendidos en un precipicio. Atravesamos un túnel claro, y por su muro horadado a la izquierda vemos, en la sima profunda, el

valle del Ródano, que eleva su vapor, y Ginebra con la pálida, casi blanca, turquesa del lago y la ondulación imprecisa del Jura. Todo desvaído, esfumado en la niebla...

Luego del túnel nos detenemos en *Monnetier*, que tiene, en su eminencia, un castillo viejo, resto de una posesión de Príncipes de la casa de Ginebra. Carlos me dice—señalando a las cónicas torrecillas—que no se sabe si fué una residencia de estío o una fortaleza establecida para hacer efectivas ciertas servidumbres de paso, en la época feudal.

Continuamos subiendo hasta detenernos en *Treize-Arbres*, última estación del funicular. Cuando descendemos de éste contemplamos el panorama que nos rodea. Por el Norte se extiende todo el país de Ginebra, y el valle del *Arve* separa al *Salève* de la montaña de los *Voirons*. Hacia el Sur se elevan los Alpes, dominados por el *Mont-Blanc*. A derecha e izquierda se erigen montes menos elevados, con nieve inmaculada en sus cumbres. Al pie de los Alpes—Carlos me lo

explica extendiendo sus brazos—se distingue: de un lado, la extremidad del lago de *Annency*—que yo debo adivinar en la niebla—, y del otro, el valle de *Cluses*, de donde surge el *Arve*, para seguir los contornos del monte *Mole*, bañar las plantas del *Saleve* e internarse luego en la llanura de Ginebra, cediendo su caudal al Ródano.

Agradezco a Carlos su disertación topográfica; pero no le oculto que doy más importancia a mis emociones.

A todo esto nieva, en copos que se liquidan al caer. Estamos a 1.200 metros sobre el mar, altura que merece toda la compasión de Carlos.

—Yo—dice con simpático orgullo—he llegado al macizo del *Mont-Blanc*, y no soy menos que un Saussure o que un Couttel.

Estremecido de frío, le doy la razón a Carlos, y le ruego que comamos.

Entramos en el hotel de *Treize-Arbres* y nos sentamos en el *buffet*: un pabellón

acristalado, en cuyo centro arde una estufa monumental y en donde comen, silenciosos, varios turistas. Mientras Carlos y yo lo hacemos, no ceso de contemplar los Alpes, tratando de concretar mis emociones. No puedo. Me creo insensible a tan amplia belleza, y lo deploro. Recuerdo que se ha dicho—por Ruskin, creo yo—que los grandes espectáculos no pueden abarcarse de una vez. Hay que ser modestos: empecemos por una piedra, por una flor, por un árbol...

Un perrazo de San Bernardo se acerca familiarmente a nuestra mesa, y yo sacrifico a sus colmillos buena parte de mi plato de carnero, en *ragout* exquisito. El perro me mira con sus áureas pupilas suplicantes. Carlos se conmueve y le va dando pedazos de pan, y una familia alemana, que come en la mesa frontera, se divierte con estas peripecias.

Ha dejado de nevar. Tiemblan las gotas de agua en las hojas y en el césped. Algunos charcos reflejan el cielo, donde el viento fustiga a las nubes, que se quiebran en jirones de azul. La niebla se disi-

pa en lo alto y va descendiendo hacia los valles... El viento murmura entre los pinos, y a lo lejos resuenan las esquilas de un rebaño.

Carlos acabó de tomar su vino.

—Y ahora—dijo—tiene usted que cumplir su promesa. Vamos a la cumbre.

—¡Por Dios! ¿Con este tiempo?

—¿Y qué? No hay nieve. ¡Ah! si hubiese venido usted en invierno... ¡Animo!

Subimos el cuello a nuestros gabanes y nos lanzamos monte arriba, pisando la hierba mojada. Yo me rindo en seguida, pero Carlos me infunde valor.

—¡Vamos, hombre!

Todo es tolerable y pintoresco mientras cruzamos prados; pero bien pronto nos encontramos en la roca viva, resbaladiza, donde hay algún raro helecho y predomina la vegetación parásita de saxífraga, genciana, líquenes y musgo. Yo me escurro en la roca y no tengo maña para dar un salto o para trepar. Carlos me instruye y me recomienda que me agarre a las haldas de su gabán. Así lo hago. No obstante, mis pies son torpes y mis ma-

nos sufren rozaduras a pesar de los guantes... Era esta la lección de voluntad que me reservaba Carlos...

Ya estoy en la cumbre. Carlos me felicita, y de pronto enmudecemos ante el inefable espectáculo que presenciamos, ante aquel anfiteatro de moles azules, de rocas violáceas, de picachos rojos y de cúspides de nieve. Las nubes cruzan lentamente y desvanecen y confunden las opulentas tonalidades de los Alpes.

Yo contemplo estos montes supremos donde todas las líneas toman vida, donde todas las perspectivas se realizan... El azul de las vertientes es victoriosamente intenso; los bosques pasan de una transparencia de esmeralda a un verde sombrío. Y luego hay vetas calcáreas de un tono de marfil y extensiones de roca violácea, casi roja, sangrienta... Y las cúspides marcando sobre el cielo su nieve hermosamente estratificada: ¡las cúpulas, las pirámides y las puntas aguzadas de la nieve alpina!

Descendiendo le hablo a Carlos:

—¿De modo que Amiel subía aquí muchas veces?

—Muchas. Amiel era intrépido frente a la naturaleza y tímido ante los hombres. Sobre los Alpes se sentía muy grande, y en París, ya sabe usted, experimentaba un temor invencible hacia todas las cosas. Sin duda, Amiel rendía culto a las montañas como los hombres de la Biblia y como Ruskin. Amiel tuvo en el *Salève* su Sinaí.

De vuelta en el *buffet*, esperando el funicular, hojeamos un álbum donde turistas de todos los países han dejado una impresión. La diosa Vulgaridad ha pasado por aquellas páginas, pero no faltan líneas concisas, llenas de emoción. Carlos y yo escribimos algo también. Un nuevo turista se encargará de criticarnos.

Hemos pedido té. Yo escribo unas notas junto a la estufa roja, con el perrazo de San Bernardo a mis plantas, y voy leyendo mis cuartillas a Carlos. Él las celebra sorbiendo su té; pero yo le digo:

—No, amigo mío; esto que escribo es

débil y el asunto ha sido ya tratado por muy grandes escritores.

Carlos me responde rompiendo con sus dientes una galleta:

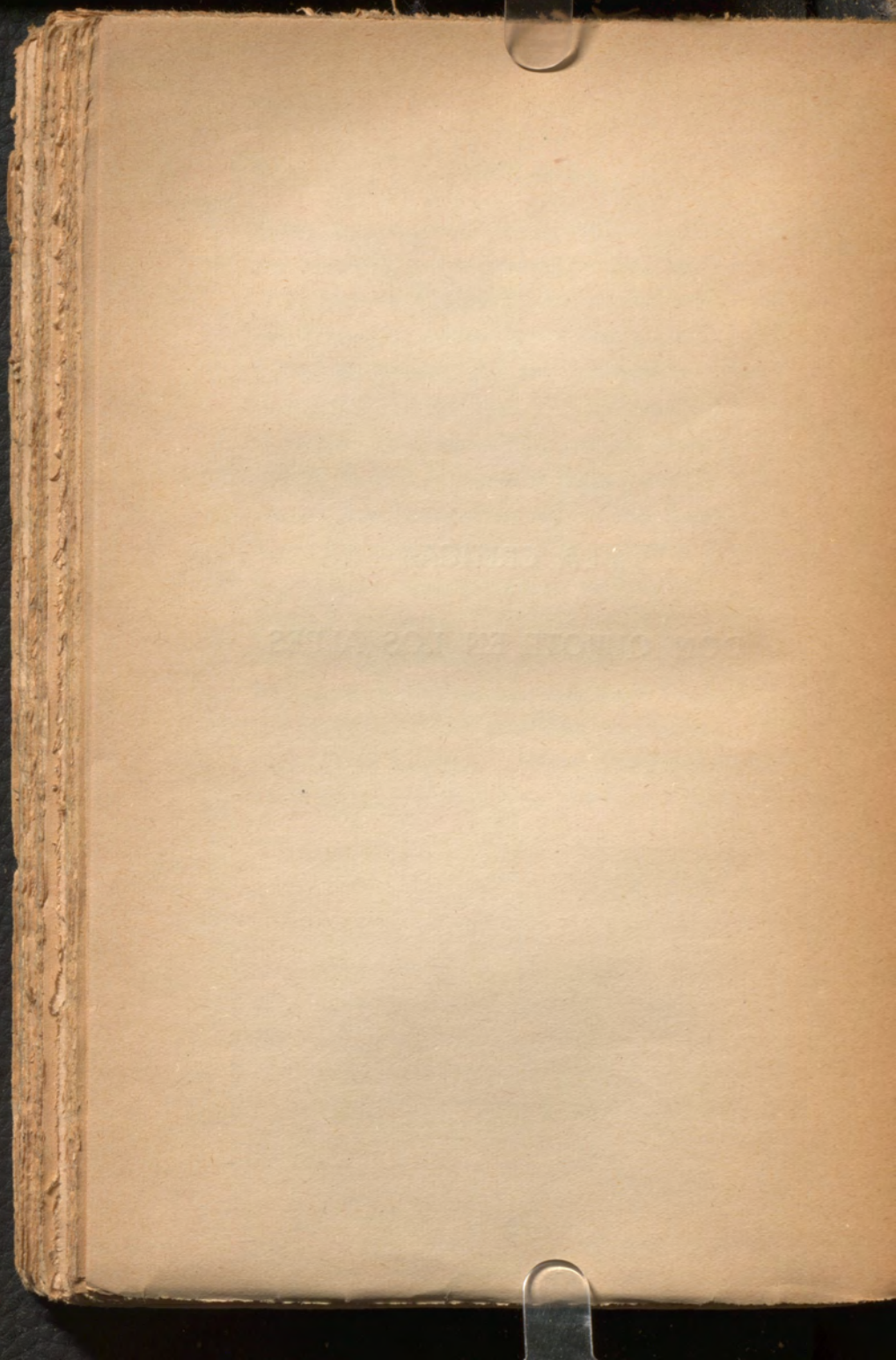
—No se preocupe usted. Trate de dar su emoción y olvídense de Rousseau y de Mme. Stael, de Rodolphe Rey y de Töpfer... Usted no ha venido a los Alpes para hacer un libro como Paul Hervieu, el libro de las tragedias alpinas. Usted no ha intentado ninguna ascensión científica como Balmat o Saussure, sino que ha dado conmigo un paseo al *Salève*. Si quiere escribir algo, escriba eso, y pinte, conforme al concepto profundo de Amiel, el paisaje que le dicte su alma.

De pronto hay en los Alpes como el resplandor de un incendio. Son los rayos de un sol casi invisible que agoniza. Las nieves se cubren de púrpura. Luego un tono violáceo las anima hasta cambiarse en luminar de oro centelleante. Y la nube de oro muere en un tenue relámpago de rosa... Ahora las nieves se hacen lívidas y

antes de apagarse en la noche vuelven a ser blancas, supremamente blancas.

Entonces, Carlos y yo descendemos hacia Ginebra, cuyas luces empiezan a surgir en lo hondo. Al pie del monte abandonamos el funicular. Es de noche. Vamos por una carretera ancha, enlodada por la lluvia. A nuestro lado pasa el Ródano, que conduce sus aguas hasta el lago. En el agua gris se refleja una estrella. Unos jóvenes vienen cantando de la ciudad, y Carlos y yo entramos en ella y nos perdemos, bajo las luces y entre los hombres, hablando recogidamente de cosas incoherentes y sencillas en las que, de tiempo en tiempo, se dice el nombre suave de Enrique-Federico Amiel.

LA CRITICA
Y
DON QUIJOTE EN LOS ALPES



«Señor: Su libro me ha sencillamente encantado. He ahí un libro de joven—creo que usted debe serlo—que tiene tal ponderación de pensamiento, que sólo dan los años, al par de las frescas y caprichosas cosas que son de la primavera. Don Quijote, para las gentes, había hecho el viaje a los Alpes muy de otro modo—en la piel de Tartarín, que no es sino un Sancho tarasconés—. Por lo tanto, no había ido a los Alpes sino por Tell y por su amigo Luis Duchosal.

»Amiel es un antiguo conocimiento que me ha complacido volver a ver. Todo, gracias a su bella y fina prosa, que espero en otros próximos libros.»—RUBÉN DARÍO.

«Alberto Insúa nos entrega toda su alma atormentada. Como Antero de Quental, lleva en su cabeza un mundo fantasmagórico que le tortura incesantemente. Duda de sí mismo y nos lo dice con llaneza. Sobre el haz de sus páginas vaga una sonrisa escéptica, dubitante, como una ráfaga de aire otoñal...» —PEDRO LUIS DE GÁLVEZ.—
(*El Intransigente.*)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es obra de nuestro colaborador Alberto Insúa: un joven que en menos de dos años ha ganado en nuestra literatura las espuelas de oro.»—ALFREDO VICENTI.—(*El Liberal*.)

«El mayor interés de la obra radica en las páginas dedicadas al estudio del filósofo ginebrino Enrique Federico Amiel. Insúa, en un feliz ensayo de crítica novelesca, analiza la labor de los críticos, cuenta curiosas anécdotas de antiguos amigos y deudos del filósofo y hace pasar la figura de éste con el nimbo de incertidumbre y de bondad que le aureoló en vida y que es perpetua herencia luminosa en las páginas del *Diario Intimo*.»—EDUARDO ZAMACOIS.—(*El Cuento Semanal*.)

«El libro de Alberto Insúa tiene tres partes. «Las páginas desprendidas de un libro de viajes» nos trasladan a una pensión cosmopolita de Ginebra, donde se esboza un idilio de amor, y de paso nos enteran de los libros españoles que se leen en la ciudad, o que al menos se conservan en su biblioteca.

»En los «Recuerdos de un colegio de señoritas» esboza el autor, con delicadeza, un tema escabroso. Entre las flores de candor de la «Villa Violette», hay orquídeas morbosas, tema para un epigrama griego. Pero lo substancial de este

libro es el estudio sobre Enrique Federico Amiel, el pensador ginebrino, a quien su *Diario* ha reportado una celebridad póstuma, haciendo de él uno de los *Dii minores* del pensamiento moderno, admirado por almas exquisitas, descontentadizas y recogidas en sí mismas.

»Insúa glosa con perspicacia psicológica los pensamientos del *Diario Intimo*; pasa revista a los críticos de Amiel. Ha visto a la amiga del filósofo mademoiselle Berthe Vadier, ha platicado de él con su discípulo monsieur Blanchier, y con todos estos materiales de lectura y de información directa ha formado una interesante monografía literaria.»—E. GÓMEZ DE BAQUERO.—
(*Los Lunes de El Imparcial*.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es la correría de un artista culto a través de los libros y a través de la vida. El animado cotejo de ambas fuentes de saber atrae a los pensadores de imaginación lozana, a los que pintan las ideas, a los que sienten cuando cavilan; tales como Taine, cuyas primorosas notas de viaje han influído tanto en el turismo intelectual de nuestros días.

»Insúa sabe, por experiencia propia, cuán agradable es el trato de este compañero de viaje: el humorismo. Procura que no le abandone. Y puesto a elegir entre varios humorismos, Insúa, que sabe cuán distintas son la imitación y la asimilación, se asimila el que mejor conviene a su

temperamento latino; un humorismo sin nebulosidades, que se desliza sin caer por las pendientes sentimentales; que cuando va a caer se alza con un ademán discretamente malicioso, el humorismo a lo Anatole France, sabio y socarrón, elegante e incisivo. ¡Lectores recelosos de aburrirse con los enrevesados logogrifos o con las presuntuosas puerilidades al uso, coged sin miedo el libro de Insúa! Lo leeréis de cabo a rabo, os hará sonreír y os hará pensar, os deleitará como una serie de paisajes de pintorescos aspectos que cruzan rápidos ante vuestros ojos, y notaréis, con ese interés que nos despierta el retrato de una persona querida, que el autor se refleja en su obra, que es un espíritu sinceramente enamorado del de Amiel y que sinceramente se engaña al identificarse con su ídolo, a quien en nada se parece. Observaréis el picante contraste entre el caviloso pensador y su devoto comentarista, y reconoceréis que jamás el redactor del *Diario Intimo* hubiera sacado el gusto a los cuadros vivos de la *pension Huguenin*, ni hubiera coqueteado con Poppy, ni se hubiera colado en los jardines escabrosos de la *Villa Violette*, donde se cultivan las venenosas flores del sensualismo sentimental.» — UN CURIOSO LECTOR. — (*Vida Intelectual*.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES resulta artísticamente incoherente y deja en el espíritu lector

una estela que, siendo espejo de tormentos, es también baño de bella dulcedumbre.» — JOSÉ FRANCÉS.— (*El Porvenir*, de Cartagena.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es una serie de impresiones sobre un viaje a Suiza, o, más concretamente, a Ginebra. El autor ha tenido el acierto de no pretender añadir una pintura más a las innumerables que de la naturaleza y costumbres campesinas de los Alpes se han hecho desde tan diferentes puntos de vista. Insúa nos pinta el medio ambiente de la ciudad, sus interiores: una casa de pensión, una biblioteca, un colegio de señoritas...; sus tipos; y entre éstos un desaparecido de la vida, pero que no se fué sin dejar inmortalizado su nombre. Este desaparecido es Enrique Federico Amiel, pensador y poeta, cuya memoria ha quedado unida a la ciudad del Lehman.

»Los buscadores de *asunto*, acaso encuentren muy poco en esta producción; pero los amantes de las bellezas literarias se deleitarán con ella. Su mérito, de mucha significación tratándose de un primer libro, es ese precisamente: un estilo primoroso, modelo de sobriedad, en que toda frase está seleccionada, y con el cual se llega derecho al sentimiento del lector.

»La forma literaria revela en el autor una personalidad hecha.» — EMILIO H. DEL VILLAR.— (*Nuevo Mundo*.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES tiene la amenidad de un libro de viajes, la intensidad de un diario íntimo, y en algunas páginas la perspicacia y el juicio sereno de una obra de alta crítica.»—(*El Imparcial*.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es una obra vivida por Insúa en la falda del Mont-Blanc, y que tiene la poesía y la pureza de la altísima cumbre nevada. Hay en el nuevo libro un paisajista, un humorista, un crítico, un creador de arte y, sobre todo, un alma serena. El mayor número de hojas se consagran al estudio del poeta ginebrino Enrique Federico Amiel, digno de que en España se le conozca y se le admire. Otras son los *Recuerdos de un colegio de señoritas*; entre sus líneas se adivinan líneas que son versos de Safo, y la lectura de ellas es verdaderamente deliciosa.»—JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.—(*El Intransigente*.)

«La característica de Alberto Insúa entre el movimiento literario de la España contemporánea a ambos lados del Atlántico es el tener talento, el ser sutil, el atreverse con abstractas divagaciones, el no dejar pasar un párrafo sin trabada y maciza enjundia. Es este libro de aquellos en que se vive doble, porque a la llamada del pensador audaz va desfilando nuestra vida

entera, con sus vacilaciones y sus crisis.»—JESÚS CASTELLANOS.—(*El Figaro*, de la Habana.)

«Tenía fe en el estilo brillante, fuerte y vigoroso de Insúa; en su temperamento de artista, y creía, sobre todo, fecunda su pasmosa inquietud intelectual. Todo ello concretado, cristalizado, en DON QUIJOTE EN LOS ALPES, es la afirmación valiente de una personalidad en que el artista y el hombre no están distanciados, sino íntimamente unidos, formando un espíritu complejo, vario, de idealismos y de sentimentalismos, de fe y de decaimientos, de esperanzas y de escepticismos, de amor y de indiferencia, de voluntad y de largos abandonos voluptuosos, en los cuales la vida pierde todo sentido.»—BERNARDO G. DE CANDAMO.—(*La República de las Letras*.)

«Libro fragante, plácido, amoroso, es este que Alberto Insúa nos brinda editado con resplandeciente sencillez. Libro primaveral, fresco, como si su juventud empapara las páginas mismas, borrando hasta la materialidad de la obra de imprenta. Porque creo propicia la ocasión para hablar acerca de una emoción tan subjetiva, que podría considerarse como de ínfima vulgaridad, o como retorcimiento más inútil del intelecto: aludo a la sensación táctil y a la conclusión espiritual. Por las cuales he llegado a imaginarme—y en este libro de Insúa lo corroboro—que, ate-

niéndonos en principio a la investidura, al aire, al suspirillo del misterio que recogen las páginas de casi todos los libros, los hay que nacen con vejez eterna y con juvenil empaque inmortal.»—E. RAMÍREZ ANGEL.—(*Nuestro Tiempo*.)

«Insúa es fuerte sin serlo demasiado, es sano; es, me parece, orgánicamente optimista; y al propio tiempo tiene todas las principales cualidades que hacen a un artista: sensibilidad, imaginación, pasión, sensualidad refinada... por esta mezcla de cualidades, al parecer antípodas, se hace admirar y amar; y por su corazón simpático (en el sentido inglés de la palabra), y a veces encantadoramente contradictorio.» — LUIS RODRÍGUEZ EMBIL.—(*Letras, de la Habana*.)

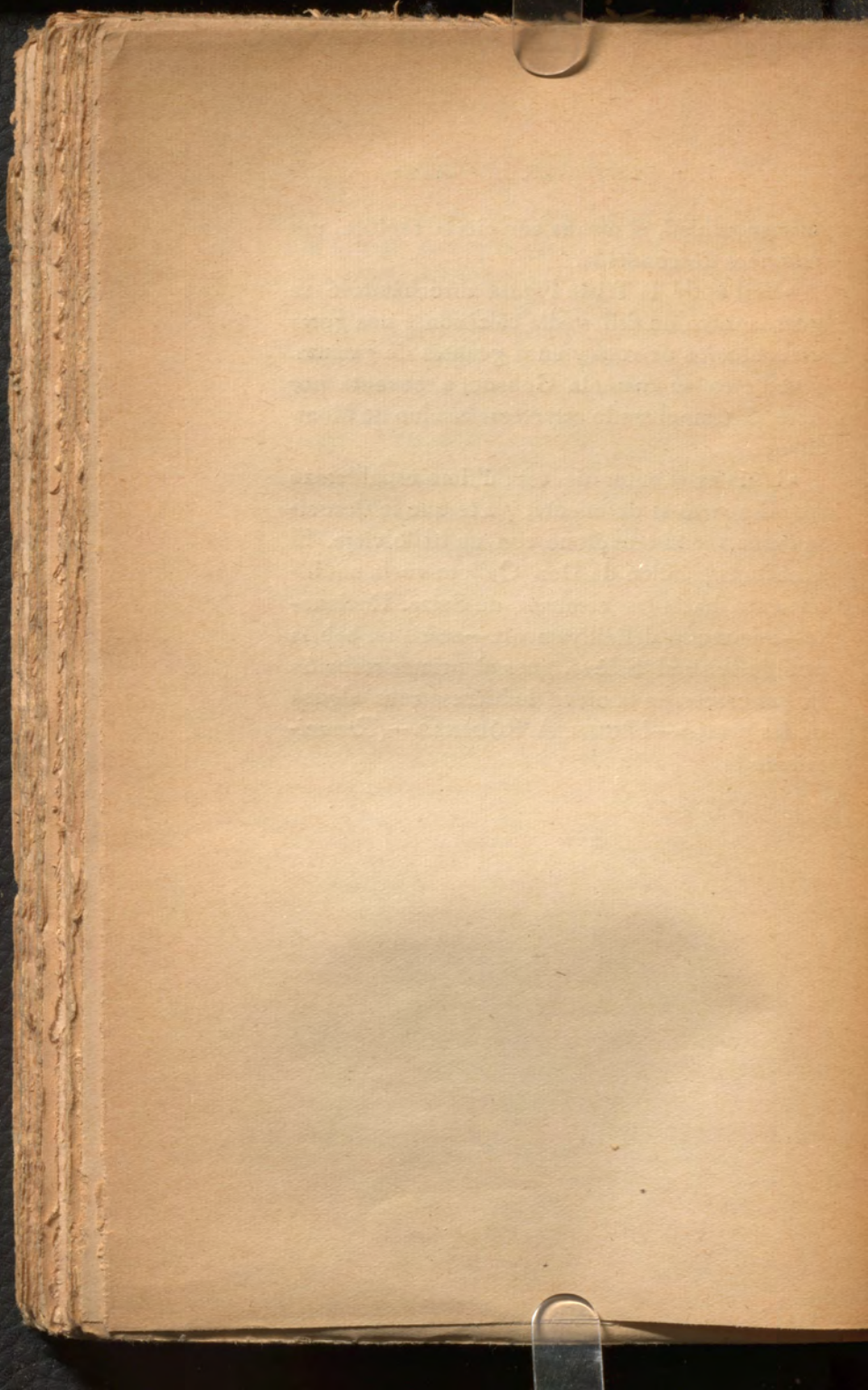
«Alonso Quijano vive aún y no es de extrañar la noticia, dado el temple que puso en su espíritu aquel famoso Don Miguel de Cervantes. Cierro que el tal compañero inventor del *Quijote* afirma en sus últimas páginas el fenecer del andante caballero; pero somos muy dueños de pensar que aquella muerte no pasó de una siesta prolongada, y tenemos facultad de darle un espaldarazo con su propia tizona y decirle seca y autoritariamente: «Levántate y cabalga.»

»Acaso él nos conteste que aquello de cabalgar era moda al comienzo de su sueño y que hoy se viaja en el sudexpreso o en el auto, si no con

más seguridad, al menos con cierta rapidez, por entonces desconocida.

»Ved al de la Triste Figura abrochándose su guardapolvo de dril; vedle calzándose una gorra con anteojos de roca y unos guantes de gamuza, y vedle en su cuarenta Gobron, a noventa por hora, desempolvando carreteras camino de Mont-Blanc.

»Insúa es el autor de este último espaldarazo que despertó al durmiente, y a fe que le desquinta de un sueño monótono con un bello viaje. El espíritu romántico de Don Quijote vuela aguillanamente hacia las cumbres de Suiza. Rocinante—que murió definitivamente—acaso no habría podido subir al Salève, pues al primer resbalón de sus cascos en la nieve hubiérase roto alguna de las patas.»—MIGUEL A. RÓDENAS.—(*Renacimiento.*)

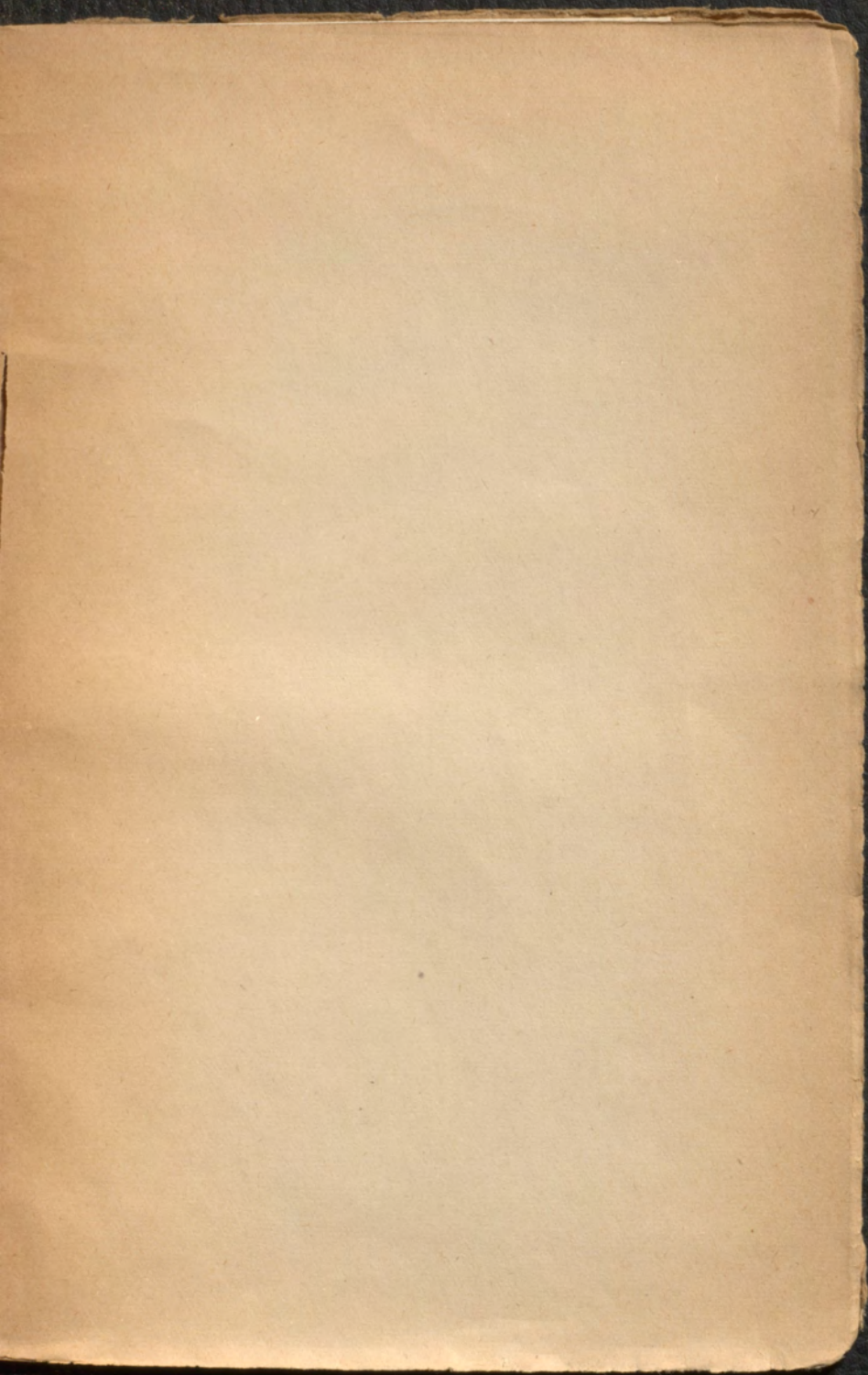


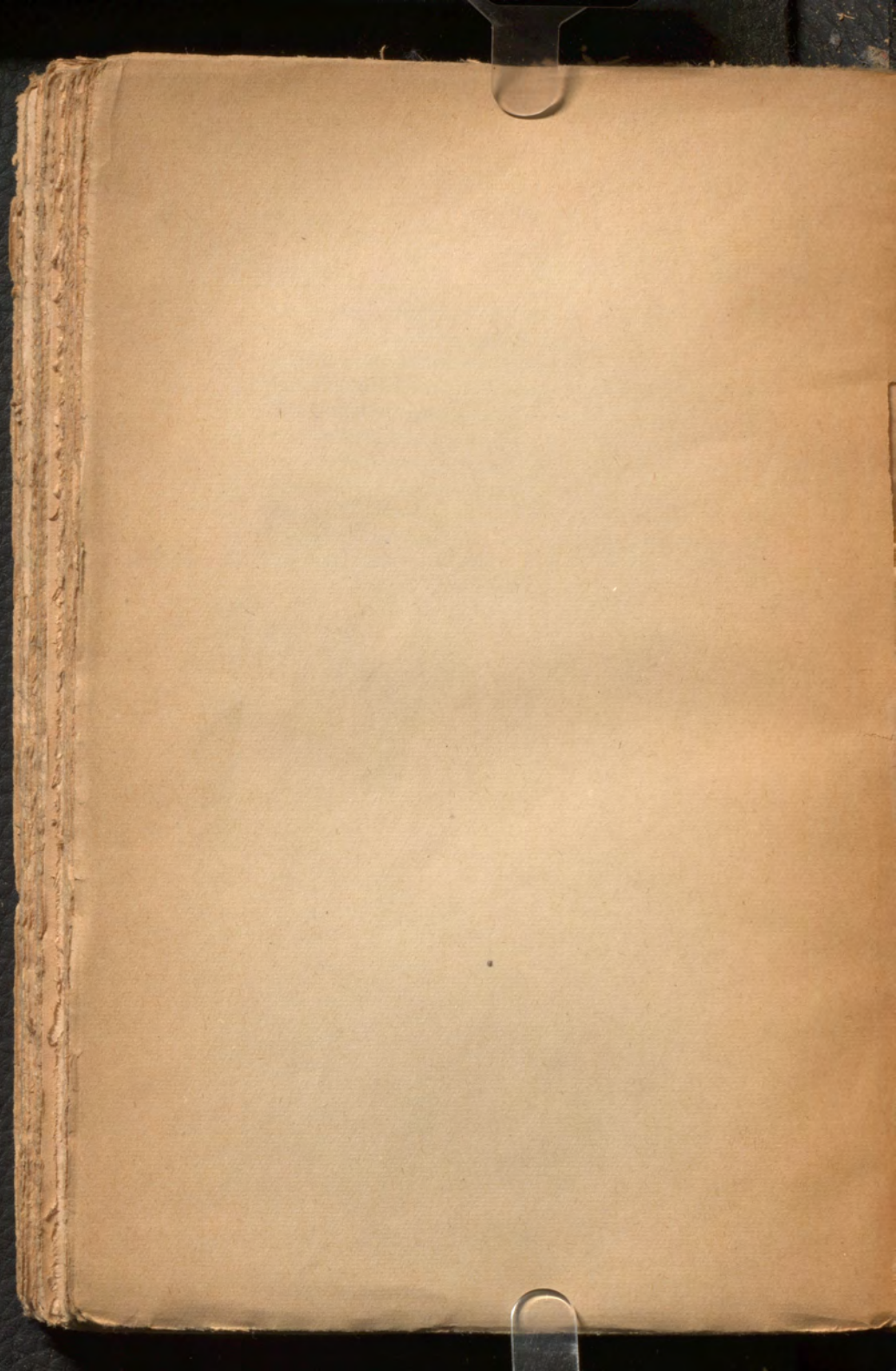
INDICE

Páginas.

ADVERTENCIA EN ESTA NUEVA EDICIÓN.....	5
ENVÍO.....	11
DON QUIJOTE EN LOS ALPES.....	13
PÁGINAS DESPRENDIDAS DE UN DIARIO DE VIAJES.....	23
RECUERDOS DE UN COLEGIO DE SEÑORITAS.....	85
Villa Violette.....	87
PÁGINAS SOBRE ENRIQUE-FEDERICO AMIEL.....	101
«D'où vient au cœur son amour du mystère?».....	103
Al margen del DIARIO ÍNTIMO.....	105
LOS CRÍTICOS DE AMIEL.....	123
Renán, ...	125
Caro.....	132
Edmundo Scherer.....	136
Bourget.....	141
Henri Bordeaux.....	147
Don Juan Valera.....	151
Unamuno.....	154
LA AMIGA DEL FILÓSOFO.....	157
Historia de una amistad.....	159

Mademoiselle estaba ocupadísima.....	165
Después de veinte años.....	173
M. BLANCHIER, DISCÍPULO DE AMIEL.....	183
M. Blanchier sonríe.....	185
Libro de lirios blancos.....	188
Prometeos de ahora.....	192
El fin de las cosas.....	195
El poeta.....	198
Roulez, tambours!.....	201
El miraba el paisaje.. ..	204
PASEO AL SALÉVE CON CARLOS BLANCHIER.....	207
LA CRÍTICA Y DON QUIJOTE EN LOS ALPES.....	229





McGILL UNIVERSITY LIBRARY

474631

